

# Cuentos del olivar



verso **S**ueltos

**MQC**  
másquecuentos

  
EnredARS



# Cuentos del olivar

Silvia Nieto Cortés  
José Antonio Poderoso Miranda (eds.)

**MQC**  
másquecuentos

  
EnredARS

© 2021  
Versos Suelos  
1<sup>er</sup> volumen

**Editores**

Silvia Nieto Cortés  
José Antonio Poderoso Miranda

**Director Enredars**

Fernando Quiles García

**Coordinador editorial**

Juan Ramón Rodríguez-Mateo

**Administración y gestión de publicaciones**

María de los Ángeles Fernández Valle  
Zara M<sup>a</sup> Ruiz Romero

**Gestión de contenidos digitales y redes**

Victoria Sánchez Mellado y Elisa Quiles Aranda

**Imagen de portada**

Antonio M. Contreras Jiménez

**Fotografías y dibujos**

© de los autores

© de los textos e imágenes: los autores

© de la edición:

E.R.A. Arte, Creación y Patrimonio Iberoamericanos en  
Redes / Universidad Pablo de Olavide

ISBN: 978-84-09-32247-3  
2021, Sevilla, España



# Índice

<i>Prólogo.</i> Juande Valverde. . . . .	7
<i>Nota de los editores.</i> Silvia Nieto y José Antonio Poderoso . . . . .	11
<i>En los márgenes de la longevidad.</i> Guillermo Pedrosa Galvache. . . . .	13
<i>El olivo de Ciriaco Román.</i> Antonio M. Contreras Jiménez. . . . .	19
<i>El juicio.</i> MaryCruz. . . . .	27
<i>Molturar los recuerdos.</i> Juan Antonio González Ruiz-Henestrosa . . .	35
<i>Serafín, el guardián del olivo.</i> Matías Antonio Moreira Dilosa. . . . .	41
<i>Oliva y pan.</i> Silvana Petrinovic . . . . .	47
<i>Infinito.</i> Pilar Alejos Martínez. . . . .	55
<i>Fecundo.</i> David Q. . . . .	61
<i>Legado.</i> Manu Ibáñez. . . . .	67
<i>Vicente y la oruga impaciente.</i> Lourdes María Alonso. . . . .	79
<i>Operación Almazara.</i> Alicia Aliaño Lamela. . . . .	87

<i>Alizée</i> . Rafael Méndez Meneses . . . . .	99
<i>La escapada</i> . Daniel Blanco Parra . . . . .	105
<i>Reencuentro</i> . Zahara C. Ordóñez . . . . .	111
<i>Origen</i> . Francisco Javier Yuste Córdoba . . . . .	123
<i>Huesos de Aceituna</i> . Pedro Leonardo Sánchez Ramírez . . . . .	129
<i>El guardián del olivo</i> . Julio Navarro Carmona . . . . .	137
<i>Verde cuáquero</i> . Maximiliano Sacristán . . . . .	145
<i>Dieciséis minutos</i> . José A. Alcalá . . . . .	151
<i>La oliva de Frasquito</i> . Antero Villar Rosa . . . . .	161
<i>La memoria de los olivos</i> . Josep Antoni Clement Rovira . . . . .	169
<i>Tres olivas me enamoran en Jaén</i> . Antonio Cobos Ruz . . . . .	175
<i>La flor del aceite</i> . Javier Campos Fernández . . . . .	181
<i>Retorno</i> . Guillermo Pedrosa Calvache . . . . .	189
<i>Confidencias de un olivo</i> . Charlie A Secas . . . . .	195
<i>El alma de los olivos</i> . Manuel Montoya Vicente . . . . .	201
<i>Se acerca el invierno</i> . Charlie A Secas . . . . .	211
<i>El mejor pan del mundo</i> . Fernando Quiles . . . . .	221
 Han escrito... . . . .	 227
Relación de fotografías y dibujos . . . . .	234

# Prólogo

## *MQC: un viaje literario apasionante de la mano del olivo*

Juande Valverde

Presidente de la Asociación Cultural Másquecuentos

Hace ya más de 6 años que iniciamos una aventura cultural que, sin saber muy bien a qué puertos nos conduciría, auguraba una travesía de rumbo tan desconocido como emocionante. En 2015 nació en la provincia de Jaén Másquecuentos (MQC), una asociación cultural que se marcó como objetivos primigenios el fomento de la lectura y la escritura aprovechando las nuevas tecnologías, especialmente internet. Hoy, poco más de un lustro después de su advenimiento, podemos decir orgullosos que el viaje está mereciendo la pena y nos ha llevado a destinos casi impensables cuando nos pusimos en marcha.

Este libro que hoy, querido lector, tiene en sus manos, es una de esas paradas que no teníamos prevista en nuestra carta de navegación. En estos años han sido cada vez más las instituciones, entidades y empresas que se han interesado por nuestro original proyecto cultural, y eso ha desembocado en la puesta en marcha de nuevas propuestas que han enriquecido nuestro viaje hasta guiarlo a metas que están muy por encima de nuestras primeras expectativas.

La Universidad Pablo de Olavide es uno de esos mecenas que generosamente se ha ofrecido a acompañarnos en nuestra travesía cultural, y el primer fruto de esta colaboración es este libro que reúne más de una veintena de cuentos seleccionados entre los 243 presentados al III

Premio Internacional de Relato Corto sobre Olivar, Aceite de Oliva y Oleoturismo. Este certamen literario es una de las iniciativas que en estos años hemos impulsado desde Másquecuentos, un concurso que en sus tres ediciones celebradas se ha convertido en un referente nacional e internacional por su singular propuesta.

Este certamen se aleja del modelo tradicional de concursos y, al contrario que otros tantos, busca mostrar al mundo el talento de los autores que presentan sus textos. En [www.masquecuentos.es](http://www.masquecuentos.es) se publican todos los relatos recibidos para que, al igual que el jurado, cualquier internauta los pueda valorar, comentar y compartir a través de las redes sociales de MQC o su portal web. De esa forma, los más de 500 relatos que hemos registrado en las tres ediciones celebradas no se han quedado en un cajón, solo al alcance del tribunal encargado de galardonar a unos cuantos elegidos, sino que han viajado por todo el mundo gracias a Internet para, de esa forma, permitir que hayan sido disfrutados por lectores de todo el planeta.

Así, los escritores que han decidido participar en este premio han encontrado una inesperada legión de seguidores a la que de otra forma no hubieran accedido. Este libro abunda en esa dirección, porque su edición en formato digital le permitirá viajar libre por las autopistas de la información y llegar a infinidad de rincones donde el español es la lengua vehicular.

Este viaje sin rumbo fijo nos está llevando por lo tanto a muchos hogares, a muchos lectores y autores, la mayoría noveles, que tienen en MQC una oportunidad de dar a conocer su indudable talento literario, como podrán apreciar cuando lean los cuentos que componen esta obra. Un talento que también aprovechamos para difundir una de las señas de identidad de nuestra tierra, el milenario cultivo del olivar y el apreciado zumo de la aceituna, un aceite de oliva que cada día conquista más cocinas y paladares a partir de sus demostradas virtudes saludables y culinarias.

Estas cualidades forman parte del ADN de este árbol y de su fruto, pero no son ni mucho menos las únicas que atesora. Porque en torno al olivo se ha generado una cultura, surgida en el arco Mediterráneo

pero que poco a poco se extiende a todo el mundo como una mancha de aceite. Este concurso quiere aportar modestamente su granito de arena para trasladar estos valores a todo el orbe terrestre, y para ello este libro se suma a los tres que hasta ahora hemos publicado en papel junto a la editorial Liberman: *Tinta de olivo*, *Esencia de olivo* y *Alma de olivo*.

La cosecha aceitunera ligada al proyecto MQC crece sin parar, porque aparte de estos libros también hemos promovido un cortometraje titulado *Love AOVE* y es más que probable que pronto puedan surgir otros proyectos audiovisuales de más envergadura. Esta grata labor, además, ha sido reconocida ya por varias entidades, como la Asociación Española de Municipios del Olivo (AEMO) o el Molí de Ca L'Agustí de Lérida, que han distinguido al Premio Internacional de Relato Corto sobre Olivar, Aceite de Oliva y Oleoturismo por su labor en la difusión de la Cultura del Olivo.

En este apasionante viaje tenemos las puertas abiertas para todo aquel que se quiera sumar, ya sea trabajando en pos de la difusión de la cultura ligada al olivo o disfrutando de lecturas como las que se recogen en este libro, que seguro les depara un sabroso disfrute y les descubre una cultura del olivar que tiene a sus espaldas varios milenios de historia. Les deseo que paladeen cada uno de estos relatos, que conforman un excelente aperitivo literario.



# Nota de los editores

Silvia Nieto Cortés  
Jose Antonio Poderoso Miranda

Este libro ha sido el fruto de muchos meses de esfuerzo y dedicación por parte de todos los que conforman el alma de este libro. Una recopilación de cuentos con una sensibilidad especial y que, por un momento, nos ha permitido viajar hasta estas tierras de olivo tan maravillosas.

Este, nuestro primer proyecto editorial como egresados de la Universidad Pablo de Olavide, nos ha brindado una gran oportunidad para comenzar a labrar nuestros respectivos caminos en el mundo literario. Estamos muy agradecidos de que se haya contado con nosotros para formar parte de esta iniciativa que tanto nos ha enriquecido y con la que tanto hemos disfrutado.

Ha sido un placer poder trabajar y editar este compendio de cuentos entre nosotros, amigos y compañeros desde nuestros inicios en la universidad. Además, nos gustaría agradecer personalmente a Miguel Cisneros Perales, profesor con el que tuvimos la suerte de coincidir y actual compañero de profesión, quien nos ha aconsejado y puesto en contacto a la hora de llevar a cabo este proyecto.

Esperamos que tú, lector, disfrutes y sepas apreciar las palabras y sentimientos que se esconden tras estos distintos tesoros, al igual que hicimos nosotros en su debido momento. ¡Feliz lectura!



# En los márgenes de la longevidad

Guillermo Pedrosa Calvache

Despierto sintiendo una suave brisa de aire caliente. Qué raro. Normalmente es un ruido, una alarma o el propio estrés el que me saca del sueño. Pero hoy ha sido el aire. Si afinó mis sentidos puedo percibir el sonido del viento arañando mi piel y sacudiendo todo mi ser. Quizá todavía duermo y sueño que he despertado. Es agradable este silencio seducido por el vaivén de las ramas y las hojas, y el leve arrastre de la tierra seca ¿De dónde sale este viento? En mi dormitorio no corre un solo soplo de aire fresco. Y no hay hojas ni tierra. Puede que haya despertado en un lugar que no recuerdo.

No quiero abrir los ojos, prefiero abandonarme a esta sensación de desconcierto. Me siento bien, robusto y longevo. Tengo los pies incrustados en el suelo. Estoy atrapado en él y conectado a una vida escondida, salvaje y libre que habita bajo la superficie. Siento como bebo de esa vida, como nutre la fuerza de mis brazos ¿Cuántos tengo? No soy capaz de contarlos. La luz penetra en mí de una manera que no lo había hecho nunca. Es un sueño, no hay duda, no estoy en mí. Aunque mi pensamiento es demasiado ágil como para seguir dormido. ¿Sueño, o me he convertido en algo que no conozco? Sea lo que sea, soy un ser, un ser que se agarra a la tierra y a la luz. Tengo vida, pero estoy inmóvil. Mis brazos, aunque recios y esbeltos, están privados de la capacidad de movimiento.

Mi piel es firme y tosca, no se eriza ante la presencia del viento. Es como si estuviera petrificado.

¡Sí que me muevo! Si me concentro puedo percibirlo, pero es un movimiento distinto, más sosegado y menos efusivo. Mis brazos se alargan con lentitud y paciencia imperecedera, de ellos brotan muchas manos y muchos dedos, prolongaciones de mi ser que se estiran en busca de luz ¿Y mis pies? Están arraigados, pero también crecen, se hunden en la tierra y exploran la vida secreta del subsuelo. Voy a abrir los ojos. Mi curiosidad supera esta inexplicable y placentera sensación de paz.

¡No puedo abrirlos! ¿Acaso me he quedado ciego? No lo creo, veo sin necesidad de mirar. Tengo otros sentidos, otro sentir. Y aunque casi no me muevo siento mi transitar.

Me muevo en el tiempo, en los márgenes de la longevidad. Poco a poco voy comprendiendo que no estoy solo, estoy cerca de mis hermanos. ¿Cuántos son? Puedo sentirlos a mi alrededor. La misma fuerza, la misma robustez, la misma vida que nos amamanta. Soy y somos para siempre ¿Me habré convertido en inmortal? Somos uno y somos todos, somos los que somos, los que seremos y también los que hemos sido. Es extraño, pero es así, estamos unidos.

¿Dónde está la luz? Se ha ido. Y el viento sopla cada vez más fuerte. No me asusta, confío en la corpulencia de mis brazos y en la sujeción de mis piernas. Nada ni nadie podrá arrancarme de este lugar. Este es mi sitio. El viento me trae la lluvia, me trae la esencia y el aroma de mis hermanos, es casi como si nos tocáramos. La tierra está blanda y se llena aún más de vida con el agua. Puedo sentir su frescor, cómo cae del cielo, cómo se encharca y se hunde en el suelo, cómo nutre mis entrañas y empapa todo mi ser. ¡Qué gozo!

Ya han parado. El agua y el viento. La luz no ha regresado, pero tengo la certeza de que volverá. Todo está calmado. Y en medio de esta quietud emerge la vida que habita bajo la superficie, pequeños sonidos, vidas minúsculas que trepan por mi piel. No los veo y no los escucho, pero sé que están ahí. Recorren mis extremidades, habitan en mí. Se alimentan de mí igual que yo de ellos. ¡Qué bello! No quiero despertar de este sueño. Las

horas, los días, las semanas, los meses y los años ya no cuentan. Ahora sólo cuenta la luz, el agua, la sed, el calor, el frío y la tierra. Y el tiempo es sólo eso, ausencia y abundancia. Si me concentro puedo sentirlo todo. Ya no me creo atrapado en el suelo. Hay mucho de mí que viaja con el viento, mucho de mí que habita en los diminutos visitantes y que se va con su vuelo. Hay mucho de mí que ya crece en otras tierras.

Hace tiempo que no llueve, pero no tengo miedo. Soy resistente y puedo con esto. Algunas de mis manos están secas, la vida ya no fluye en ellas, pero otras brotarán cuando regrese el agua. Y volverá, como la luz que siempre vuelve.

¿Qué es eso que me pesa en la punta de los dedos? Parece que quiere tocar el suelo. Afloran en mí con elegancia e indiscreción, extraen mi jugo y atraen a los visitantes. Se multiplican y cada vez son más pesadas ¿Son acaso mi razón de ser? No lo creo. Mi razón de ser es beber el agua, saborear la luz, hundir los pies en el suelo y expandir mis brazos al cielo. Estar y dejar ser a todo lo demás, ese es mi sino. Pero estas perlas no dejan de pesar como si anhelasen liberarse de mí. No quiero soltarlas.

Mis hermanos están inquietos, también lo estoy yo. Desde que nacieron las perlas una presencia extraña cohabita nuestra tierra y nos observa. Nos estudia. Son piratas que quieren hacerse con nuestro tesoro. Me rodean y me golpean. Son sólo pequeñas sacudidas que no me hacen daño, pues soy macizo y vigoroso. Zarandean mis brazos más delgados, los que aún se mecen con el viento, y las perlas caen, como si estuvieran esperando esas leves convulsiones para desprenderse de mí. Caen impacientes y, a pesar de todo, siento alivio. Alimenté esas perlas con mi zumo y a través de ellas llegaré a otras tierras y a otras vidas. Así pues, tomadlas. Aunque sea con malas artes ¡Haceos con ellas!

Aprendemos a convivir con la extraña presencia. Nos ha traído agua, un agua que es diferente, como ellos, que no cae del cielo y que no sabe igual, pero que calma nuestra sed. Nos vaporizan con mejunjes artificiales para exterminar la vida de nuestros minúsculos habitantes. Empezamos a comprender que nuestra tierra no es sólo nuestra. Aunque el tiempo nos ha enseñado que nosotros, mis hermanos y yo, somos sus habitantes

nativos, y que ellos son sólo peregrinos fugaces. La tierra habla en un lenguaje que ellos no entienden.

El aire ya no sabe como antes, algo ha cambiado. El viento nos trae aromas envenenados ¿Qué están haciendo ahí fuera? Algunos hermanos ya no crecen con la misma fuerza, algunos incluso nacen enfermos ¿Qué está pasando? Cuando venga la lluvia acabará con todo, arrastrará los brebajes que nos cubren la piel y limpiará el aire de las fragancias contaminadas. Todo volverá a ser como antes.

Vuelvo a sentir la inquietud en mis hermanos. Otra presencia insólita nos acecha. El viento nos cubre del cielo con una nube negra. Nuestros pequeños habitantes, los que han sobrevivido al veneno inventado, se esconden bajo tierra ¿Por qué huyen? La firmeza de mis brazos se quiebra ante esta nueva presencia. Todo mi ser crepita. Es un monstruo cuya furia crece con los latigazos del viento y que me engulle en su ferroz mordisco. En la nube negra se carboniza la piel de mis hermanos, debajo de ella se esconde el verdadero mal. Una rabia ávida por destruir todo cuanto toca con su llama. La llama también me ha atrapado a mí, prende mi piel y devora mis entrañas. Y yo sólo puedo gritar y unirme al lamento de mis hermanos, pero nuestra voz no se escucha más allá del crepitar de nuestros cuerpos ¿Es éste nuestro fin? Nos resignamos y gritamos más alto.

El cielo nos ha escuchado y nuevos vientos traen la lluvia. La llama no puede prender el agua, estamos salvados. La nube negra por fin comienza a desvanecerse. Tras la lluvia aún persiste un rastro liviano de humo en el aire, y las cicatrices que ha dejado la llama aún afligen nuestra piel. Serán difíciles de olvidar. Hemos aprendido lo que es el miedo.

Otra vez la calma. Otra vez el tiempo. La sed y el sosiego. Vivimos, enfermamos y sanamos. Los que ya no están no han dejado de estar. Su vida habita en otro lugar. Nos hemos acostumbrado a compartir la tierra con los piratas. Nos necesitan para cosechar las perlas, por eso nos dan agua, exterminan a los parásitos y neutralizan las plagas que nos quieren extraer la vida. Aunque algunos de sus remedios nos hieren más que nos

sanan. Puede que a su manera ellos también sean parásitos, visitantes que buscan la manera de coexistir en este delicado equilibrio.

Y así, nuestra vida empapa la tierra, y la tierra y el agua empapan la nuestra. Ya casi no me acuerdo de quien era antes de empezar a soñar. Sólo sé que no quiero despertar. Que me dejen ser, ser para siempre.



# El olivo de Ciriaco Román

Antonio M. Contreras Jiménez

Me llamo Adoración Román López y tengo treinta y ocho años. Hoy, diecinueve de noviembre de 1933, estoy muy contenta porque acabo de votar, es la primera vez que las mujeres lo hacemos en España. Me ha acompañado mi marido, Antonio Contreras Peinado, que, aunque natural de La Fuensanta de Martos, está ya empadronado en La Bobadilla. Cuánta emoción al oír al funcionario pronunciar mi nombre y al depositar turbada mi voto en la urna. Por primera vez he sentido que yo era alguien, me ha subido un escalofrío por la columna y casi me he sentido desfallecer, gracias que Antonio estaba a mi lado para ofrecerme su brazo y mirarme con sus ojos de azul intenso, sabedor del significado que para mí ha tenido este ejercicio. Me he acordado de Victoria Kent, de Clara Campoamor, pero mucho más de mi padre, Ciriaco Román. Hoy me gustaría poder decirle que su voluntad, al fin, se ha cumplido, aunque, tras su muerte, haya tenido que esperar más de veinte años.

...

Murió mi padre cuando yo acababa de cumplir los once años. Nuestra relación fue corta pero muy intensa. Todos los días de su vida los pasó trabajando de sol a sol en la finca del señorito don Leandro. No celebró, domingos, festivos ni fiestas de guardar, pero todas las noches, al llegar a casa, tras lavarse en el lebrillo con el agua caliente que mi madre le



tenía preparada, su escaso tiempo libre era todo para mí. Todos los días ansiaba la llegada de esa hora de la noche para sentir que mi padre, mi rey mago, mi payaso, mi médico, mi narrador de cuentos, mi maestro, mi protector. . . , estaba allí, a mi lado, y era mío, solo mío. Tras la pobre cena que mi madre podía prepararnos, me dormía arrullada entre sus fuertes brazos, con una confiada sensación de seguridad y la deliciosa caricia de sus manos rudas, marcadas por las costras y llagas producidas por su trabajo. Su aspereza era lo de menos, me tenía ganada con su amor.

Llevaba a gala mi padre, el haber nacido en 1870, y el haber vivido la regencia de Amadeo de Saboya, la I República y el reinado de Alfonso XII, relación de eventos y noticias que recibía de Alcaudete adonde paisanos y familiares, periódicamente se dirigían para trámites administrativos, en burro o andando. Él, aun siendo niño, dedicaba todo su tiempo a la ayuda familiar en faenas agrícolas, recolección de aceituna, esporádicos trabajos de albañilería, y cría de cerdos, pollos y pavos. A finales de siglo, digamos que hacia 1891, La Bobadilla era ya una aldea importante cuya



población aumentaba sin cesar, que vio convertida su pequeña ermita local en parroquia. Los poyos de las eras de José Ruiz, que años más tarde, por donación del mismo, habrían de convertirse en Plaza de Alfonso XIII, eran el lugar donde todos los hombres y mozos disponibles del pueblo se colocaban por la mañana para intentar ser elegidos a dedo como jornaleros por los caciques del lugar. Decía mi padre que, a él, tarea nunca le faltó. Su buena talla, fuerza y hechuras, hicieron que ya con 14 o 15 años fuera requerido como bracero por los distintos hacendados del pueblo; entre ellos, don Leandro, un gran potentado, astuto y sagaz, que supo ver y aprovechar tanto la fortaleza física como la prudencia y las amplias tragaderas de mi padre, de quien dispuso a placer no por propia convicción sino por necesidad y resignación, ya que el hambre reduce mucho el nivel de exigencias.

A cambio de comida y cama, mi padre sacrificó lo que más valor tenía: su libertad. Ya no le era necesario merodear por los poyos de la plaza en busca de bienhechor porque don Leandro le tenía totalmente ocupado.



Los primeros años fueron jornadas intensas y agotadoras dedicadas a la agricultura y en especial al olivo, sin descanso semanal, ni vacaciones; sin asignación fija: manutención y una remuneración en especie con productos de la propia cosecha o de la matanza.

Fue un día del año 1892, recién inaugurada la iglesia de San Isidro Labrador, que don Leandro se vio en la obligación de dar el día libre a Ciriaco Román para celebrar sus esponsales con Felipa López, su novia entonces y luego mi madre. Según contaba mi padre años después, tras ese día, no volvió a conocer ningún día libre más. Mi llegada a este mundo contribuyó a trabar aún más la dependencia de mis padres con don Leandro; bendita dependencia -decía mi madre- que les permitía disponer de garbanzos y tocino para el puchero durante todo el año. Mi llegada también fue muy bien recibida en familia porque obstaculizó el reclutamiento de mi padre para la guerra de Cuba, en la que se priorizaban a los solteros y los casados sin hijos, en ese orden.

La tortura de mi padre, de la que aún no he hablado todavía, comenzó justo tras su boda, al cambiar de actividad, que hasta ese momento había sido eminentemente agrícola. Don Leandro le trasladó al Cortijo del Zamarrillo, muy próximo a La Bobadilla. El cortijo, situado sobre

un altozano, disponía de unas magníficas vistas abiertas a poniente, tan solo obstaculizadas por un cerro de roca caliza que no solo impedía la visión del resto de la finca, sino que suponía un promontorio inútil e inoportuno en medio de una espléndida tierra de labor. Don Leandro albergaba un sueño que ahora, con la vigorosa lozanía de Ciriaco y su obligada fidelidad, estaba dispuesto a conseguir: el desmonte de ese cerro frente al cortijo. No tenía prisa, Ciriaco era muy joven y tendría toda su vida por delante para hacerlo desaparecer; si en algún momento fallaba, siempre habría jóvenes necesitados en idénticas circunstancias. Y así fue como don Leandro desvinculó a mi padre de las actividades agrarias que fueron transferidas a otros jornaleros, para dejarlo como encargado único, exclusivamente y a perpetuidad, de la devastación del cerro en cuestión. Invierno y verano, frío y calor; nunca necesitó de calendario porque su actividad en adelante fue siempre la misma. Dispuso de pólvora y barrenas, picos, palas y marros. Las piedras resultantes de las explosiones las cargaba a mano, a lomos de mulos, que las transportaban a otras zonas de la finca para el relleno de arrenes, taludes laterales y el arreglo de carriles y eras. Y así un día, y otro día, y otro día más.

Entre el cortijo y el cerro donde mi padre realizaba su labor, un olivo aislado, centenario, de alto porte y espesa arboladura era el único refugio y breve descanso para ese momento central del día en el que reponía fuerzas, echando mano a su capacha de esparto o esperando a mi madre, que a veces acudía portando algún alimento caliente. Yo acompañé a mi madre en algunas de esas visitas y sufría al ver a mi padre hecho un eccehomo, lleno de pústulas y magulladuras. Bajo el olivo podíamos comprobar día tras día, año tras año, la lenta devastación que sobre la cima del cerro se iba produciendo. No olvidaré el día que, sentados bajo el olivo, pude comprobar la cara de satisfacción de mi padre cuando el sol, eliminados los canchos de piedra sobre la cima, comenzó a ponerse tras la línea, ahora visible, del horizonte. Aquel día, con el frenesí y la vehemencia con que mi padre me lo explicaba, comprendí que la desaparición del cerro ya no era solo una obligación laboral, sino que se había convertido en una especie de reto personal. Ese mismo día, le oí como decía a mi madre que si acababa sus días antes que ella, querría descansar eternamente bajo ese olivo.

Todos los años de vida que compartí con él, pocos, los recuerdo madrugando para dirigirse a ese maldito cerro (para mí ya lo era) y viéndolo volver al anochecer lleno de sangrantes heridas. Hubo muchos mulos que sucesivamente fueron muriendo en los trabajos de acarreo, sustituidos sistemáticamente por don Leandro, porque su interés por rematar el desmonte del cerro se había convertido en un deseo obsesivo. Si en un principio mi madre aceptó la sumisión de mi padre, agobiada por la necesidad, más tarde comprendió que debía abandonar esa actividad que estaba minando su salud y matándole lentamente; pero recién iniciado el siglo XX, con el pesimismo producido por la reciente catástrofe de la guerra de Cuba, las varias plagas de langosta norteafricana que arrasaron los cultivos, y las revueltas sociales en Alcaudete y La Bobadilla, la verdad es que los ánimos estaban hundidos y mi padre no estimó conveniente someterse a veleidades laborales, jugando con un trabajo que, aunque duro, era seguro.

Yo iba a cumplir los once años, mi padre los treinta y seis; esa noche cuando me abrazó para contarme una de sus historias, me hizo depositaria de una confesión sorprendente. Dentro de su ignorancia, un elemental e igualitario sentido de la justicia, le llevaba a considerar que el primer sufragio universal realizado en 1890 había sido bueno pero insuficiente, al no incluir el voto de la mujer. Reflexión muy avanzada para su tiempo y no exenta de una cierta clarividencia: «Dorita, seguro que un día tú también votarás». Yo, ingenua niña, no sabía lo que era eso de votar, pero pensaba que si mi padre me lo deseaba, algo bueno debía de ser. Con el comienzo del nuevo siglo, La Bobadilla también había estrenado escuela, pero lamentablemente solo para varones y yo era mujer, aparte de que llevaba ya tres años ayudando como sirvienta a unos señores del pueblo. Quiero añadir en favor de mis patronos que, vista mi corta edad, su trato era muy humanitario y que conocedores de mi interés por aprender, fueron ellos quienes me enseñaron las primeras letras y las primeras reglas.

Un día de 1906, cuando la titánica tarea de mi padre estaba a punto de ser culminada, fuimos llamadas para acudir al cortijo. El hombre que un día había sido el más fuerte de la aldea, ahora enjuto, demacrado y avejentado, ya apenas si era sombra de sí mismo. No podía tenerse en pie y sangraba por la boca. A horcajadas y tumbado sobre un burro le



trajimos a casa. Cuando abandonábamos el cortijo, señaló al olivo una y otra vez: «Ahí, ahí...», repetía moviendo su dedo índice. Llegados a casa llamamos al médico, pero este no pudo hacer nada sino sólo diagnosticar paro cardíaco al haberse reventado varios de sus órganos internos. A los 36 años, mi padre, Ciriaco Román, había muerto. Las estrictas normas religiosas de la época impedían enterrar el cuerpo fuera del camposanto. Al día siguiente acudió a nuestro domicilio el mismo cura que había casado a mis padres, Ciriaco y Felipa, catorce años atrás. Rezado el responso y despedido el duelo, con la complicidad de mis dos tíos, pusimos en marcha el plan que mi madre había proyectado de antemano. El ataúd que contenía un saco de piedras similar al peso de mi padre fue enterrado tras el sepelio en el cementerio del pueblo. Ese mismo día, bien avanzada la noche, envuelto en un lienzo blanco y a lomos del mismo burro que le había traído el día anterior, volvimos al cortijo del Zamarrillo. Mi madre se abrazó a mí envuelta en llanto, mientras contemplábamos como mis tíos remataban la faena bajo el olivo.

...

De aquel día han pasado veintisiete años. Hoy 19 de noviembre de 1933, mi marido Antonio me ha acompañado a cumplir orgullosa con mi derecho a participar por primera vez en unas elecciones. A la vuelta le he pedido pasar por «el olivo». No ha necesitado más aclaraciones, él ya lo sabe todo, aunque es un secreto para el resto de la gente del pueblo. Estando bajo el olivo, he contemplado extasiada el resultado de la obra faraónica que se extiende frente a la vista, una obra a la que mi padre dedicó toda su vida. Sobre el lecho de los cantos arrancados a las entrañas de la tierra, se han hecho nuevas plantaciones y hoy comienza a reverdecer la hierba. El cielo está azul y diáfano; una bandada de pájaros lo atraviesa en medio de la brisa. El sol ha comenzado a ponerse en el horizonte tras las lomas de Villodres. Pienso que mi padre estaría hoy orgulloso de mí habiéndome visto votar. Tardíamente pude ir a la escuela, pero hoy mis vecinas acuden a mí para que les escriba o les lea cartas, para que les interprete bandos locales y contratos, para que les lea novelas o versos de amor. Me abrazo a Antonio y le cuento la leyenda del buey de la Catedral de Córdoba, ese buey de mármol blanco en homenaje al que un día, en épocas medievales, reventara transportando las piedras para la construcción de la Mezquita. Si un animal mereció ese monumento, ¿que no merecería un hombre que murió por la misma causa y en idénticas circunstancias? De todas formas, me consta que para él, como para mí, nos basta con el silencio, la quietud, y habitar en el recuerdo de los demás. El ramo de flores que acabo de depositar bajo el olivo es mi homenaje más sentido y mi mejor monumento.

# El juicio

MaryCruz

—Sí, señor Juez, reconozco que me equivoqué, mi conducta en parte no fue apropiada, pero lo hice por una justa causa, en su momento fui presa de las circunstancias, de la emoción, del entusiasmo, no logré controlarme, y lo peor, todo fue planeado, no dejamos nada a la improvisación, si tan sólo alguien me hubiese explicado las consecuencias, habría hecho las cosas de manera diferente, de momento lo vi como algo productivo, que más que perjuicios podría causar grandes beneficios, tanto tiempo trabajando en ello, realmente estaba en mora de finalizar este trabajo, que más que nada fue una promesa por cumplir, de ningún modo actuaría de mala fe.

Siendo así, me siento completamente responsable, juro que actué pensando en que no estaría del todo mal apoderarme de eso tan valioso pero tantas veces desechado, olvidado, subvalorado; no creí que causaría tal impacto hasta cuando me percaté que en aquella esquina alguien se encontraba observándome: al salir de la imprenta noté esa mirada inquisidora, me pareció familiar su rostro, pero la serenidad que me caracteriza no me permitió sospechar que algo así se veía venir. ¿Un juicio?, ni por mi mente se me pasó que estaría cometiendo algún ilícito y menos las connotaciones de éste que me están endilgando, no le di importancia a eso, sin embargo, aquí estoy cumpliendo el llamado y ahora mismo le explicaré: Todo se remonta a aquella mañana de invierno cuando lo más interesante por hacer es quedarse por horas frente a la ventana viendo

como cae la lluvia y cómo alguno que otro transeúnte desprevenido es empapado por algún chistoso conductor. Es la época en que todo parece ser tranquilo, pero la imaginación y las ganas de crear comienzan a despertar inquietudes y sembrar deseos de materializar todo lo concebido por la fantasía, como cuando la mente poderosa de un infante se inicia en las lides del arte, no tiene límites, ni mucho menos freno.

Allí estaba yo, en mi labor de todos los días, como ayudante de cocina, bajo el olor hipnótico de aquel aderezo, el vapor de las ollas rebosantes de ingredientes y aquella mirada graciosa y pícara, la mirada de un profesional, de un experto que sabe perfectamente lo que hace, año tras año, afinando su arte, daba gusto verlo trabajar, de aquellos que respiran pasión por lo que hacen, qué bueno que eso es contagioso y yo como siempre, con mis cinco sentidos bien alerta, lista para lo nuevo, para lo exquisito, aprendí rápidamente, el ingenio y la creatividad definitivamente eran lo mío.

Señor juez y señores del jurado, cometí el gran pecado de atrapar cada una de las integrantes del alfabeto, me tomé la atribución de juntarlas en una magnífica concordancia que lograra la armonía perfecta y aferrar al lector, así como yo me quedé impregnada para siempre de ese pasmoso ingrediente; fusioné cada una de aquellas ideas que desde mi época de niña eran masivas, pululaban como un hervidero de abejas construyendo su panal, pero las mismas que para el común de la gente, se hacen cada vez más escasas, tuve el coraje de demostrar que el poder de la mente puede sobre todo lo demás, que solamente se requiere un poco de visión para notar cómo el universo conspira a favor de la inventiva.

Mi pregunta es: ¿acaso los grandes pensadores o intelectuales, tuvieron que pasar por un juicio parecido?

¿Fueron señalados por pretender mostrar su brillantez? ¿Tuvieron que justificar y defender con uñas y dientes el don que la naturaleza les dio y ellos pulieron, moldearon a su gusto y con el pasar de los días los convirtió en dignos representantes de la humanidad?

Dejo a consideración entonces si la versión del señor que me denuncia es totalmente válida y me hace culpable de los cargos que se me imputan,

menciona que fue timado, ultrajado, que se siente ofendido porque su máspreciado tesoro fue puesto en riesgo por mi descaro al disponer de lo ajeno, por advertir lo que una mente inquieta es capaz de maquinare.

—Mire, señorita, la verdad no sabemos a ciencia cierta qué motivó esta denuncia, a mi despacho llegó una queja en la que menciona que usted debe ser juzgada por el delito de fraude, debo imponerle una pena ejemplar pues lo que hizo no tiene ninguna justificación, su comportamiento es totalmente reprochable, no se puede ir por ahí tomando cuanta idea se le ocurra, transformándola y lo peor haciéndose la más popular, a costa del trabajo de los demás, estoy de acuerdo con el jurado que debe pagar por lo que hizo y enmendar su falta.

—Señor juez, estoy dispuesta a pagar por lo que ustedes consideran una falta grave, reconozco entonces mi equivocación, como les comenté anteriormente, tomé desde que era niña la decisión consciente de escribir y plasmar en cualquier documento mi sentir, expresar sentimientos y emociones, robé estilos, frases, maneras de decir las cosas, tomé como modelo a aquellos que han podido a través de las letras hacerse inmortales, sí, es verdad, me apropié de su glosario, de todas las palabras para adornar mi escrito, si eso me hace culpable, entonces que caiga todo el peso de la ley, me siento responsable de arrebatar esas memorias, de haberme sumergido en el mar de la escritura, en el horizonte del arte, son ustedes quienes tienen el poder de pronunciarse por lo que hice, pero nadie me ha preguntado el por qué, nadie se ha interesado por conocer las razones que tuve para usurpar todos esos archivos y anotaciones, ni me han explicado quién es aquel personaje que tuvo la osadía de denunciarme sin escuchar mi versión de los hechos, nadie hasta el momento se había atrevido a plasmar en tan espléndido ejemplar todas estas composiciones.

Pido entonces que mi demandante se haga presente y exponga sus fundamentos, creo saber quién es, porque en aquella esquina su atuendo lo delató y solamente alguien con sus características podría estar interesado en denunciarme por tomar aquellas innumerables fuentes de conocimiento y de saber, pero como les dije anteriormente, no le presté atención, noté sí, su parecido con mi maestro, algo sorprendente, llegué a pensar que era él, sólo que ya no está con nosotros desde hace mucho

tiempo, cuando por la crisis económica se vio en la penosa necesidad de cerrar el restaurante, por ello descarté la posibilidad y no di crédito a aquellas apariciones fantasmales propias de una novela de suspenso, consideré que podría ser alguien interesado en imitarlo, pero mi intención de citarlo aquí es conocer de viva voz el principal argumento por el que mi acto de supuesta inconsciencia lo llevó a radicar la presente acusación.

Cómo me gustaría que mi tutor estuviese aquí para que les explicara el por qué escribir se convierte en una gran terapia, casi igual a la de mezclar ingredientes y aromatizar preparaciones culinarias, las dos son estrategias para sobrevivir y traspasar el espíritu y el alma; no tuve más noticias de él, no sé si aún esté con vida, fue bastante lamentable el tener que despedirnos pero no tuvimos otra salida, no apelamos a otras opciones, se cerró el restaurante y con él todo nuestro empeño, lo planificado se derrumbó cual castillo de naipes, se esfumó como el vapor que emanaba de cada preparación.

—Dígame entonces, señorita, a quién se refiere cuando dice «mi maestro», ¿quiere decir que él también es culpable o acaso cómplice?

—Señor juez, «mi maestro» es el de todos y a la vez el de nadie, me refiero al chef Rafael.

—No puede ser, está bromeando, le exijo respeto, para conmigo y los asistentes, cómo se atreve a involucrarlo en esto, me parece muy atrevido de su parte, efectivamente el chef Rafael desapareció hace varios años, por qué dice eso de una persona tan honorable, no debería implicarlo de esta manera; mejor demos paso al demandante y procederemos a hacer lectura de la querrela que la tiene en este momento frente a nosotros:

—Señor juez, hago la denuncia formal del robo del que fui objeto, creo que me han quitado lo máspreciado, me han ultrajado y me han ocasionado una gran decepción, he perdido la gran herencia de mi padre, todo lo que tenía, todo lo que me dejó, ya no podré cocinar como él, ha resultado alguien que aunque dice que fue su aprendiz, dudo mucho que haya sido así, mientras él estuvo al frente del restaurante fue muy celoso y hermético con sus recetas, no sé cómo logró obtener toda esa información, por ello me siento indignado y me vi en la obligación de denunciar

este hecho, todo lo que aparece en ese recetario, debía mantenerse en secreto, es bastante extraño, es muy posible que haya sido víctima de algún chantaje y por eso lo hizo.

—Bien, señor juez, yo fui su asistente por muchos años y le aprendí demasiado, no podía dejar pasar desapercibido su arte de mezclar el aceite de oliva en todas sus grandiosas preparaciones, un día le dije: ¿por qué no regalarle a la humanidad el secreto de la felicidad escribiendo las recetas para que todos nos deleitemos con esas finas preparaciones y con su toque exquisito? Él, con lágrimas en los ojos, me dijo: «toda la vida he querido hacerlo, sé que no debo ser tan egoísta, pero mi gran secreto es que soy analfabeto y no he encontrado a alguien totalmente confiable para que lo haga por mí». El gran chef Rafael al que todos admirábamos, al que le sobraba publicidad le faltaba algo tan sencillo como hacerse amigo de las letras y la capacidad para juntarlas, darles sentido y poner a disposición del universo entero su toque secreto. Entonces, señor juez, ese fue mi error, querer plasmar en un recetario la magia del aceite de oliva y componer con cada palabra la virtud de quien engrandeció el uso de esta maravilla de la naturaleza, eso sí, sin dejar de darle todos los créditos a él, lo dicen las notas al pie de página.

Lo que nadie sabe es que esta tarea la habíamos comenzado en simultánea, él se encargaba de sus comensales y yo de sus recetas, así fuimos a lo largo de tres años, recopilando cada una de sus obras maestras, en todas, absolutamente todas, estaba incluido el aceite de oliva, era la clave de su éxito y, cada vez que lo mencionaba, le brillaban los ojos y se sentía el hombre más importante del mundo. A mí me fluían las palabras y se me entumecían los dedos de tanto escribir, él se llenaba de orgullo, desbordaba en júbilo al ver cómo yo iba retratando, paso a paso, su historia culinaria, presumía del gran equipo que conformamos, nos hicimos la fórmula ideal para este fin.

Así es que a todos los presentes les dejo claro que aprender a cocinar no es para nada difícil como tampoco lo es escribir, lo difícil es encontrar a una persona que pueda jugar con las letras y las palabras y construir el recetario que lleva tatuado el corazón y la valentía de un maravilloso chef, el más famoso del mundo, pero que nunca aprendió a leer, ni a escribir:

su arte era cocinar, y gracias al aceite de oliva pudo crear su sello personal y dejar su legado en este ejemplar que me han decomisado y ahora lo llaman la prueba reina.

Acepto los cargos y cualquier escarmiento porque ya de hecho estoy condenada a terminar mis días al servicio de la gramática, si es que han de privarme de la libertad, acato tal decisión, no con esto podrán despojarme del deseo de escribir porque entre líneas he vivido y entre líneas moriré, y donde quiera que esté mi gran maestro, sé que se siente pleno porque saqué a la luz su impenetrable mundo, no el que lo hizo famoso por su sazón, sino el que ocultó hasta el fin de sus días: cocinaba como los dioses, se debatía entre trastes, ingredientes e invitados, pero lo más importante para sus grandiosas creaciones era ese bálsamo, esa esencia cuyo aroma nos envolvía y casi nos hipnotizaba en las cuatro paredes donde todos los días nos dábamos cita, en el santuario de la aceituna, la cocina del gran restaurante Excelso.

Todo lo anterior estaba muy bien, funcionaba a la perfección, pero le hacía falta un escudero que dejara como legado su compendio de sabiduría, ya que la vida nunca le mostró lo fascinante que resulta encajar de manera sincrónica, eso que llaman letras, le privaron del placer de verlas bailar y contonearse en un texto convertido en monumento; entonces los comensales que se deleitaban con sus platos ahora lo harán con sus recetas, culpable sí soy, por pretender estimular los sentidos e ir más allá de lo que perciben las papilas gustativas, y en este preciso momento en que me reencuentro con la inspiración a flor de piel, escribo este relato antes de ser dictada mi sentencia.

—Pues señorita, —dijo uno de los jurados —ahora que lo menciona, todos coincidimos en que deben primar las buenas intenciones y de no ser por su brillante idea pues nos estaríamos perdiendo la oportunidad de deleitar aquellos deliciosos platos, que vivan las letras y que viva en usted el deseo de escribir, tal como es su voluntad, hasta el final de sus días, la declaramos inocente judicialmente hablando, pero moralmente culpable de hacernos víctimas de su propio invento, desde que salió a la venta este espectacular compendio, no hemos podido dejar de agregarle

a nuestros platos el ingrediente que los inmortalizó a los dos, a él por sus preparaciones y a usted por sus escritos: El aceite de oliva.

En ese momento todos se pusieron de pie, sus rostros reflejaban asombro, acababa de ingresar a la sala nada más y nada menos que el mismísimo chef Rafael, su silla de ruedas la empujaba una hermosa joven de aproximadamente veinte años. Todos, incluido el juez se dispusieron a escuchar a este gran personaje que con voz entrecortada y frágil dio su versión de los hechos:

—Todo, absolutamente todo, ha sido una absurda equivocación de mi hijo al querer suplirse y valerse de mis recetas para enriquecerse y ganar fama y prestigio, este ejemplar que traigo conmigo, es mi boleto de entrada a mi merecido descanso, a mi descanso eterno, ya podré morir en paz sabiendo que esta fascinante dama, hoy acusada injustamente por un inconsecuente ambicioso, fue la única digna de mi confianza y admiración. Culpable soy yo por no sobreponerme a eso tan terrible que significó acabar con mi sueño de toda la vida; cerrar el restaurante fue para mí el inicio de una vida triste y sin sentido, que vine a recobrar cuando vi materializado nuestro sueño en esta obra, ahora de todos; no tuve la valentía de volver a ver a quien me acompañó por varios años y no sólo endulzó mi vivir sino que me inyectó dinamismo, energía y vitalidad, quise esconderme en mi propia melancolía y no dejar que personas tan extraordinarias me vieran caer. Incurrí en el peor error de mi vida al alejarme, pero aquí estoy presente para hacerles saber que esta persona a la que acusan es culpable, pero, por enseñarme a soñar y perseverar en lo que se quiere, es una brillante escultora de palabras a quien expreso excusas en nombre de todos los que se valdrán de mis recetas para conquistar paladares, seducir los sentidos y cautivar con innovadoras e increíbles creaciones gastronómicas; solicito que sea exaltado su gran talento, un don como este no debe ser coartado, por el contrario, nuestro cometido siempre fue estimular y alentar a todo aquel apasionado con tan sublime ocupación, y les prometo que en el tiempo que me queda de vida, así lo continuaré promulgando. Pido que se levante esta sesión y la acusada sea declarada inocente.

En realidad, señores y señoras, sé que han pasado varios años y ahora que lanzo mi segundo recetario basado en el aceite de oliva como su gran protagonista, no podía dejar pasar inadvertida esta historia que fue el comienzo de mi incursión en el mundo de los restaurantes, hoy, con mi tercer local funcionando, puedo asegurarles que el éxito exige que ante las adversidades, la gallardía y la osadía se conviertan en la única alternativa válida para ver todos los sueños hechos realidad, lo demás se cultiva, mejora y perfecciona, en mi caso, por ejemplo, fue imprescindible la fuerte influencia de las enseñanzas del maestro de maestros, el chef Rafael quien murió siendo el más famoso del mundo y nadie desde ese juicio pudo olvidar el gesto en su rostro cuando el juez dijo sin más: «Este caso queda cerrado...».

# Molturar los recuerdos

Juan Antonio González Ruiz-Henestrosa

Habitar aquí es un privilegio del destino. No todos piensan igual y algunos dicen que estar encarcelado en otro cuerpo es una condena. Tal vez lleven razón, sobre todo cuando otras manos recorren mi piel y, sin embargo, no puedo devolver las caricias. Unos se acercan a mí para olvidar la soledad y sentirse acompañados por un rato. Otros lo hacen para susurrarme sus confidencias y pedirme algún consejo en silencio. No creo que mis palabras sirvan de tabla de salvación, pero sé que alguna vez he aliviado esa carga que los secretos ocultan. Hace siete días que nadie viene a verme. Este tiempo gris tiene mucha parte de culpa. Lleva toda la semana lloviendo y el sol parece que ha decidido tomarse un descanso. Hace algunos años que la primavera no es ella, pero supongo que en esta ocasión la naturaleza ha sabido esperar para que esta estación se reencuentre consigo misma. El frío, la lluvia y el calor han llegado cada uno en su momento y los meses han conseguido la reconciliación con las hojas del calendario.

Jacobo me acompañó el pasado sábado, antes de caer la noche. No fue el primero que estuvo aquella tarde conmigo, pero como todos los demás, pensó que no me había percatado cuando se sentó a mi lado. Primero me miró de reojo. Lo hizo con esa mezcla de temor y curiosidad, pero con el inevitable deseo de cruzar el umbral del recelo por las historias que le habían contado acerca de mí. Después quedó en silencio unos minutos,

dudando si hablarme, temblándole incluso ese primer hola que pronunció. Y antes de comenzar a hablar, una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. Está hecho todo un hombre. Le quedan unas semanas para cumplir la mayoría de edad y Jacobo ha dejado de ser aquel niño con los pómulos diseminados de pecas; en ese renacuajo que jugaba al escondite con los amigos y se ocultaba en el Palacio de Sánchez Valenzuela; en ese granuja que saltaba la valla de la casa de los Ramírez para dormir la siesta en verano bajo el limonero.

Al principio creyó que no lo había reconocido, pero conozco al hijo de Rosalía desde que era pequeño. Cada mañana iba de la mano de su madre con dirección al colegio. Su cara era la del perezoso que había salido a contrarreloj de la cama, arremolinado entre las sábanas y muerto de sueño. Caminaba despacio, medio encorvado, cargando la maleta a la espalda. Por las tardes, a la hora del café, cruzaba de una esquina a otra de la calle jugando con la pelota, regateando a su contrincante imaginario; retransmitiéndose como un locutor de radio el gol que marcaba cuando chutaba contra la puerta de la Iglesia de San Pablo.

El Pelao chico, como lo conocen en Baeza, tiene los ojos de su madre: grandes y espabilados, de un intenso color verde olivo; pero al igual que ella, tiene el mismo gesto de tristeza que desciende de sus párpados. Sin embargo, es a su padre al que realmente se parece. No a Rafael, el cartero que lo cuidó y enseñó las letras del abecedario y que cada noche le leía un cuento antes de irse a dormir, sino a Jacobo Fernández, a ese señorito de zapatos de charol y sombrero de Panamá que dejó embarazada a Rosalía bajo uno de los olivos del olivar del Lomo de las Marisas.

—Don Antonio, ¿sabe usted quién soy? —me preguntó después de decir un hola que apenas pude escuchar por el temblor de su aliento.

—Claro que sí, Jacobo, pues claro que te conozco —le respondí, mientras carraspeé mi garganta.

—¿Cómo se encuentra usted? —me inquirió sin levantar mucho el tono de su voz.

—Bien, estoy bien, ya ves, aquí sentado como de costumbre —le contesté mientras él se quedó observando el libro que sostengo entre mis manos.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, y a ser posible espero tener una respuesta que resuelva tu duda. Se hizo un momento de silencio entre los dos.

Creo que Jacobo no lo recuerda, pero no era la primera vez que manteníamos una conversación. De pequeño, cuando apenas tendría cuatro o cinco años, se sentó a mi lado y dejó caer su espalda sobre mí. «Léeme ese libro» me dijo mientras chupaba uno de esos caramelos de miel con aceite de oliva. Su madre llegó y nos miró fijamente. Rosalía ha sido siempre una mujer de pocas palabras, prudente e introvertida; de familia humilde, su padre trabajaba en el olivar, *abinaba* la tierra, la amorillaba y cuando llegaba la época de la *enramá* siempre se quedaba hasta el final para recoger los restos de la fiesta.

La vida no ha sido fácil para ella. Ha estado en boca de todos, en las murmuraciones de puerta de colegio, tardes de meriendas y de café; en las miradas de reojo de paseos y terrazas; y tiene en su espalda alguna que otra puñalada que ha herido su nombre y ha manchado a una familia que llegó a esta tierra buscando mejor suerte. «Mamá, le he dicho a este señor que me lea su libro» le dijo en nuestro primer encuentro Jacobo a Rosalía.

«Pues escucha atento a don Antonio Machado, que a buen seguro sus poemas te gustarán» le contestó ella mientras le arreglaba el pelo negro y rizado que tenía de pequeño y que ahora ha comenzado a desaparecer por esa madurez adelantada al tiempo.

—Don Antonio, ¿conoce usted a mi padre? —me preguntó regresando de nuevo a la conversación.

—Claro que conozco a Rafael el Pelao, desde que llegó a Baeza y comenzó a repartir las cartas con su alforja de correos.

—No don Antonio, no me refiero a él, sino a mi otro padre, a Jacobo Fernández.

—¿Jacobo Fernández?, ¿el dueño del olivar del Lomo de las Marisas?, pues claro que también lo conozco. Pero...

—No don Antonio, no me diga nada, perdone que lo interrumpa, es que tengo que confesarle un secreto —el tono de su voz fue bajando a cada palabra que pronunció.

La charla se detuvo en ese instante. Margarita, la hija menor de Enrique Canalejas, el dueño de Almazaras Sierra Mágina, pasó por delante de nosotros. Jacobo la observó. Ella caminaba con paso firme, segura de sí misma. Iba calle abajo. Llevaba un vestido de flores y movía la falda con la elegancia que había heredado de su madre que en paz descansa. Su rostro aparecía despejado de esa melena pelirroja que había recogido en un rodete. Jacobo permaneció en silencio. Su mirada estalló en deseo. Sus ojos se iluminaron. Por un momento empezó a hablar entre dientes, pero no conseguí entender lo que decía. Ella nos miró, no hubo gesto alguno, simplemente siguió su camino. Apoyé mi mano en el bastón. Olvidé que no tenía fuerza para moverme, que estaba allí encerrado en ese cuerpo de bronce.

Hace unos meses que Margarita ha regresado a Baeza. Dicen las lenguas viperinas que se marchó a Madrid poco después de fallecer su madre y que iba embarazada de dos meses. Ha vuelto para hacerse cargo de su padre, que yace en la cama desde hace varias semanas, y para tomar las riendas de la empresa familiar.

Los rumores no cesan. Ella está en boca de todos. Las habladerías de mercado dicen que la han visto llegar de madrugada y acompañada por hombres de mal tratar. Otros chismes dicen que su hijo tiene sangre de aquí, que cuando ella va de paseo con él y le arregla el pelo negro y rizado, todos saben que es la misma imagen de ese señorito que buscaba cada día una nueva falda a la que atrapar.

Jacobo no apartó su mirada de ella. Permaneció callado mientras Margarita continuaba su camino. No sé qué pensamientos transitaron

por su cabeza, pero los ojos se le humedecieron poco a poco. Estuve en silencio, no dije nada. Jacobo me miró. Acarició la página del libro. Sus dedos recorrieron cada palabra tallada. Sentí el frío de sus manos sobre mí. La sirena de un coche de la guardia civil comenzó a sonar. Algunos vecinos se asomaron a las ventanas. Otros corrieron hasta la plaza. Los gritos de una mujer. «¡Dicen que Jacobo Fernández ha aparecido muerto debajo de la encina negra!» iba diciendo Pepe el Carmona a todo el que se cruzaba con él.

Ha pasado una semana y hoy el cielo vacila entre el azul y el blanco de unas nubes que se asoman por el horizonte de los campos de olivos. Los rumores siguen vagando por las calles de Baeza. Durante siete días de viento y lluvia, mucho se ha especulado en el interior de las casas. Nadie sabe realmente qué sucedió aquella tarde de sábado. Dos guardias civiles encontraron el cuerpo de Jacobo Fernández bajo la encina negra que hay en el camino hacia Úbeda.

Jacobo ha vuelto esta tarde. Se ha sentado de nuevo a mi lado. Nuestras miradas se han cruzado, nuestros silencios han hablado. Una pareja de picoletos de la academia se ha detenido frente a nosotros. Nos miran. Están en silencio, no dicen nada. Se marchan. Desde la casa de María la Estraperla se escucha el cante de Enrique Morente. El maestro del Darro canta por soleá y Manolo Sanlúcar lo acompaña a la guitarra. De nuevo otro atardecer. El sol comienza a ponerse por el horizonte de ese mar de olivos.

«Léame ese poema don Antonio, léame ese poema del olivar, de la lechuza que se vio volar y volar; del campo, de los olivos, de los cortijos blancos; de la encina negra que existe a medio camino entre Úbeda y Baeza» me dijo hace una semana Jacobo.

Ahora permanece en silencio, está sentado a mi lado, escribiendo en un cuaderno los versos que lo convierten en un hombre libre de su pasado. En esclavo de sus secretos.

Jacobo se hace mayor.



# Serafín, el guardián del olivo

Matías Antonio Moreira Dilosa

El día en que Serafín se hizo pequeñito, nadie se percató de su desaparición. En realidad, aquel viernes nadie lo vio llegar al olivar por la mañana. Además, ningún compañero de la recolección lo vio irse de allí por la tarde. Este había ido a trabajar como siempre. Y es que el pobre, no había desaparecido de Jaén para nunca más volver. Todo lo contrario, nuestro recolector amaba su tierra y nunca pensó en marcharse. Más bien, Serafín fue allí, junto a los árboles, como todos los días. Sin embargo, luego de su transformación, lo vio todo más grande; lo vio todo gigantesco.

No se volvió diminuto a propósito. El tema fue que los habitantes del olivo milenario lo achicaron para transmitirle un conocimiento que unos pocos elegidos tenían el privilegio de saber.

Serafín se encontró de un momento a otro frente a unos individuos de aspecto extraño que lo observaban sonriendo. Estos llevaban trajes grises y cinturones enormes. Detrás de ellos, había como pequeñas ventanitas y plataformas que trepaban por el tronco retorcido del árbol de olivas. Todo parecía realmente maravilloso debido a la enormidad de las aceitunas que se veían por todas partes. El más bajo de los individuos celestes que lo observaba, llevaba en sus manos una pistola que Serafín creyó la causante de su tamaño. Éste, además, pensó que los habitantes del olivar parecían mucho más avanzados en tecnología e inteligencia que

cualquier ser que él haya visto en libros o televisión. Le sorprendió que en todos los años que llevaba junto a los árboles nunca se dio cuenta que hubiera gente viviendo en el tronco y las raíces.

Serafín estaba realmente sorprendido y asustado. No alcanzó a correr de allí porque no había lugar a donde escapar ni a donde esconderse. Simplemente se quedó paralizado observando los ojos enormes de los pequeños habitantes del tronco.

El más anciano parecía un gobernante. El viejo lo llamó por su nombre con un tono jovial. Serafín creyó estar en un sueño de la locura. Pensó que quizás aquello era el cielo. Pero reconoció que por donde se lo viera, aquel enorme edificio o tronco era el olivar milenario de toda la vida. Como no pretendía ser descortés, nuestro recolector le devolvió el saludo. Les preguntó a las criaturas celestes de ojos grandes y melenas amarillas por qué lo habían vuelto tan diminuto. Les preguntó con miedo si pretendían dejarlo así para siempre. Sin dejar que el gobernante le respondiera, le preguntó si pretendían comérselo. Además, les preguntó quiénes eran y de dónde habían salido.

El gobernante lo miró a Serafín con una sonrisa de oreja a oreja. Luego, el hombre mayor soltó una carcajada. Los demás individuos de ojos grandes permanecían en silencio. El gobernante le dijo a Serafín que no tuviera miedo. Ellos no pretendían comerse a nadie. Con las aceitunas que había por todos lados ya les bastaba para alimentarse. Tampoco, pretendían dejarlo allí para siempre. Sólo se habían tomado el atrevimiento de volverlo más pequeño para que Serafín los pudiera ver. Como pueden imaginar, nuestro amigo no se podía creer lo que estaba escuchando.

El gobernante se llamaba Maxitool y era el anciano de mayor jerarquía de todos los que habitaban el olivo. Maxitool explicó a Serafín la razón por la que este se encontraba con ellos aquel día. El viejo le contó que la causa de su pequeñez se relacionaba con un suceso ocurrido en la noche de los tiempos. Uno de los antepasados de Serafín había ayudado al pueblo del olivo a resolver un inconveniente muy importante. A cambio, el pueblo de Maxitool se había comprometido a homenajear cada cien años a los descendientes del ser humano que había sido tan importante para ellos.

Denominar a la gente celeste como pueblo del olivo, era simplemente una forma de decir. Ellos hicieron del olivo milenario su hogar luego de que su planeta a miles de años luz de distancia se marchitara. Cuando el pueblo de Maxitool vio la tierra, descendieron en sus naves en lo que es hoy la actual Jaén. Allí vivía un señor agricultor romano llamado Persio. Dicho hombre, recibió a los habitantes del planeta desaparecido de una manera tan hospitalaria, que Maxitool juró nunca más olvidar a este ser humano. Cabe mencionar que Persio les ofreció sus tierras para que se asentaran el tiempo que quisieran.

Fue así como los Garditanos y el agricultor solitario se volvieron grandes amigos. Persio dejaba junto al olivo tinajas de aceite para que el pueblo de Maxitool se alimentara. Además, el romano acompañaba la tinaja del mejor aceite con canastos de pan casero preparados en su horno de barro.

Así, pues, el pueblo de Maxitool disfrutó durante muchos años la producción de Persio como si éste fuera su protector. El gobernante del espacio exterior había conocido a Persio. Esto fue así ya que los Garditanos vivían mucho más tiempo que cualquier ser humano. Por esta razón, los homenajes de su pueblo duraban miles de generaciones humanas.

Durante la Edad Media, los Garditanos decidieron volverse más pequeños de lo que eran. Las baterías de las naves se habían llenado lo suficiente de energía solar para realizar el trabajo. Persio ya no estaba entre ellos. Sus hijos y nietos continuaron cuidando el árbol y a los Garditanos luego de su muerte. Los Garditanos pudieron abandonar la tierra con el paso de las estaciones; pero era necesario antes cumplir con la promesa que le habían hecho al señor agricultor. Así era el pueblo de Maxitool.

Pero todo esto, Serafin lo sabría más tarde.

Y es que aquel viernes de su iniciación, Serafin se sentía dentro de una novela de ciencia ficción. Aquello no era otro planeta; aquello era el árbol en donde su abuelo se protegía del sol del mediodía mientras mataba el pan casero en una tarrina llena de aceite extra virgen. Sí, aquello era el planeta tierra, aquello era el olivar de Jaén. Solo que ahora se veía todo desde la perspectiva de un pájaro. Más bien, desde la perspectiva

de una oruga o de una hormiga. Serafín siempre amó la naturaleza. Su abuelo le había enseñado a tratar a los árboles como si fueran personas. El buen Pepe era así, trataba a los olivos como entidades vivas que tenían oídos y sentimientos. Nunca pudo Serafín olvidar a su abuelito. El nieto siguió sus ejemplos todo lo que pudo. Entonces, allí fue cuando nuestro protagonista comprendió todo. Maxitool quería iniciar a Serafín en los secretos del olivo como lo habían hecho los Garditanos con su abuelo.

Como efecto de la telepatía, Maxitool efectuó unos círculos en el aire con su bastón de mando. Al cabo de unos instantes, Serafín y Maxitool se vieron en la plataforma superior de la copa del olivo. Detrás de ellos, había reproducciones virtuales de Persio y de cada uno de los antepasados de Serafín. En el último lugar de la fila de representaciones, estaba la imagen de Pepe. Serafín lloró de emoción al ver a su abuelo en aquel holograma. Maxitool puso una mano sobre el hombro del muchacho y los dos se quedaron observando la imagen del pasado que parecía viva.

De hecho, la figura de su abuelo comenzó a moverse como si éste estuviera allí escuchándolos. Y es que su abuelo, antes de abandonar el plano físico, dejó que Maxitool copiara parte de su esencia en el centro del árbol milenario. Entonces, Maxitool dejó que la imagen del abuelo de Serafín explicara al muchacho todo aquello que estaba pasando. Luego de la explicación de su abuelo, el buen recolector de Jaén comprendió que su vida era muy especial. Es decir, Serafín sería el nuevo responsable de preservar los secretos del árbol durante toda su vida. Además, él debería pasar a su nieto los conocimientos prohibidos que su abuelo había guardado para él. Todo sería distinto para Serafín desde aquel día. Desde aquel viernes normal, los Garditanos reconocieron a un nuevo guardián del olivo.

Después de aquel momento mágico, los Garditanos trajeron una enorme mesa voladora y colocaron allí pan, oliva y un sinnúmero de deliciosos manjares ante el atardecer que se manifestaba frente a la plataforma. Serafín se quedó estupefacto en la cena mientras saboreaba el aceite extra virgen de los habitantes del olivo. Este era sabrosísimo, ya que su pureza no se podía comparar con ningún aceite que él hubiera probado. Debido al tamaño que esta gente tenía, los aceites se elaboraban a partir de diez o veinte aceitunas enormes.

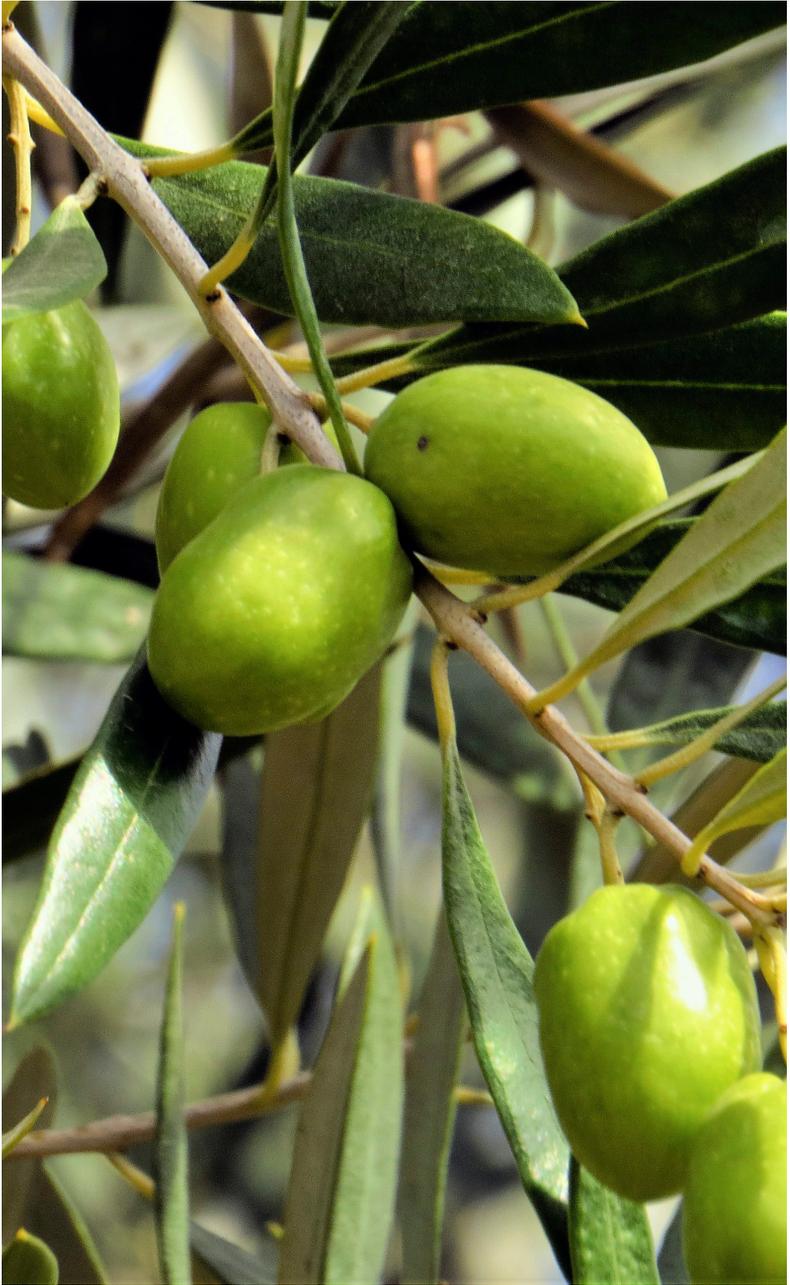
Un grupo de músicos Garditanos interpretó unas melodías hermosas con guitarras fabricadas a partir de cortezas caídas. La luz de la luna se filtraba entre las hojas y las ramas mientras un grupo de pajarillos dormían. Después de la hermosa interpretación, todos aplaudieron. Al cabo de unos instantes, los músicos siguieron con un repertorio que llevó a que medio olivo bailara y cantara. Aquello era una verdadera celebración. Luego del baile y la fiesta, Maxitool explicó a Serafin que el olivo milenario se iría con ellos en unos cientos de años. La situación era que el árbol así lo quería; éste pretendía viajar a otros mundos y llevar sus aceitunas a otros lugares.

La alianza entre el olivo y los Garditano se pudo llevar a cabo porque el pueblo extraterrestre tenía la habilidad para comunicarse con el planeta y con toda la naturaleza en su conjunto. Ella les hablaba a través de todas sus criaturas: les hablaba con aire, el cielo, la luz y las plantas. Serafin y Maxitool se quedaron conversando toda la noche sobre estos temas. Nuestro protagonista entendió de esta forma que la Tierra sabía quiénes eran sus amigos y sus enemigos.

Por otro lado, el recolector, descendiente de un romano llamado Persio, dimensionó la conexión existente entre todas las criaturas que habitaban este mundo. De dicha colaboración, el olivo les entregó a los hombres el sabor de sus frutos. Así eran las cosas desde siempre.

Ahora bien, dicho todo esto, debo detener mi historia aquí.

Lo único que puedo agregar sobre Serafin, es que nunca pudo volver a los olivos como antes lo hacía. Él se convirtió, desde aquel viernes, en el guardián del olivo de su abuelo, en el guardián de un pueblo extraterrestre y diminuto, en el guardián de una pequeña parte de nuestra madre naturaleza.



# Oliva y pan

Silvana Petrinovic

El viaje a Mendoza, la cordillera de los Andes, acequias, viñedos y olivares quedarían registrados en su corazón. ¡El viaje había sido un éxito!

Regresó a Buenos Aires cargado de aceites de oliva, regalos y proyectos a futuro. Los Zuccardi eran, sin dudas, los mejores anfitriones y recorrer los olivares cargados de historias lo dejó impregnado de buenos augurios. Pero la ciudad capital de la Argentina lo recibió en estado de «alerta por pandemia». Lo conocido había desaparecido. El sentido común yacía preso tras las rejas de una cuarentena sin fin.

Los comercios, bares, restaurantes y hoteles cerraban sus puertas día a día. No obstante, el cocinero había tomado la decisión de mantener la producción del local gastronómico a cualquier costo. Al borde del precipicio y de la quiebra, seguía horneando pan cada mañana. El miedo y la incertidumbre recorrían las calles de la ciudad coqueteando con la muerte, que asomaba de tanto en tanto la mano para atrapar a algún mortal descuidado. El virus tomaba envión y se transformaba en un tsunami de enfermedad; aun así, el cocinero repartía sus productos puerta a puerta, día a día; ni el frío, cargado de fracasos que se amontonaban en los rincones de su corazón, lograba detenerlo.

Aquella noche, después de hacer el reparto y de controlar el cierre del local, volvió a su casa para reponer fuerzas. Necesitaba dormir... Dejó la ropa contaminada en una bolsa y disfrutó de una buena ducha caliente. El sofá lo recibió una vez más. Cómodo y al resguardo, buscó el libro *Oliva*, dedicado para él por su autor, y se dispuso a leer un nuevo capítulo. Con el correr de los años, había aprendido unas cuantas técnicas para llamar al sueño, leer un buen libro era una de las indicadas.

El confort del sillón lo llevó a sumergirse en las espesuras de harinas y cereales dorados. Metió las manos de niño en la mezcla y –como todo un experto– consiguió una masa suelta que embolló al compás de la música. Una vez leudado el amasijo tomó un *cornet* y cortó trozos de masa iguales. Una vez leudados y convertidos en pancitos, los cocinó en el horno de la cocina familiar. Calientes aún, los acomodó en una canasta y salió a venderlos a la plaza del barrio de la infancia.

Logró una buena recaudación que atesoró en el bolsillo del pantalón. Al pasar por el quiosco de diarios compró una revista que hablaba de aceites de oliva y panes. Hacía tiempo que quería leerla. Las páginas de la revista *gourmet* corrían entre sus dedos hasta que llegó a la editorial que tanto le interesaba. La nota veneraba las cualidades del aceite de oliva argentino. Contó los billetes que le quedaban de la venta de los panes. Por suerte le alcanzaba la recaudación para comprar una botellita de aceite de oliva en la despensa de la esquina de su casa. En la próxima horneada de pancitos, separó uno y lo cortó en rodajas. Las ubicó en una tabla y las bañó con el aceite de oliva que había comprado.

Salió a vender. ¡Vaya sorpresa! Sus clientes, encantados por el sabor del pan con aceite, le encargaron el doble para la próxima horneada. Regresó a la casa de la niñez excitado y lleno de planes... De improviso, observó los brazos y notó que habían crecido. Buscó un espejo para aguzar los sentidos... el asombro lo invadió. El rostro de niño se había convertido en el de un hombre, una copiosa barba cubría las odiosas pecas. Los brazos se habían transformado en troncos venosos acicalados con tatuajes. Observó las manos, las encontró repletas de cortes y cicatrices. Con el rabillo del ojo examinó el lugar en donde se encontraba. No fue difícil darse cuenta, ¡estaba en la cocina de un restorán!

Sostenía una cuchilla cuyo mango llevaba impresas las iniciales de sus nombres, que también estaban bordadas en la chaqueta que llevaba puesta. Un cajón de salmones a medio despinar estaba sobre la mesada. Del otro lado, una olla arrocera chillaba la cocción finalizada del arroz. Los gritos de los mozos, que lo llamaban desde el salón, le exigían obediencia y velocidad para emplatar la comanda con destino a las mesas. Aturdido, se cubrió los oídos con las dos manos para no escuchar nada más y cerró los ojos.

¡El restorán y la cocina aturdidora habían desaparecido...!

Caminaba entre bolsas de harina y azúcar que, apiladas en hileras, dejaban un estrecho sendero por donde transitar. Intentó mover las manos sin resultado alguno. Pretendió levantar el brazo y el hombro se le deshilachó como las escamas de los salmones que había despinado en aquella cocina. De todos modos, atravesó el pasillo entre nieblas de lágrimas que brotaban sin pedirle permiso. Sorteó ratas que mordían las bolsas de harina, hasta que por fin logró llegar al final del pasadizo. Ahí lo recibió una molienda de aceitunas. Millones de frutos verdes y carnosos se amontonaban dentro de grandes recipientes de metal. Una puerta lo invitó a cruzarla y así lo hizo. La luminosidad del lugar lo condujo hasta «el Gran Olivo». Grandioso, el viejo Arauco se presentó ante el cocinero maltrecho y abombado, y comenzó con él una conversación:

—Soy el viejo Arauco —dijo el árbol—, único sobreviviente de una tala despiadada de olivos que ordenaron los reyes del imperio español hace tres siglos. Soy el gran ejemplar «Patagónico Argentino». Amigo mío, te esperaba —continuó el árbol.

El viejo olivo lo invitó a disfrutar de su sombra, para alivio del joven, que apoyó la espalda contra el inmenso tronco y escuchó uno a uno los relatos del veterano árbol que conmemoraban la historia de la humanidad y de los olivos. Con suavidad de anciano, le contó que todo había comenzado cuando Dios hizo un pacto con el hombre y después del gran Diluvio Universal, mandó una paloma con una ramita de olivo en su pico para sellar el acuerdo. Jesús también predicó en el Monte de los Olivos.

—Los libros sagrados de las religiones hablan de nosotros, los olivos, como árboles sagrados, abundantes y prometedores. Sobrevivimos a las conquistas y caídas de los imperios en la antigüedad. Muchos años después nos trasladaron a América. Hemos servido de luz, fuimos medicina y alimento para los humanos —decía el Arauco. —Aquí estoy, soy uno de tantos olivos. Mis frutos dieron miles de hijos y poblamos los suelos argentinos. La cordillera de los Andes nos protege y las acequias nos alimentan con agua de deshielo. Tengo más de cuatrocientos años y, a pesar de ser el «más viejo del continente», sigo dando aceitunas. He sobrevivido a la tala que mandó un rey llamado Carlos, no tengo dudas, puedo decirte que aquel hombre fue el Herodes de nuestra familia de olivos —dijo el árbol casi en llanto.

Y continuó:

—Mi presente es incierto, como lo es el tuyo —susurraba el olivo. —He escuchado que tengo pronóstico reservado y puedo morir en cualquier momento. Una bacteria se ha metido dentro de mí. Nada le importa al diminuto veneno que yo sea el único ser vegetal declarado monumento histórico en Argentina. No quiero aburrirte con mis relatos de viejo, pero, ¿sabías que Colón trajo semillas y sarmientos que fueron mis antecesores? La calidad de nuestros frutos llegó a oídos del rey —aquel al que he llamado nuestro Herodes. — Disgustado, comprobó que las aceitunas americanas eran más ricas y carnosas que las europeas. Alterado por las diferencias que le jugaban en contra al comercio de la época, ordenó la tala y quema de todos nosotros desde el Perú hasta el Río de la Plata.

Luego de una pausa, agregó:

—La razón, mi querido cocinero, fue nada más ni nada menos que por «envidia». Nuestras aceitunas grandes y carnosas despertaron lo peor en los humanos de la época. Lo más loco es que aquellas aceitunas hoy se disfrutan en Argentina, Chile y Perú. ¡Quiero contarte que estoy aquí gracias al amor! ¡Una mujer me salvó! Se llamaba doña Expectación Fuentes Ávila, quien me amparó de retoño y me escondió en su finca de Aimogasta.

Parecía sonreír mientras seguía con su historia:



—Después de tanto vivir y procrear, resulta que una bacteria llamada *Xylella* me recorre por dentro. Mis arterias casi humanas se secan y mueren mis ramas. Tal vez pronto muera yo. — sollozó el Arauco— ¡Ojalá que nos salve otra vez el amor! Hombres y mujeres vienen a observarme, saben de tratamientos de prevención para mí y los demás olivos, pero no tienen la cura... Escuché por ahí que tal vez sea una chicharrita la culpable de mi enfermedad. Es un coyuyo que pica mis aceitunas y me envenena de a poco con la bacteria. Humanos que me abrazan hablan sin darse cuenta de que puedo escucharlos. Y siguió:

—¡No estoy bajo de defensas, porque peleo la vida a pesar de mi vejez! ¡Tengo el follaje saludable y ofrezco aceitunas cada año! —gritó el árbol. — ¡Qué parecidos son nuestros destinos, amigo mío! El virus, que es pandemia en el mundo, te tiene acorralado. ¡Mucha prevención y poca cura! —se lamentó el Arauco. — Pero ya no hablemos de mí, ahora es tu turno —concluyó el viejo.

Nuestro cocinero podía sentir en la piel la energía del «Gran Olivo». Necesitó acomodar la garganta para contarle de sus pancitos, del aceite de oliva que había comprado con sus ganancias, del gusto que causó entre sus clientes con el pan y el aceite que vendía en la plaza del barrio de la infancia. Pero no podía recordar cómo había llegado hasta la caja



de salmones de la aturdidora cocina, que eran partes de la historia de su vida también...

El árbol, al verlo llorar, le extendió una rama para acariciarlo. Su rama se transformó en una mano. El apretón de manos entre los dos, amoroso y sincero, hizo que el cocinero lograra recordar la cantidad de cajas de salmones que despachaba cada día. Conmemoró aquellos viajes por autopistas desiertas en las madrugadas frías, cuando el viento helado se metía entre las hojas de los cuchillos que llevaba atesorados en la mochila. Carga pesada, que olía a cocina y a pescado rancio. Le mostró al Arauco los brazos tatuados, los hombros saturados de dolores. Habló de envidias, traiciones, de amores y de humos cargados de aceites. Le contó de inviernos hambreados y recordó su historia con aquel chiquillo que comía la basura que tiraban del restorán donde trabajaba. A hurtadillas del patrón, cada noche le daba de comer polenta caliente bañada con aceite de oliva y rodajas de pan recién horneado; escondidos los dos, en el escalón oscuro del fondo de la cocina del restorán. Pequeño y maltrecho, el chiquillo se nutrió del calor de sus manos; pasado el tiempo, cuando los cachetes pintaron rojeces, lo saludó a través del vidrio de la cocina y nunca más volvieron a verse.

El viejo olivo lo escuchó con atención...

¡Ahí estaban los dos!

El cocinero, amenazado por el virus de la pandemia, y el viejo Arauco atacado por una bacteria desconocida. Con las manos apretadas de ramas y cicatrices llegó a ellos una pregunta que resonó en el aire de la noche rara:

—¿Nos salvaremos de morir esta vez? — preguntó el viejo árbol.

—No podremos saberlo, mi querido Arauco. Escuché por ahí que la moneda está echada y nunca se sabe para qué lado va a caer —le respondió el muchacho.

Un silbido de frenos en la calle de la ciudad despertó al cocinero. Al encender la luz, el libro *Oliva* yacía sobre sus piernas y un par de fotos del viaje a los olivares cuyanos se amontonaban en el suelo. Con la incertidumbre de no saber si estaba dormido o despierto, controló el día calendario y la hora en su reloj. ¡Era el momento de encender el horno de la panadería!

La pandemia, las traiciones, las pérdidas y los fracasos, el virus y la bacteria esperarán la caída de la moneda. ¡Que sigue echada todavía...!



# Infinito

Pilar Alejos Martínez

A Miguel lo cobijó un olivo nada más nacer. Adelantó su llegada porque era temporada de verdeo y no quiso perdersela. Su familia vivía de su cultivo. Sus padres tenían por delante mucha aceituna por recoger y demasiadas bocas que alimentar. Por eso, aun estando casi fuera de cuentas, María, su madre, no pudo permitirse el lujo de quedarse en casa. Cuando los dolores se intensificaron y fueron insoportables, buscó el mejor lugar para dar a luz. Lo parió en una de las camadas del olivar, sobre un lecho de halderas que le preparó Juan, su marido. Despuntaba el alba y aquel otoño hacía tanto frío que, cuando Juan cortó el cordón umbilical, pensó que el pequeño estaba muerto. No se movía ni tampoco respiraba y su piel estaba completamente amoratada. Sin perder ni un segundo, María se levantó la ropa, lo colocó sobre el lado izquierdo de su pecho, piel con piel, y lo abrigó con la temperatura de su propio cuerpo mientras lo acunaba con la nana que canturreaba sus latidos. Exactamente lo mismo que hacía con ella su madre para que se calmara antes de dormir. Fue algo instintivo, sin pensarlo. Lo vio tan desvalido que le salió del corazón su instinto maternal. Lo acarició con ternura, lo cubrió con su aliento para darle calor y esperó a que se produjese el milagro. Poco a poco, su cuerpecito se fue templando. Al momento, notó que el bebé se movía y rompió a llorar. ¡Dios mío, está vivo!, gritó María. El resto de la cuadrilla llegó corriendo al escucharla. No se lo podían creer. El bebé, con los ojos cerrados y guiándose por su olfato, agarró el pecho

con sus manitas. Acercó su boquita al pezón, lo atrapó entre las encías y succionó con fuerza. María sabía que era demasiado pronto. Aún no tenía leche, pero no importaba. Estaba tan emocionada por verlo con vida que lo amamantó con ternura y calmó su sed con sus lágrimas. Cansado de chupar sin sacar nada, el pequeño Miguel se quedó dormido. Todos los de la cuadrilla aportaron alguna prenda de abrigo con la que improvisaron una cuna en el interior de una espuerta. María lo acostó dentro con sumo cuidado y lo arropó con su vieja chaqueta de lana. Mientras los hombres vareaban las copas del olivo con las haraperas, se arrodilló bajo sus ramas y recogió aceitunas con los dedos congelados hasta llenar el macaco, como si nada extraordinario hubiera sucedido momentos antes. Aquel año, la cosecha fue muy abundante. Por eso, siempre le decía a Miguel que había nacido con un pan debajo del brazo.

Pasaron los meses plácidamente. Miguel creció fuerte y sano. Se crió en el olivar. Al principio para que su madre lo amamantara, pero ya no había quien lo alejara de allí. A veces se mimetizaba tanto con el paisaje que era muy difícil controlar dónde estaba. Sus ojos eran tan verdes como las aceitunas que le vieron nacer. Su pelo, ensortijado y negro como la noche. Su piel canela, tostada por el sol, fue adquiriendo el mismo color que la tierra en la que jugaba.

Gateaba por todo el olivar mientras todos trabajaban. Sentía una atracción especial por los troncos retorcidos de los olivos. Los chupaba, los abrazaba, los acariciaba, los olía, y le sirvieron de apoyo cuando empezó a dar sus primeros pasos. De ellos aprendió cómo resistir el frío en invierno y el calor en verano, el hambre y la sed. A mirar el cielo. Siempre le gustó más trepar hasta las ramas más altas que andar bajo sus copas. Desde allí arriba, podía ver y sentir cómo el viento peinaba los cabellos de la sierra. Cómo las hileras de olivos ondeaban su ramaje en aquel inmenso mar verde. Podía reconocer el aroma que traía la brisa tras descargar el cielo su oro líquido sobre los campos sedientos. Casi podía rozar las nubes con los dedos y allí, siempre se respiraba silencio. Aquella afición suya por las alturas le costó más de un disgusto. Sus piernas fueron el pergamino donde escribió su historia con arañazos y cicatrices. Cuantos más daños sufría, menos lloraba. Ni siquiera se quejó cuando se hizo una buena brecha en la frente al golpearse con una rama y empezó a sangrar. Todos,

muy asustados, corrieron a socorrerlo. Mientras lo curaban y le daban unos cuantos puntos de sutura, él sonreía embelesado señalando al cielo. Acababa de descubrir la belleza de las estrellas fugaces que titilaban con mayor nitidez esa noche.

Miguel se convirtió en el hijo y el hermano de todos. Eran su familia del olivar. Con su mirada despierta los observaba mientras realizaban el ordeño de los olivos. Aprendía muy rápido y ellos siempre estaban dispuestos a sembrar la semilla de su sabiduría ancestral en su insaciable curiosidad.

Él los escuchaba con muchísima atención cuando le decían:

—Miguel, mira. Tienes que elegir los mejores plantones si quieres que crezcan fuertes y te den las mejores cosechas.

—Niño, así es cómo se planta y se cuida un olivo. Nunca lo olvides.

—Oye, Miguel, tienes que cultivar y recolectar con inteligencia si quieres obtener el mejor aceite.

Absorbió todos sus consejos con avidez y los inundó de preguntas juiciosas, que no eran propias de su corta edad. De todos aprendió el oficio. A ellos les debía que no se perdieran sus raíces. Calaron tan hondas sus enseñanzas que enraizaron en su ser. Se convirtieron en su esencia y pasaron a formar parte de él.

A su lado el tiempo transcurría veloz, pero llegó el momento de asistir al colegio. Al principio no lo aceptó y se resistió a ir. Lloró y pataleó, agarrado con brazos y piernas alrededor del tronco de un olivo. No entendía por qué tenía que alejarse de lo único que había conocido hasta entonces: el campo.

Aunque adoraba su vida tranquila en el pueblo y el latido milenario del olivar, que había escuchado desde su primer aliento de vida, no podía dejar de mirar al cielo. Era superior a él. Era su sueño, su delirio incontrolable.

Le costó un verdadero sofocón, pero al final la razón doblegó a su espíritu libre. No le quedó más remedio que asistir a clase.

Aquel era un mundo completamente desconocido para él. Le asustaba. Acostumbrado a vivir en libertad en medio de aquel mar de olivos, fue muy duro para él pasar tantas horas encerrado en aquel lugar. Se sentía preso. Se asfixiaba. Necesitaba ver el cielo. Los primeros días se aburría muchísimo, pero pronto descubrió las ventajas. Comprendió que, además de aprender, allí también podía jugar con otros niños de su edad. Sus hermanos eran más mayores que él y no le prestaban demasiada atención. Desde pequeños se vieron obligados a trabajar en el campo. Se acostumbró a estar solo y a tener siempre la cabeza en las nubes.

En cuanto aprendió a leer, destacó en el colegio. Su inteligencia era muy superior a la media de sus compañeros. Le decían que era como una esponja. Llegaba cada día a clase impaciente por aprender y ávido de conocimientos. Era muy bueno en todas las asignaturas, especialmente, en las de ciencias. Su profesora estaba muy orgullosa de tener entre sus alumnos a uno tan aventajado. Miguel alucinó el día que le enseñó cómo debía de utilizar un microscopio. Aquello que vieron sus ojos a través de las lentes le recordaba mucho al cielo. Se abrió ante él un nuevo universo, una puerta hacia lo desconocido. A lo que no pueden ver los ojos sin la ayuda de instrumentos. Le encantaba estudiar. Cuando le preguntaban qué quería ser de mayor, siempre respondía que sería astronauta o astrónomo. Su sueño era conocer la luna y los demás planetas de nuestra galaxia. Dedicó mucho tiempo a formarse para ello.

Pero, a veces, la vida nos corta las alas y nos devuelve al suelo. Sus hermanos mayores fueron emigrando a la ciudad en busca de un trabajo menos incierto, más seguro que el campo. A él, como hermano pequeño, no le quedó más remedio que quedarse en casa al cuidado de sus padres, que ya eran mayores, y del olivar. Los primeros años, intentó compaginar estudio y trabajo, pero la enorme exigencia del campo no lo hizo posible. Llegó a la conclusión de que era como una novia celosa. Acaparaba todo su tiempo y no le permitía alejarse ni un solo día de allí. Antes de que se diera cuenta, pasaron los años. Se hizo un hombre y la adolescencia quedó atrás. A lo largo de esos años, lo intentó con varias novias, pero ninguna pudo competir con su gran amor, la luna.

Su padre enfermó gravemente y murió. Su madre no pudo con tanta tristeza. Perdió a sus padres casi a la vez al finalizar la cosecha, cuando se enlutó de blanco el olivar con los primeros suspiros del invierno. Los incineró, tal y como ellos lo habían dispuesto en su testamento. Luego, esparció sus cenizas entre las hileras de olivos en las que había derramado el sudor toda su familia durante generaciones. Se quedó completamente solo. Por eso, ahora, cuando se ahoga de soledad en su silencio, se mece entre las ramas que lo cobijan en el olivar y mira al cielo.

Al anochecer, libera sus anhelos bajo las estrellas. Observa el universo a través de un sofisticado telescopio que compró por Internet tras años de ahorrar con mucho sacrificio. Pasa largas horas sin dormir trazando un dibujo de cada constelación. Luego, lo dobla junto con sus deseos y lo guarda en el bolsillo. No necesita beber nada para que se espume su imaginación. Hace mucho tiempo que su mundo se le ha quedado pequeño. Pero se siente infinito cuando, siguiendo la estela de las estrellas, atrapa sueños bajo la luz de la luna. Ha aprendido a utilizar una cámara especial para inmortalizarla haciéndole miles de fotografías. Así puede seguir admirándola, aunque sea de día. Aún se le acelera el corazón con cada nuevo hallazgo, con cada descubrimiento de una nueva de sus caras desconocidas.

Pero al llegar el amanecer, se siente preparado para una nueva jornada de trabajo en la sierra. En el campo no hay descanso. El olivar necesita su compañía y sus cuidados. Nadie conoce como él cada olivo, cada sufrimiento, cada esfuerzo realizado para crecer, cada cicatriz tatuada en su tronco. Sabe calmar su sed, curar sus heridas y, cuando maduran sus frutos, aliviar su carga. Hablan el mismo lenguaje. No necesitan palabras. Comparten las mismas raíces y el aceite corre por sus venas.

Aunque, de tanto soñar con las estrellas, ha empezado a notar más etéreos sus pies. Algunos dicen que lo han visto volar sobre el olivar las noches claras de verano, pero nadie les cree.

Eso es porque jamás lo han visto regresar a casa con el cuerpo cubierto de estrellas, el universo oculto en su mirada y, en los labios, pedacitos de luna.



# Fecundo

David Q.

El bistro se intensificaba danzando sobre los ocres de la montaña leonada amada por Dumas a medida que el sol durmiente bajaba sus cortinas en el inmenso campo verde esmeralda que se extendía durante leguas imposibles, como si el astro mismo descendiera cual emisario para despedir a Fecundo a medida que daba sus últimos pasos cansinos y reticentes entre los viejos olivares.

Desplazándose más extenuado de lo que se ha sentido en los últimos treinta o cuarenta años, sus botas y pantalón cubierto por un mantillo ligero de polvo y ajustándose el sombrero que le regaló su esposa muchos años atrás, cuando ambos, aún desconocidos el uno para el otro, empezaron a trabajar en el olivar de don Paco, no deja de pensar, sin saber por qué, en sus tres hijos.

Las flores del olivo caían en nudosos racimos blancos, apenas acariciados por el glauco tenue que delineaba los delicados dientecitos que formaban las hermosas coronas de los pétalos abiertos, sedientos y carnosos, y la imagen de sus vástagos no lo abandonaba.

Cada racimo lo conocía como conocía sus propias manos. Manos que habían levantado junto a las de sus hermanos de labor las hileras verdes de pequeños y delicados árboles, longevos y eternos, sobre la tie-

rra rojiza, una hilera a la vez, hasta abarcar el inmenso olivar, dispuesto como un trozo de vida entre otros cientos de olivares, de forma que cada hilera descendía y ascendía, descendía y ascendía una vez más, en lenta pero continua sucesión sobre colinas pardas y amables. Sus hijos habían nacido y crecido a semejanza: Uno a la vez, de su mano y en el seno de su hermosa Azucena. Luis llegó cuando apenas eran unos críos. Cabello rubio, ojos igual de verdes y ávidos que el fruto nacido cuando la sangre del olivar mismo lo coloreaba al empezar a crecer, con las ansias por conocerlo todo a flor de piel. Marcos lo siguió, pequeño pero fuerte como fruto de la vejería, e igual de sorpresivo e intempestivo. Finalmente llegó el pequeño Fecundo, llamado como él mismo, y como su padre antes. Y si la llegada de Marcos los había tomado por sorpresa, la de Fecundo, justo cuando Azucena pensaba que era una imposibilidad determinada por la naturaleza misma, los dejó pasmados. Pasmados pero jubilosos.

«La naturaleza da y la naturaleza quita», le había dicho ella la noche misma que recibieron la noticia, en la penumbra de su habitación y con su voz quebrada, afectada por lágrimas que él nunca supo cómo interpretar.

«La naturaleza da y la naturaleza quita», recordó tan sólo unos cuantos años después, de pie junto a la cama blanca de barrotes y travesaños metálicos asépticos del hospital donde ella ya no sufría, ni lloraba de dolor, con Fecundo en sus brazos, adormilado aún por el vaivén rítmico del autobús que los había dejado allí tras recibir la llamada que esperaba pero que nunca había deseado.

«La naturaleza da y la naturaleza quita», y durante años le dio a manos llenas tras quitarle a su amor y compañera de vida, su amante, su amiga y su copiloto en el largo viaje que habían emprendido, trunco, pero no abandonado. Le dio nietos y alegrías. Le dio un médico y un policía en sus hijos mayores y un camarada y cómplice en el pequeño Fecundo, a medida que este crecía y se hacía un hombre.

Todo mientras sus otros hijos crecían y se extendían, florecían y se multiplicaban, grandes y fuertes, de noble madera y vida renaciente.

«La naturaleza da y la naturaleza quita».

Y ahora, con el sol a su espalda en el cielo despejado de primavera había llegado el momento de despedirse, no sólo de los amigos y compañeros, sino del olivar en el que caminó tomado de la mano con su Azucena, bajo sombras pequeñas y tímidas. En el que vivió el regalo de la existencia y el ciclo de perseverancia de la creación misma. El olivar de don Paco, tan suyo como de los suyos, que le dio la vida como la conoce y gracias al cual pudo levantar su hogar.

Pero había llegado el momento de descansar.

—Estás enfermo. Tu cuerpo no es lo que era hace años. Hace tiempo que ya deberías estar en casa papá, y me duele tener que ser yo quien te lo diga, pero alguien tenía que hacerlo —le dijo en tono grave y mesurado Luis, su hijo. El mayor. El médico de gran ciudad, ojos verdes y cabellos del color de la paja dorada, y que con los años se había tornado igual de quebradizo.

Se lo dijo en el tono condescendiente propio de la ciudad que olvida al campo que la alimenta, en el inmenso y lujoso consultorio que era su orgullo, alto en las nubes grises de la metrópoli polucionada tan enferma cómo él mismo se sentía. Hacía dos años que su hijo el mayor no visitaba la pequeña casa cálida y amable que levantó el amor de Fecundo y Azucena en el viejo Jaén. Ni siquiera para que él pudiera ver a sus dos nietas, que extrañaba con el alma.

Sin embargo, calló y escuchó.

—Estás viejo papá y si caes en un hospital por testarudo nadie podrá cuidarte. Dios sabe que yo tengo lo propio y nadie me ayuda a mí tampoco. Además, la pensión ya la tienes, así que estás trabajando sin necesidad. Si yo tuviera la pensión que tú tienes dormiría hasta la tarde y me levantaría sólo a comer, ver el fútbol y tomarme unas cervezas. No me gusta ser yo el que lo diga, pero tengo la obligación de hacerlo —le recriminó su hijo Marcos en un tono cargado de amargura y hablando tan rápido como le era posible, quizás para salirse de eso tan pronto como pudiera, como quien apura un purgante de viscoso regusto. Su hijo del medio. El policía de naturaleza inconstante, pero que con el tiempo se había convertido en un hombre ambicioso y predecible.

Se lo dijo con la motivación errática propia de la inconformidad y codicia de quien nunca ha construido nada con sus propias manos, pero tiene la certeza de que el mundo y todos los que habitan en él le debían algo.

Hacía seis meses que no visitaba a su padre, pero vivía en la misma ciudad que a ambos los vio nacer: el viejo Jaén.

Pese a ello, de nuevo calló y escuchó.

—Estás cansado papá. Tú lo sabes y yo lo sé. Ya es momento que descanses. Es lo que mamá quería. Además, no estás abandonando tu olivar. Ahí estoy yo y lo cuidaré bien, ya lo sabes. Es tu decisión, pero me gustaría que confiaras en mí, y me dieras el honor de hacerlo —le dijo su hijo menor, el pequeño Fecundo, que con apenas veinte años ya pasaba del metro noventa, moreno como su madre y fuerte cómo lo fue él mismo cuando la conoció.

Se lo dijo mirándolo a los ojos, mientras cenaban en la casita fresca que levantó el amor de Fecundo y Azucena en el viejo Jaén.

Se lo dijo el día que empezó a trabajar en el olivar de don Paco, en un tono paciente, cómo solía hablarle su dulce Azucena. Su hijo más pequeño. El que había decidido seguir sus pasos, amando lo que su padre le enseñó a amar, y sin olvidar la voz que lo trajo al mundo. Y esta vez escuchó, pero no calló.

Fecundo nunca había conocido el significado de muchas palabras, pero el llamado del hogar y la familia le eran suficiente ahora que sabía que sus olivos estarían bien cuidados.

Después de ver cómo descendía por fin el sol cálido y seco sobre la colina que enmarcaba el inmenso olivar, caminó hacia la verja de hierro junto a la que lo esperaba su hijo más pequeño, rodeado de los trabajadores que habían sido su segunda familia durante años. «La naturaleza da y la naturaleza quita», se dijo con la voz aflautada de un pasado que nunca lo había abandonado, mientras recorría el camino de tierra tostada desnuda, pasando junto a la vieja almazara de muelas cónicas de un siglo olvidado, que, como él, hacía parte de las reliquias obsoletas de un pasado

romántico. Un trujal que no operaba desde antes de su llegada al olivar pero que nadie se atrevía a mover.

Nunca se había sentido tan viejo como en ese momento, sin embargo, a pocos metros lo esperaban los suyos, por lo que contuvo su expresión herida y recapacitando en que no era propio de un hombre que ya era abuelo soltarse a llorar, recordó a sus hijos, el presente tanto como los ausentes. Pensó en el hijo predilecto de la ciudad, Nuestro Padre Jesús Nazareno y sus milagros en el momento de mayor necesidad cuando eran azotados por la peste y en cómo de la muerte y la enfermedad había surgido un nuevo comienzo.

Pensó en su Azucena y en su pequeño hogar, y sin saber en qué momento preciso ocurrió, sus pasos reanudaron automáticamente la marcha hacia el nuevo destino que le aguardaba. «La naturaleza da y la naturaleza quita» musitó en voz baja, bajando la cabeza y fijando la vista en tres pequeñas aceitunas de brillante piel aceitosa. Con aire ausente Fecundo se inclinó para tomarlas y emprender inmediatamente después la marcha mientras guardaba los frutos en el bolsillo de su peto, mientras una sonrisa tímida afloraba en sus labios.

«La naturaleza da y la naturaleza quita», repitió mientras echaba los brazos sobre el gigante en que se había convertido su hijo más pequeño.

—¿Qué dices? —le preguntó Fecundo, el joven.

—Nada. Sólo algo que me dijo tu madre una vez —respondió Fecundo, el viejo, sabiendo que esos frutos marcaban el hola de un adiós que había pospuesto ya por demasiado tiempo.



# Legado

Manu Ibáñez

En diciembre de 2019 Jaén era un enjambre de rostros fugitivos, una marea angustiosa de cuerpos flácidos que chocaban entre sí sin rumbo fijo, era un laberinto Jaén, un hervidero de luces abigarradas y el sonido amortiguado de villancicos, reino hiperbólico del caos que se asumía y quizás se sufría, espacio de indefensión o de sumisión acaso, donde lo apócrifo y lo cotidiano se habían dado cita para meterse mano alegrementemente, conocida fusión extática. Desde una de las ventanas de la redacción, Juan Hierro, becario emérito y aspirante a redactor raso en el prometedor diario digital Mercurio, observaba atento los ríos de gente circulando por Roldán y Marín. Detrás del cristal se sentía estúpidamente a salvo, incluso un privilegiado. Veintidós años y tres cuartos, expediente académico impecable, verbo decidido y peinado de Pinypon, una vez concluido su periodo de prácticas en septiembre había recibido la promesa de que se echaría mano de él para cumplir ciertos encargos y que, así, pudiera ir metiendo cabeza en la empresa. Dicho y hecho. Tres meses más tarde le citaron en las austeras instalaciones del medio, un local alquilado de unos 30 metros cuadrados con dos despachitos —uno para el director, Pedro Coloma, y otro para la redactora jefe, Sara Sutil-, un baño y una sala para los tres redactores—. Si el pipiolo eligió Mercurio para sus prácticas fue porque consideró que tenía más posibilidades de promocionar allí que en una empresa más grande. A priori, le había salido bien la jugada, algo a lo que, por otra parte, estaba de sobra acostumbrado.

—Juanito, vente por aquí —Sutil, melena rizada e indómita, mirada firme, fumadora por pasión, resuelta, incansable y recién pasados los cuarenta, indicó al joven, teléfono pegado a la oreja, que pasara a su despacho. Él obedeció *ipso facto*. Sin abandonar su cierto aire de suficiencia, se sentó en la silla de Ikea que había ante el escritorio. Al otro lado, la periodista lidiaba con algún toro bravo del Gobierno local, según dedujo Hierro de lo poco que de conversación pudo escuchar antes de que la número dos de *Mercurio* colgara. De ella admiraba su determinación, su facilidad para dominar la situación, su ausencia de floritura en el trato. Nadaba con envidiable fluidez en el hosco océano de los popes de la política jiennense, y el chico sabía que aprender de ella era lo ideal para convertirse también en un tipo influyente. Aquella era su oportunidad para dar sus primeros pasos en pos de ello y no cabía dejar pasar el tren.

—¿Qué pasa, niño? ¿Cómo estás? —Sutil, tras soltar el teléfono, se acomodó en su sillón de cuero marrón desgastado.

—Pues bien, bien, contento de que me llamas, para qué te voy a engañar. Deseando que me digas qué es lo que voy a hacer, vamos.

—Coño, sin rodeos ni nada, ¿no? —La redactora jefe soltó una risotada, abrió un cajón y rebuscó dentro hasta encontrar un cigarro. El chaval ya sabía de sobra que en su despacho imperaba su ley, y su ley incluía vía libre para el empache de nicotina en cualquier momento, estuviera sola o acompañada—. No te molesta, ¿verdad? —Se encendió el pitillo con un Clipper amarillo, dio una larga calada y expulsó el humo con elegancia regia—. Te comento. Bueno, tú ya sabes cómo se trabaja aquí, cuál es la dinámica y demás. Nuestra idea es darte un poquito más de responsabilidad de la que tuviste y que te foguees en el trabajo de campo, digamos. Fuera tanta redacción y tanto teléfono, y más reportajillos. Una cosa, ¿a ti cobrar en negro te da igual? Nosotros te proponemos pagarte por cada reportaje, ahora vemos cuánto, y, a ver, hacerte ahora autónomo va a ser un coñazo para ti, supongo. Además, tendrías menos pasta a la larga, y como esto es temporal...

El joven había visto a Sutil en plena negociación varias veces. Su método se basaba en dos premisas: concederle la palabra al interlocutor lo

menos posible atosigándole con grandes dosis de información y ponerle entre Escila y Caribdis a la hora de tomar la decisión final. A pesar de ser consciente de ello, la admiración que le profesaba provocó que Hierro cayera rendido a sus pies.

—No hay problema, yo lo veo bien.

—Pues perfecto. Mira, para empezar he pensado darte algo que puede estar bien. Un segundo —Abrió otro cajón y, tras trastear brevemente, sacó un papel viejo y rasgado. Lo depositó con mucho cuidado sobre la mesa, ante el aprendiz, que lo observó detenidamente. En la delicada hoja había un dibujo a lápiz cuyos trazos, aunque marchitos, se distinguían sin apenas dificultad. A ello ayudaba que la ilustración fuera muy sencilla: una línea discontinua partía de un rectángulo irregular y acababa en una equis rodeada de garabatos. En el margen inferior había, además, una leyenda: C\*\*\*, julio de 1936, M. H. C—. ¿Te suena algo del olivo casi centenario que hay en C\*\*\*? —preguntó Sutil—. Creo que sacamos algo de eso estando tú aquí en verano. La cuestión no es que sea centenario, es que se trata del olivo más grande del mundo. Y no es un decir, tiene su sello y todo —En efecto, Hierro se acordaba. Asintió, y lo hizo con escepticismo más que con curiosidad—. Quiero que te vayas allí por lo siguiente: este mapa lo ha encontrado Pepe Rivas, un colaborador nuestro, en la biblioteca municipal. Dice que estaba dibujado en una página en blanco en un libro... *La máquina del tiempo*, creo. Pero bueno, da igual. El caso es que arrancó la página y la sacó de allí de extranjis. No sabe este hombre que existe los móviles con cámara. Luego ya veremos cómo solucionamos eso, si es que hace falta. Pepe dice que la cruz marca el lugar en el que está el olivo. Nunca se ha sabido el año exacto en el que se sembró, así que esta podría ser la prueba de que fue en el 36. Tendría 83 años, menos de lo que se pensaba, pero la cuestión es que podemos darlo nosotros antes que nadie. Tírale para allá y a ver si puedes confirmarlo. Es un temilla chulo, ¿no?

Hierro continuó con los ojos fijos en la hoja de papel mientras paladeaba las palabras de Sutil. No, no coincidía con ella: en absoluto pensaba que fuera un tema goloso. Es más, le resultó ofensiva la propuesta. Por un instante hasta estuvo tentado de rechazarla. «Un temilla chulo». No

era lo que esperaba. Al final, por mera vergüenza, optó por domeñar su magma y cerrar la boca. No obstante, lo que no dijo lo expresó con su gesto, cuya displicencia no fue capaz de ocultar.

—¿Te pensabas que ibas a destapar el Watergate del Santo Reino?

El joven trató de mantenerse imperturbable y de disimular su frustración.

—No, a ver, está bien, lo que pasa es que, el pueblo este... ¿Qué me van a contar que no se sepa? Si ya se ha dicho todo.

—Quien no te lo voy a contar soy yo, que la última vez que trabajé sobre el terreno todavía se quedaba en El Bodegón. Anda, viaja mañana y a ver qué averiguas. Haz fotos, recoge testimonios... ya sabes. Al día siguiente te vienes por aquí y me enseñas el material. Tú tenías coche, ¿verdad? Luego nos pasas los kilómetros y te pagamos la gasolina.

A las ocho aeme de la mañana posterior, Juan Hierro, becario emérito y aspirante a redactor raso de *Mercurio*, partió en su Ford Focus heredado de primo segundo rumbo a C\*\*\*, pueblo de apenas 500 habitantes en el corazón de la campiña jiennense. La tarde de antes había quedado con la alcaldesa, Paqui Casalilla, socialista de cuna y nieta del primer regidor del municipio tras el franquismo, sobre las nueve. Pepe Rivas, el colaborador del periódico digital, le había proporcionado algunos datos relevantes sobre el eminente olivo. Tenía algo más de quince metros de altura y siete de perímetro en la base del tronco. El año que más aceitunas dio fue 1964: cerca de 1.000 kilos, una cifra que quedó registrada como récord Guinness. En 2008 se decidió no explotarlo más, cercarlo y venerarlo. Había un proyecto municipal para construir un centro de interpretación a su vera, pero la ejecución estaba aparcada *sine die* a la espera de contar con los fondos necesarios.

Para llegar al pueblo desde la capital había que tomar autovía y carretera provincial. El asfalto estaba en buen estado, por lo que el chaval no tuvo dificultades para completar el trayecto. Los quebraderos de cabeza llegaron cuando hubo de circular por las estrechas y sinuosas calles de C\*\*\*, todas como ágiles serpientes que se contorsionaban hasta lo grotesco

y cuyas lenguas bífidas confluían en la humilde plaza principal, la única en todo el municipio. Hierro aparcó allí, justo frente al ayuntamiento, un coqueto edificio moderno que destacaba en el océano espumante de casas encaladas. En la puerta le esperaba la alcaldesa, bajita, rechoncha y de generosos mofletes. Desbordante de simpatía, se subió en el coche y le plantó sendos besos estruendosos en las mejillas al periodista novato, amén de enemigo de la zalamería. Paqui expuso sus planes: primero, visita al olivo; después, entrevista a su abuelo, don Joaquín Berrios, que, a sus noventa años, era uno de los dos vecinos que quedaban vivos del 36. El chaval, irritado, siguió las indicaciones de la regidora, que le condujo a una pequeña finca olivarera extramuros, pero no muy alejada del núcleo urbano. De hecho, las casas empezaban justo donde terminaba la propiedad. Durante el corto trayecto la alcaldesa habló a Hierro de que el olivo estaba causando en el pueblo ciertos problemas. El crecimiento continuo de sus enormes raíces, que ya eran kilométricas, provocó, hacía años, que estas invadieran algunas viviendas hasta el punto de hacerlas inhabitables, una circunstancia a la que no se había logrado aún poner remedio. Una vez en la finca, tomaron un carril agrícola que la atravesaba. Su titularidad se repartía entre los herederos de Martín Hortachuela Civantos, antiguo cacique del pueblo, según explicó Paqui, pero estaba permitido acceder para visitar el árbol, cuya majestuosa silueta se distinguía con facilidad, recortada en el celaje, desde amplia distancia. A Hierro le pareció, ya a lo lejos, asombroso; una vez lo alcanzó, abandonó el coche y lo tuvo delante, un ligero escalofrío recorrió su cuerpo de arriba a abajo. El olivo, como le había dicho Pepe Rivas, se elevaba más allá de los diez metros y sus robustas y frondosas ramas se dividían en innumerables brotes que tejían un laberinto a simple vista insondable. No obstante, lo que más sorprendió al joven fue el tronco, pero no el tronco en sí, su diámetro patriarcal, su robustez intimidatoria, sino su hipnótica configuración, los miles de surcos y espirales sin aparente principio ni fin que se dibujaban a lo largo y ancho de su superficie, lenguaje pretérito, arcano, anterior al mundo conocido e indescifrable, hipóstasis de la rebeldía, grito ahogado en el pecho que cantaba todas las épocas al mismo tiempo, ave fénix volando en torno a gargantas de fuego, largo viaje de aprendizaje severo sobre el amor y la madre tierra, silencio, sólo silencio, inevitable sumisión del profano. Pasados unos segundos de contemplación, Hierro no pudo menos que sentir un vacío profundo, una acuciante angustia.

—Impresiona, ¿verdad? —Paqui, que había permanecido callada aquel denso instante, retomó el asunto de las raíces: señaló hacia el oeste, que era la única zona afectada de todo el pueblo y aportó algunos detalles más al respecto a los que el joven no prestó demasiada atención. Tras ello, fueron a ver a don Joaquín, que ya aguardaba su llegada.

La casa de quien había sido durante veinticuatro años alcalde del pueblo no era por fuera diferente a las del resto de vecinos: la misma fachada blanca, fresca y silente, la misma puerta de madera desgastada, las mismas alegrías, los mismos pesares. Una vez dentro, Paqui, como había hecho con la principal, abrió la puerta de la cancela, con su vidriera de colores mustios, e invitó a pasar a Hierro a un salón pequeño y acogedor, aunque ciertamente tedioso. Don Joaquín estaba sentado al calor de una mesa camilla, en una silla de ruedas. Tenía una imponente calva y su tez morena estaba plagada de arrugas. Los marcados pliegues nasolabiales, la flacidez de su piel y los belfos le otorgaban un aspecto canino. Sus ojos eran pequeños y oscuros, igual que dos botones. El periodista y su orgullo advenedizo se sentaron a su lado, en una silla de enea, y le saludaron con cordialidad forzada. El anciano contestó moviendo levemente sus cejas, pobladas e hirsutas. Su nieta trajo un vaso de agua y le hizo tomar dos pastillas a regañadientes. —Está resfriadillo —susurró al chico antes de marcharse. Dispuesto a acabar con aquello cuanto antes, Hierro enseñó a don Joaquín el mapa que le habían proporcionado y le hizo la pregunta del millón.

—Claro que fue en el 36. Siete años tenía yo, y la Guerra acababa de empezar. Era chico, pero de eso no se olvida uno. No, qué va. Por la Guerra y porque aquí acababan de *matá* a uno del pueblo. Como si hubiera *pasao* ahora *mismico*. El olivo empezó a *crecé* al día siguiente de que fusilaran a Manolo «Silbante». Le decían así porque hablaba poco y siempre que te tenía que *llamá* la atención lo hacía con un *silbío*. Fue de noche, y el mismo día que eso pasó la Guardia Civi había *tomaao* el pueblo. Vino un capitán. Del apellido no *macuerdo*. Luego vinieron más tiros, muchos, y más que tiros, hambre, pero eso es ya otra historia.

A Hierro le sorprendió la lucidez y la memoria de aquel hombre, al que había imaginado un viejo chocho. Repasó mentalmente la informa-

ción que ya tenía sobre el olivo, una tarea que apenas le llevó un segundo. Consideró que entre lo que ya sabía antes de llegar al pueblo, lo que le había contado la alcaldesa y la confirmación del abuelo tenía suficientes datos para cumplir con lo que le habían pedido. Estuvo a punto de despedirse de don Joaquín después de darle las gracias, pero terminó por consolidar la victoria contra sus prejuicios y se quedó.

—¿Qué pasó exactamente? ¿Por qué mataron a este hombre, a Manolo... Silbante?

—Eso fue cosa de envidia. *Asín* como te lo digo. La envidia es veneno, ¿sabes? Silbante le trabajaba las tierras a don Martín, que malo no era. Pagaba bien, eso decía mi padre. «Qué buenos jornales paga don Martín, qué buenos», decía. Yo lo conocí bien algunos años después. Don Martín, no siendo *toavía* tan viejo, enfermó mucho, no sé bien qué fue lo que pilló, pero se puso *mu* malo, *mu* malo, tanto que se pegó *encamao* por lo menos un año antes de morir. Te estoy hablando de que estaba casi recién *terminá* la Guerra. No comía apenas y se quedó *mu* seco, en sus últimos días me acuerdo de que se le marcaba la *quijá* y los ojos parecía que se iban a salir de las cuencas, daba miedo verle. Llamaron a mi madre *pa* cuidarlo, le pagaron bien. Yo me iba con ella porque no tenía con quien dejarme y también *pa* ver si podía meter cabeza con el tiempo, que me metieran en algún tajillo. *Pa* entretenerme me llevaba mis libros y mis cosas. A mí es que me ha *gustao* siempre mucho *leé*. A don Martín también, y los días que estaba más *espabilaete* decía que me llevaran con él, que se entretenía hablando conmigo. «Llamadme al rubillo de la Conchi», decía. La Conchi era mi madre. Pero ya hace mucho que no leo, niño, hace mucho. La vista, que ya no... Hace dos años o tres vinieron haciendo una colecta. *Pa* las bibliotecas públicas, decían. El Ayuntamiento de Jaén puso un anuncio, a mí me lo dijo mi nieta. Y mira, *to* los libros que tenía se los di. Si total, yo ya no iba a *podé*...

—Pero bueno, vamos por partes, don Joaquín, que, si no, nos vamos a hacer un lío —Hierro interrumpió al anciano con el mayor grado de amabilidad posible—. Usted me estaba hablando de aquel hombre que mataron.

—Sí, sí, de Manolo, de Manolo Silbante. Pobre. Lo que le pasó fue lo que te he dicho: envidia. No había muchos que pagaran lo que pagaba don Martín, aunque claro, cada uno se conformaba con lo que le había *tocao*. Pero había dos, Felipe «El Mosca» y Grabié «Picatoste», que estaban *sandico* de *pillá* ese tajo. Y no se lo callaban. Iban a llorarle a don Martín, que si nosotros somos *mu* buenos, que si nosotros somos *mu* trabajadores, que si *paquí*, que si *pallá*, pero él decía que *pa* lo poco que tenía de tierras con una cuadrilla de su casa y Manolo le bastaba, y Manolo es que ya lo tenía ahí como de la familia, estaban tos *mu* contentos con Manolo, se llevaban bien, y no era tan normal que eso pasara entre patrones y gañanes. El Mosca y Picatoste, de ver aquello se ponían negros, y por eso hasta empezaron a malmeter y a decir cosas malas de Manolo a la gente, *pa* ver si así le creaban mala fama. Silbante no se metía con nadie, pero tenía sangre, como cualquiera, y alguna peleílla tuvo con esos dos por aquello. Entonces, cuando empezó la Guerra, El Mosca y Picatoste pensaron seguramente que esa era la suya y fueron a la Guardia Civi a *acusá* a Silbante de rojo. ¿Era *verdá*? Contaban, contaban —hizo hincapié en el verbo la segunda vez— que Manolo había *ocupao* con otros campesinos unas fincas de un pueblo de aquí al lao, T\*\*\*, *pa* *protestá* porque no había tajo *pa* *tol* mundo y porque no se pagaba bien. Eso fue en marzo o... en *frebrero* de ese año, y poco después fusilaron a algunos de los que estuvieron allí. Pero cuando empezó la Guerra en julio se ajustaron cuentas de *verdá*. Como los dos desgraciaos estos acusaron a Silbante y la gente decía que sí, que también había *estao* en las protestas de T\*\*\*, la Guardia Civi ni se lo pensó. Entraron de noche en su casa. Lo sacaron de la cama y se lo llevaron. Delante de la *mujé* y las niñas. Dos tenía. Tiraron *pallá* —señaló hacia su derecha, en dirección al olivo y las casas invadidas por las raíces—. Nadie salió, pero los tiros los escuchó *tol* mundo. Tres fueron. Como si los estuviera oyendo ahora mismo.

El anciano hizo una breve pausa antes de llamar a su nieta, que apenas tardó en hacer acto de presencia. Don Joaquín empezó a quejarse de ciertos dolores lumbares que, por lo visto, habían desaparecido hacía unos días, pero que ahora volvían a incordiarle. Paquí salió de la habitación y regresó un instante después con un vaso de agua y dos pastillas. Mientras ayudaba a su abuelo a tomárselas, Hierro aprovechó para mirar el mapa, que aún seguía sobre la mesa. Casi de forma instintiva, repasó la línea que

cruzaba el dibujo de un punto a otro. Cuando hubo terminado, volvió a hacerlo, de nuevo sin habérselo propuesto, por mera distracción. Se dispuso a repetirlo una vez más, pero, en esta ocasión, se frenó en seco nada más empezar. Observó el pintarrajo sin aparente sentido, se detuvo en el rectángulo, cuyos trazos temblorosos encerraban un espacio blanco como el blanco de las casas del pueblo, siguió la trayectoria de la línea e imaginó a Silbante, casi desnudo, caminando a la fuerza hacia su fatal destino. Alcanzó, por último, el mar de garabatos en el que despuntaba la equis y se estremeció.

—¿Dice que lo mataron allí, entre los olivos?

Paqui y don Joaquín se volvieron hacia el joven ciertamente sorprendidos. Tras unos segundos de pesado silencio, la alcaldesa anunció, sonriente, que dejaría solos de nuevo a anciano y periodista para que pudieran seguir con su charla, secó la boca de su abuelo con un pañuelo y se marchó.

—Entre los mismos olivos que él trabajaba día sí y día también —respondió don Joaquín—. Y *to* por rojo. Sin haberle hecho mal a nadie. Don Martín decía que le dolía mucho, muchísimo, lo que había *pasao*, pero que él no pudo hacer otra cosa, que Manolo no se *habiera metío* en problemas. ¡Si no se metió, coño! Pero él también quería *asustá* a la gente, que no *habiera* más valientillos, y no lo defendió como tenía que haberle *defendío* —El hombre se serenó y suspiró antes de reanudar su relato—. En fin, yo tampoco quiero *hablá* mal de don Martín porque conmigo se portó bien. Además, con el tiempo se *arrepentió* de *habé actuao* así. Lo sintió mucho, mucho, eso te lo digo yo. Por eso metió a la *mujé* y a las niñas de Silbante a trabajar en su casa. La de ellas se la quitaron. La casa digo. Luego El Mosca y Picatoste lo arreglaron con don Martín *pa* trabajarle a él las tierras. El Mosca se murió *toavía* joven, un ataque al corazón le dio. El otro juntó dinero y se hizo una casa cerca de la finca. Ese sí se murió viejo, pero de su casa ya no queda *na* en pie. El olivo, el olivo se la comió —Dudó un momento, musitó algo y, finalmente, habló en voz alta—. Silbante sigue protegiendo lo que es suyo.

Hierro observó a Don Joaquín con cierto recelo. El anciano soltó una risotada.

—Te crees que me pasa algo, que digo *chominaícas* o algo así... Si Silbante el pobre no puede... Hombre, no te *via decí* que no le dé yo a la imaginación. Yo de chico leía mucho, ya te lo he dicho. Me gustaba *to* lo que fuera de misterio, de aventura, de fantasía... Todavía me acuerdo del primer libro que me compró mi padre. *La máquina del tiempo*.

—¿*La máquina del tiempo* dice? —Los ojos del joven se abrieron como platos.

—Siempre iba con varios libros encima, cambiaba cuando ya me los leía, pero ese no, ese no lo soltaba nunca. A *to* los *laos* me lo llevaba, *parriba*, *pabajo*... Hasta que vinieron aquellos de Jaén que te he dicho recogiendo libros viejos. No me imaginaba yo que fuera a ver otra vez el mapa que has traído. Y menos *arrancao* de mi libro.

—¡No, no! Yo no... a mí me lo dieron...

—Tranquilo, hombre, si no pasa *na*, si estaba ya casi hecho *peazos* -Don Joaquín se rio.

—Pero entonces -se recompuso Hierro-, ¿usted dibujó el mapa?

—Yo qué mapa ni mapa voy a *pintá*. Yo vi cómo lo pintó quien lo pintó.

—¿Y quién fue?

Don Joaquín se reacomodó en la silla de ruedas, apoyó ambos codos en la mesa y se aproximó todo lo que pudo a Hierro.

—Mira, aquí siempre se ha dicho que no sabe dónde enterraron a Silbante. Que si hicieron un *hoyillo* al lao de donde lo mataron y lo metieron ahí, que si ya se ha *buscao* en *to* los sitios, que si no sé qué... Pero hubo uno que... que siempre lo supo. Escucha: estando yo un día en la casa de don Martín cuando mi madre lo cuidaba, poco antes de que se muriera, el hombre tuvo un ataque de algo. Me acuerdo de que la gente

se puso *mu* nerviosa. Vi a las dos hijas llorando, al hijo el pobre aguantándose las lágrimas, a dos o tres *mocicas* de las que servían corriendo de un *lao pa* otro llevando agua, llevando paños, sábanas... Llamaron a don Vicente, el médico, que fue a ver a don Martín rápido, y entonces ya se calmó un poco la cosa. A mí no me dejaban *entrá* a la habitación, pero en un descuido me pude *acercá* y vi que el viejo estaba malo, malo. Lo vi como delirando y lloraba mucho, lloraba como un chiquillo. Yo estaba en la puerta, pero entonces se dio la vuelta y me pidió que entrara corriendo. Decía muchas cosas sin sentido, pero algo sí se le entendía sin problemas: no paraba de *gritá* que se había *portao mu* mal con un hombre *honrao* y bueno, que lo sentía mucho, que lo sentía mucho. Yo le pregunté don Martín, don Martín, pero qué hombre, de qué habla *usté*, y entonces se pudo *serená* y me contó lo de Silbante. Me dijo que cuando vinieron los guardias civiles la noche aquella, no sabían dónde vivía Manolo y que fueron a *preguntá* a aquella casa, a la de don Martín. Por lo visto les habían dicho que trabajaba *pa* un «don» y vieron que la única casa de un «don» en el pueblo tenía que ser aquella. Entonces fue el mismo don Martín el que les tuvo que *decí* dónde vivía Silbante, él fue el que los guió a la casa. Y yo no sé ya si cuando se lo llevaron también fue con ellos, si se quedó mirando... Eso no me lo contó. El caso es que se empezó a *poné* otra vez nervioso y me pidió *mu* ansioso un *papé*, y yo no supe qué darle y le di el libro y un lápiz que tenía. El hombre decía que no quería llevarse el secreto a la tumba, que no podía irse con eso dentro de sí, *asín* mismo me lo dijo. Y lo único que se le ocurrió fue *pintá* el mapa, aunque eso ni es mapa ni es *na*. Dos o tres días después se murió.

—Entonces... —El chaval volvió de nuevo a la hoja arrancada. Se fijó en la fecha anotada bajo el mapa, se fijó en las iniciales: M. H. C., eme de Martín, hache de Hortachuela, ce de Civantos, don Martín Hortachuela Civantos, antiguo cacique de C\*\*\*; se fijó, por último, en la equis que este había dibujado antes de morir.

—Ahí fue, ahí fue donde mataron a Manolo —sentenció el abuelo.

Nunca antes rechazar el silencio estuvo tan justificado

—Hostia puta —Hierro quiso disculparse, pero comprobó que don Joaquín no se había inmutado por la falta de decoro—. Oiga, entonces... ¿esto no tiene nada que ver con el olivo? —añadió señalando el mapa.

—Hombre, tiene que ver, sí, claro que tiene que ver. Ya te lo he dicho antes: Silbante protege lo que es suyo.

—Pero es que no le entiendo. Vamos a ver, ¿el olivo quién lo sembró? ¿Fue Silbante antes de que lo mataran?

—¿Sembrarlo? *Amos* a ver, el olivo, ¿eh? El olivo no lo sembró nadie. Fue *matá* a Manolo y al día siguiente *empezá* a *crecé*, *mu* rápido, además, se puso como ahora lo ves en un mes o dos. La gente decía que eso cómo era posible. Le preguntaron muchas veces a don Martín que qué le habían *echao pa* que hubiera *creció* tan rápido, y él decía que *na*, que ahí no había mano humana mediante, decía... decía que Dios sabía cómo cobrarse las deudas, algo así decía —Don Joaquín Berrios, primer alcalde de la democracia en C\*\*\* y guardián de la historia reciente de su municipio, volvió a apoyar su espalda en la silla y dedicó al joven una sonrisa de complicidad—. Y eso es lo que me gusta *pensá* a mí.

Entonces entró Paqui y puso fin a la conversación con palabras melifluas, pero sin admitir réplica. Dijo que el abuelo tenía que descansar ya un poco, y aunque don Joaquín protestó tímidamente alegando que cansada estaría ella, pero que él *nanai*, la insistencia de su nieta terminó por convencerle. Hierro se despidió con la promesa de que volvería más pronto que tarde. Durante el camino de vuelta a la capital, reflexionó acerca de la futilidad y la soberbia. Tres días después, firmó en *Mercurio* un reportaje sobre el fusilamiento en 1936 de un campesino, Manuel Sánchez «Silbante», por haber defendido la justicia en el trabajo. El titular, *El olivo custodio del legado jornalero*.

# Vicente y la oruga impaciente

Lourdes María Alonso

—¡Sólo falta un día! —dijo Vicente, mientras coloreaba con un crayón amarillo el cuadrito que decía «martes», en su pequeño calendario con forma de nube. Hace meses que esperaba ansioso la llegada de aquel fin de semana.

Papá y mamá tenían un ritual, entre bailes y risas preparaban el auto, acomodaban la casa y armaban las valijas. Y no podían faltar los deliciosos sándwiches de jamón y queso para saborear durante el largo viaje a casa del tío Antonio.

A Vicente le gustaba mucho visitarlo. Disfrutaba del fresco aire campestre y correr entre las ovejas y los corderos del corral. Pero sobre todo... ¡adoraba pasar las tardes jugando entre los olivares!, en especial con uno de ellos.

Hace unos años, junto a su tío, habían sembrado aquellas tierras con semillas de olivos. En uno de sus descansos, mientras se tendían sobre la hierba a comer los polvorones y beber el jugo de frutas que les preparaba la abuela María del Carmen, le dijo:

—Mira Vicente, en mi mano tengo un puñado de semillas de olivos. Ahora cierra los ojos y elige una.

Muy curioso se acercó con un ojo cerrado y el otro entreabierto. Escogió entre todas, una semilla pequeñita, que su tío al verla le dijo:

—Si quieres ponla de nuevo en mi mano y puedes escoger otra.

Estaba tan emocionado pensando cómo llamarla que no lo logró escucharlo:

—Tío aquí está mi nueva amiga. Te presento a... ¡Pequeñita!

Fueron pasando los meses y algunas semillas se convirtieron en frondosos olivos, de gruesos troncos y flores vistosas, otras alcanzaron una altura mediana y Pequeñita... ¡hizo honor a su nombre!

Vicente estaba tan orgulloso de ella, que no necesitaba compararla con los demás olivos para ver si era el árbol más alto, con más follaje o con las más hermosas flores. Saboreaba sus pequeñas aceitunas, el aceite de oliva que extraía de ellas y quedaba cautivado cuando comenzaban a brotar los blancos capullos de sus delgadas ramitas.

—¡Llegó el día! ¡Estoy listo papá y mamá! ¡Apúrense! — les dijo, después de marcar con amarillo en el calendario de nube, que colgaba de su pared.

El viaje a casa del tío Antonio se hacía muy largo, por aquellas calles de piedra y tierra, pero Vicente aprovechaba para contemplar las verdes montañas que no tenía en la ciudad. Mientras tarareaba:

—Arbolé, arbolé. Seco y *verdé*...

Mamá, que estaba muy entretenida conversando con papá, a ratos lo acompañaba con unas palmaditas para musicalizar. Vicente sabía que estaban llegando, porque después de subir una empinada lomada, le seguía una gran bajada y papá les anunciaba:

—Queridos pasajeros nos acercamos a la ¡gran bajada! Levanten sus pies a la cuenta de ¡tres!



Y allí entre el olivar estaba la casa del tío Antonio. Se oían sonar unas campanitas, era la abuela María del Carmen quien los podía ver desde lejos y anunciaba que llegaban. Su tío corría para poner sobre la mesa pan casero, salame, aceitunas y tomates.

Vicente saludó a todos y pasó como una ráfaga al olivar:

—¡Pequeñita! ¡Pequeñita! ¡Llegué! —muy animado le decía, mientras esquivaba a las ovejas que se habían liberado del corral. Cuando le estaba por dar un fuerte abrazo, una oruga comenzó a gritar:

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Me vas a aplastar!

—Disculpas, no estoy acostumbrado a que Pequeñita tenga visitas.

—¡No soy una visita! Vivo aquí con mi familia y comemos sus flores azucaradas.

—Pero no pueden comer a Pequeñita, es un olivo muy frágil y no creo que vaya a crecer mucho más.

—Nosotros aparecemos en mayo y cuando llega julio nos convertimos en mariposas, es entonces cuando decidimos si nos quedamos a vivir aquí o buscamos otro olivo. Así que ¡no molestes, niño, porque ahora este es nuestro hogar y no nos vamos a mudar!

Vicente estaba muy asustado, ¿cómo iba esto a solucionar? Pensó por un rato y luego con voz muy misteriosa se le acercó:

—Oruga, se dice en los olivares, que entre aquellas montañas hay un olivo que puede alimentar a muchas familias. Tiene un gran follaje y las mejores flores del valle. ¿Te gustaría probar?

La oruga era muy desconfiada, pero también curiosa y ¡muy golosa! Aceptó la propuesta, pidiéndole a cambio que le preparara un abundante banquete.

El niño corrió a casa de tío Antonio, agarró unas tapitas de botella y les puso agua. Luego fue al galpón y recogió unas maderas que usó como platitos para poner las flores más deliciosas que pudo encontrar.

Con todo preparado y organizado, caminó una vez más hasta el olivo. Iba muy confiado y con aires de superado. Al llegar encontró a la oruga y su familia, dormidos de tanto esperarlo. Un día más con Pequeñita se iban a quedar.

Vicente la abrazó y dejó aquel festín a la sombra de su follaje, cubierto con hojas secas y pastizales. Pasó la tarde y llegó la oscura y fría noche. No le quedaba más que desde su ventana un puntito divisar, por lo que le tocó descansar.

Muy temprano al otro día, en chancletas y pijama salió corriendo al olivar. Para su sorpresa encontró un montón de animales e insectos reposando sobre sus raíces. Despacito llamaba a la oruga y a su familia, pero no los lograba despertar.

Entonces el muy pícaro, los puso en su mano con mucho cuidado y caminó entre los largos pastos, esquivando huecos y piedras. Estaba tentado de risa, ya no aguantaba más. Largó una carcajada ¡justo antes de llegar! La oruga se despertó y muy molesta le reclamó:

—¡Bájanos de aquí! ¡Regrésanos a nuestro hogar! No cumpliste con el trato y nosotros ¡no nos vamos a mudar!

Vicente le hacía señas explicando que tenía sus oídos tapados y no la podía escuchar, mientras daba pasos largos para llegar más rápido al gran olivo que les había prometido. Nunca hubiese imaginado que tenía una gran cantidad de orugas viviendo en su follaje y que no le permitirían dejar una familia más:

—Hola Vicente. ¿Cómo estás? ¿Nos vienes a visitar?

—Hola orugas, vengo a traerles nuevos vecinos y ¡un banquete espectacular!

Comieron y se conocieron, pero hasta allí nomás la situación iba a llegar. De un solo grito los corrieron y se acabó toda la amabilidad. Un poco triste, Vicente comenzó a caminar. Arrastraba un pie, luego otro y la oruga impaciente no pudo dejar de reclamar:

—¡Así no vamos a llegar!

En ese momento un poco contento, una idea se le cruzó para comentar:

—¿Sabes oruga?... hay otro lugar, mejor del que nos echaron y mejor al que quieres regresar. Entre dos montañas tiene una laguna cristalina y hay mucho espacio para que disfrutes con tu familia. Si quieres los puedo llevar.

La oruga aceptó de mala gana, dándole otra oportunidad. Pero ¡estaba impaciente de volver a su hogar! Caminaron unos minutos y de repente vieron un brillo que se asomaba entre las montañas... ¡era la laguna! Emocionado Vicente, apuró el paso y llegaron de un sopapo. La oruga estaba maravillada y decidida a que este iba a ser su nuevo hogar. Cuando estaba todo arreglado se escuchó una rana croar:

—¡Invasores! ¡El gran árbol quieren usurpar!

De inmediato volaron hacia ellos una bandada de pájaros acechándolos con sus grandes picos. Sin pensarlo Vicente, la oruga y su familia huyeron despavoridos sin mirar atrás.

No tuvieron suerte para conseguir un nuevo hogar. Volvieron todos callados imaginando cómo hubiese sido vivir en aquel bello lugar. Una vez en el campo del tío Antonio, la abuela esperaba a su nieto con bollos calentitos y un jugo frutal:

—Vicente, ¿qué haces con esas orugas?

—Abuela, estas orugas viven en Pequeñita y ¡comen sus flores! Para que dejen de hacerlo, les prometí mudarlas a otro olivo.

De repente la oruga y su familia pegaron un brinco desde su mano hasta la rama más cercana de Pequeñita y se escuchó ¡crac!

—¡Abuela! Además de comer sus flores, ¡quiebran sus frágiles ramas sin piedad!

—¡Vamos a poner un poco de orden en este lugar! Orugas, quiero contarles que Pequeñita es un olivo frágil comparado con todos los demás, ¿por qué no eligen otro más frondoso para mudar su hogar?

—Nosotros llegamos a este lugar y ¡nos vamos a quedar!

—Entonces les aconsejo que para que Pequeñita resista su estadía, coman de sus flores dos veces a la semana y los restantes días, vayan a alimentarse del olivo más abundante.

Después de unos minutos de pensarlo la oruga y su familia aceptaron el trato con silbidos y aplausos. Antes de despedirse se escuchó una vozecita por lo bajo:

—¿Nadie me pregunta si yo acepto el trato?

Para sorpresa de todos... ¡Pequeñita podía hablar!:

—Vicente, esta oruga puede parecerme muy impaciente, pero tiene que alimentar a su familia por unos meses. Cuando llega julio se convierten en mariposas, volarán a otro olivo y dejarán de comerse mis flores.

Vicente y su abuela quedaron pasmados escuchando a Pequeñita, se tranquilizaron y aceptaron el trato porque les fue suficiente aquel discurso tan convincente.



# Operación Almazara

Alicia Aliaño Lamela

Una figura se deslizaba entre las sombras intentando pasar desapercibida en aquella noche de luna nueva. Caminaba apresurada como si una gran amenaza le estuviera acechando detrás de cada árbol y solo reducía el ritmo de sus pasos para mirar atrás. Sujetaba contra su estómago un pequeño cofre de metal con una cerradura en forma de media luna.

Se detuvo durante unos instantes y escudriñó el paisaje de su alrededor. Era una extensa finca, el lugar perfecto para esconder algo tan valioso, pero aun así temía que acabara en las manos equivocadas. Si así sucedía, estarían perdidos. Respiró hondo por última vez y se dirigió hacia la loma más alta. Allí descansaba, ajeno al peligro, un imponente olivo centenario de gran envergadura. Escarbó a sus pies hasta hacer un agujero lo bastante profundo y colocó la caja con sumo cuidado. Dio una pequeña palmada sobre la tapa y cuando comenzaba a cubrirla con los terrones amontonados, escuchó a lo lejos los ladridos de una jauría.

—Ya vienen —dijo en apenas un susurro. Se apresuró a cubrirla por completo y se marchó veloz desapareciendo en la oscuridad.

No muy lejos de allí, Marco preparaba su equipaje. Apenas le había dado tiempo de asimilar el contenido de la carta que ahora reposaba sobre la mesita de noche. Tenía que partir a primera hora de la mañana junto a

su destacamento. Lo llamaban a filas para luchar en lo que él consideraba una guerra absurda. No era más que un ingeniero agrónomo que se iba a casar con su amor de juventud, Elisabet. Ella lo observaba desde la puerta sin decir palabra. Había enmudecido tras la noticia.

—Todo va a salir bien —le decía sin mirarla porque sabía que, si lo hacía, no iba a poder controlar sus lágrimas—. En cuanto vean que soy un inútil como soldado, me devolverán al pueblo de inmediato. ¡Ah! y no olvides lo que te he explicado sobre la cosecha, es muy importante que sigas todas mis indicaciones para no perder la de este año. Mi padre ya está muy mayor y necesitará tu ayuda para organizarla.

Ella asintió desde la distancia. Aquella noche les permitieron dormir juntos, pero ninguno de los dos pudo conciliar el sueño. Sostenían sus manos con miedo a separarse para siempre. A la mañana siguiente, se despidieron fugazmente para no contagiar al otro su tristeza. Ella, sin que él se percatase, le había guardado en el bolsillo del uniforme una fotografía de ellos dos juntos del día que se conocieron. Él, en secreto, le había guardado una carta de despedida debajo de su almohada. En esta decía:

Querida Elisabet:

No sé lo que nos deparará el futuro, pero lucharé con todas mis fuerzas para que el destino vuelva a unirnos. Sé que eres una mujer fuerte y que podrás afrontar todas las dificultades que encuentres por el camino, incluso mi muerte si no pudiera sobrevivir a la batalla. Te extrañaré mucho, tanto que todas las noches buscaré tu rostro entre las estrellas. Prométeme que intentarás ser feliz y que le darás una oportunidad a la vida si no vuelvo a tu lado.

Tuyo por siempre, Marco.

Los días pasaron con rapidez mientras la joven intentaba adaptarse a sus nuevas tareas del campo. Había colaborado en la recogida de la aceituna en la finca de su futuro suegro y estaba exhausta. Al llegar a casa, encontró a un joven mensajero en la puerta sujetando lo que parecía un telegrama. En ese momento, todo su entorno se volvió oscuro. Comenzaron a temblarle las piernas y tuvo que sostenerse en la pared para no caer. El mensajero se acercó para decirle:

—Señorita, ¿se encuentra bien? ¿Quiere que le traiga un vaso de agua?

Elisabet estiró su mano y cogió el papel sin preguntar. Sus peores presagios se cumplieron, ya que era un telegrama informando de malas noticias: «El soldado Marco Aranda ha sido declarado desaparecido en combate...».

No pudo seguir leyendo porque su vista se nubló por completo. Al recuperar la consciencia se encontró sobre un sillón de la sala de estar. El mensajero se había marchado después de alertar a los padres de Marco, quienes leyeron el telegrama tras atenderla. Julio, el padre, sostenía un paño sobre la frente de la joven mientras que Ana, la madre, lloraba angustiada junto a la puerta.

Ella se incorporó lentamente y los observó con tristeza. Trató de consolarles sin mucho éxito. A los pocos minutos intentó pensar en la posibilidad de que aún estuviera vivo. Quizás lo habían apresado las tropas enemigas o se hallaba escondido en algún búnker. Esos pensamientos marcados por la esperanza se tornaron rápidamente en ira. Aquella guerra estaba destrozando familias enteras, solo para que los altos cargos del ejército pudieran demostrar su superioridad. Odiaba a esos militares con todas sus fuerzas.

Elisabet se disculpó y se ausentó de la estancia para salir a respirar aire fresco. Caminó rápido por la finca hasta llegar al olivo milenario donde Marco se le declaró por primera vez. Las piernas le temblaban, por lo que tuvo que arrodillarse sobre la tierra seca. Derramó las lágrimas contenidas hasta que ya no le quedaron más.

La luna se asomó tímidamente tras las nubes, iluminando un trozo de tierra junto a las raíces del anciano árbol. Alguna alimaña había removido el suelo y había dejado un agujero del tamaño de un cántaro. Al fondo se podía ver el reflejo plateado de una caja de metal. Ella se encorvó para sacarlo de su escondite y una vez en sus manos, la observó detenidamente. Era de pequeño tamaño con una cerradura en forma de media luna. La cogió con cuidado.

—¿Cómo habrá llegado hasta aquí? —se preguntó extrañada—. ¿Qué tendrá dentro?

Agitó suavemente la caja y escuchó el sonido metálico de un objeto chocando en su interior. Tiró de la tapa para abrirla y, al no tener éxito, intentó forzarla golpeándola con una piedra. Ya casi vencida, observó de cerca la cerradura y pasó sus dedos sobre esta.

—¡Quizás funcione! —exclamó con un pequeño atisbo de entusiasmo. Se puso de pie y se marchó a toda prisa hacia la casa.

Cuando llegó se encerró en su dormitorio y buscó su costurero. Lo abrió y cogió sus agujas de ganchillo para introducir las por la cerradura. Las movió con destreza, haciendo palanca con una de ellas hasta que se escuchó un leve chasquido. En ese instante, levantó la tapa sorprendida, comprobando cómo se abría con cierta dificultad, ya que el metal estaba oxidado. Dentro había una llave de color cobre con un dibujo perforado en el agarre. Era una especie de lagarto con la cola enroscada. Elisabet la sujetó con fuerza entre los dedos.

—¿Qué abrirá? —pensó en voz alta.

Aquella noche tuvo extraños sueños. En ellos aparecían campos de olivos cubiertos por multitud de lagartos y en lo alto de la colina, un anciano árbol que se transformaba en un apuesto joven. Era Marco, que se encontraba de espaldas con un brazo levantado señalando el horizonte. En esa dirección, a lo lejos, había una pequeña construcción que se veía difuminada. Dentro se veían piedras girando, parecían las muelas de... un molino.

La joven se despertó de inmediato y exclamó casi gritando:

—El molino del lagarto. ¡Cómo no lo he pensado antes!

El sol no había salido aún, cuando partió de casa hacia el molino con la llave que encontró. Caminó por los extensos campos hasta que llegó a la pequeña edificación. Observó la cerradura, era antigua y estaba un poco oxidada. Introdujo la llave y la giró con cierta dificultad. La puerta



se abrió con un crujido, pero se quedó atascada tras formar un ángulo de 30 grados. Tuvo que empujarla con fuerza para abrirla un poco más.

Entró por la apertura y comprobó que el interior parecía abandonado. Había unos capachos de esparto apilados en un rincón, una gran piedra sobre la que reposaban dos muelas cónicas, una mesa polvorienta cubierta de telarañas y una pequeña alfombra deshilachada.

En ese momento, un tablón de madera crujió bajo sus pies. Se agachó para levantarlo, pero el otro extremo tropezaba con la mesa. La retiró, apartó la alfombra y descubrió algo sorprendente. Bajo el suelo se encontraba un amplio hueco, similar a una estancia pequeña. Estaba oscuro, por lo que buscó algo de luz que lo iluminara. Encontró un candil que encendió con unas cerillas que guardaba en su bolsillo. Siempre las llevaba consigo cuando iba al campo, por si se le echaba la noche encima y tenía que encender una hoguera.

Lo que encontró en aquella diminuta estancia la dejó petrificada. Dentro de un baúl se guardaban fotografías de un grupo de personas, algunas totalmente desconocidas, pero otras no tanto, ya que vivían en el

pueblo o por los alrededores. Junto a las fotografías había documentos y pergaminos con dibujos parecidos a los mapas del tesoro. Estuvo durante una larga hora intentando descifrar qué era todo aquello, pero resultaba difícil, ya que la mayoría eran palabras y números sin sentido.

De repente, Elisabet escuchó un crujido sobre ella y mientras se giraba sonó un chasquido. Una sombra le estaba apuntando con una pistola desde las alturas. En ese momento, la joven fue consciente de que un arma engatillada había salvado su vida.

—¿Quién eres, intrusa? —preguntó tajante la figura cubierta por una capucha.

—Me... llamo...Elisabet —respondió la joven con un hilo de voz.

—¿Elisabet..., la prometida de Marco? —dijo mostrando interés mientras se quitaba la capucha—. Este no es un sitio seguro para ti. He estado a punto de matarte. ¿Cómo has entrado aquí?

—Con esta llave —respondió la joven acercándole el objeto. Al aproximarse vio que se trataba de una mujer de mediana edad, era... ¡la maestra del pueblo!

—¿Qué demonios?, entonces... si tienes la llave... debes de ser Picual.

La joven asintió con la cabeza casi por instinto, ya que temía que si decía lo contrario su vida volvería a correr peligro.

—Los demás se alegrarán de verte, solo faltabas tú para comenzar la misión. Disculpa lo que ha sucedido antes, vi una luz a lo lejos y pensé que alguien había descubierto nuestro escondite secreto. Me alegra que hayas sido tú y no los militares, si no hubiéramos acabado todos muertos. Mañana vuelve al molino tras el atardecer y trae lo necesario para un largo viaje. Te estaremos esperando.

Elisabet regresó a casa muy asustada.

—¿Y si no me presento? —se preguntó—. No es posible —se contestó al instante—, saben quién soy y vendrán a por mí.

La joven cogió ropa de abrigo y un poco de sus ahorros. Antes de marcharse al día siguiente dejó dos cartas. Una de ellas iba dirigida a sus suegros en la que les indicaba que se marchaba a buscar a Marco. Otra iba destinada a su gran amor:

Querido Marco:

Me voy aterrada a un destino incierto. La esperanza de volverte a ver es lo único que me infunde valor en estos momentos. Si alguna vez regreso, te esperaré junto a nuestro olivo centenario.

Te quiere, tu Elisabet.

Horas después, la joven se encontraba reunida en el molino junto a otras siete personas, dos hombres y cinco mujeres. Se habían presentado con sus nombres claves: Arbequina, Hojiblanca, Royal, Sevillena, Aloña, Farga y Manzanilla. Daban por hecho que ella era Picual, por lo que le explicaron la misión con detalle. Hojiblanca, la maestra, parecía ser la que dirigía al grupo.

—Mañana saldremos al amanecer. Iremos en dos carros que conducirán Royal y Farga. Ellos dos se harán pasar por comerciantes aceiteros y nosotras por costureras que van a trabajar a la fábrica textil. La mayoría de las tinajas transportan aceite, menos las que tienen el asa un poco cascada. Estas guardan información confidencial sobre el próximo ataque estratégico del enemigo. Deben llegar a su destino, aunque nos cueste la vida, ¿entendido?

El resto de asistentes asintió al unísono. Aquella noche durmieron juntos en ese viejo molino. Elisabet, que no conseguía conciliar el sueño, salió y se quedó observando las estrellas.

—Bonita noche —indicó Farga, que había salido tras ella. Elisabet se giró hacia él y, sin andarse con rodeos, le preguntó:

—¿Quién os ha pasado la información?

—Si te lo contara, tendría que matarte —respondió el chico sonriendo.

—No creo que seas capaz. Necesitáis mi ayuda, soy muy valiosa para la misión —le replicó la joven envalentonada.

—Es cierto, nunca podría hacerle daño a una mujer tan hermosa como tú —le contestó acercándose a ella.

Elisabet reaccionó dando un paso atrás, aunque volvió a insistir:

—¿Quién y por qué os la ha dado?

—Alguien que está muy cerca del mando superior y que no ve con buenos ojos los pasos que están dando para llegar al poder. Es todo lo que puedo decirte.

Ella asintió conforme y, tras devolverle una leve sonrisa, volvió con los demás. La mañana siguiente transcurrió sin incidentes. Solo interrumpieron su camino una vez, pero tras las comprobaciones oportunas pudieron continuar. Se detuvieron en un claro para comer algo y descansar pasada la medianoche.

—Estás muy callada —le dijo Farga a Elisabet— ¿te sucede algo?

—Tengo un poco de frío, nada más —la joven le respondió cortante, intentando disimular los temblores producidos por el miedo.

—Pues para eso tengo una solución —le comentó mientras le echaba una manta por encima. Acto seguido se sentó junto a ella y le pasó el brazo por detrás del hombro.

Una aceituna impactó en la cabeza del chico. Se la había arrojado Royal que exclamó mientras se reía a carcajadas:

—¡Menudo picaflor estás hecho! Deja a la chica tranquila que tiene que descansar.

Aquella noche Elisabet tuvo nuevos sueños. Estaba frente a un pelotón de fusilamiento y todos los soldados que la apuntaban con su arma tenían el rostro de Marco.

El nuevo día les deparó una grata sorpresa. Llegaron a salvo a su destino y contactaron con el enlace que puso a buen recaudo la información entregada. Semanas después, les comunicaron que su colaboración había impedido el avance de las tropas enemigas por el frente Norte de Madrid. A esta misión les siguieron otras más, igual de peligrosas. En cada una de ellas, trazaban una ruta distinta.

Elisabet demostraba cada vez más confianza en sí misma. Por este motivo, Hojiblanca la escogió como su mano derecha, levantando ciertas suspicacias entre los miembros más antiguos del grupo.

—Esa jovencita cree que puede darnos órdenes —comentó Royal tras cerciorarse de que Elisabet no estaba cerca.

—No entiendo por qué la maestra confía tanto en ella —señalaba Arbequina.

—Lo que realmente me extraña es lo poco que sabemos de ella —apuntaba Sevillena. La conversación fue interrumpida por el sonido de unos pasos agitados.

—¡Nos han encontrado! ¡Corred! —gritó Hojiblanca.

Sin embargo, no les dio tiempo a huir. Los militares los arrestaron y los metieron en un furgón. Llegaron a un antiguo cuartel donde los bajaron junto a otros prisioneros. A continuación, los llevaron a una sala donde esperaron aterrados su fatal destino. Farga apretó la mano de Elisabet y ella le correspondió con el mismo gesto. De repente, se abrió la puerta. Entraron tres hombres ataviados con sus uniformes, uno de ellos de mayor rango.

—Soy el sargento Castellar. ¿Quién es vuestro cabecilla?

Nadie contestó, aunque algunas miradas fugaces delataron a la maestra.

—¿Una mujer? ¡Lo que hay que ver! —dijo soltando una carcajada. Los otros dos le acompañaron con sus risas.

—Debe de ser Hojiblanca —apuntó uno de ellos.

—¿Hojiblanca? ¿Eso no es una variedad de aceituna? Muy original su nombre en clave, señorita. Así que tenemos a una maestra de pueblo que dirige a un grupo de... insurgentes que han estado de acá para allá pasando información estratégica al enemigo —sonrió al ver los rostros sorprendidos de los detenidos—. Os estaréis preguntando cómo lo sabemos. Hace una semana apresamos a uno de vuestros miembros. Creo que la conocéis por el nombre de Picual.

En ese instante, todos miraron extrañados a Elisabet. Ella avergonzada agachó la cabeza. El sargento continuó su relato:

—Al principio le costó hablar, pero gracias a nuestro «método» cantó como un canario — volvió a reírse con gran estruendo. Nos contó dónde encontraros, aunque tuvimos que esperar al momento adecuado. Aun así, nos falta la clave de todo esto. ¿Quién os pasa la información?

—¿Qué hicisteis con ella, malnacidos? —les increpó Hojiblanca. El sargento golpeó con su puño la mejilla de la maestra.

—¿No te enseñaron en la escuela que no se debe faltar el respeto a un superior?

—No veo a ningún superior. Además, jamás te diremos nada —le respondió ella mientras le sangraba el labio.

—¡Correrás el mismo destino que ella! Llévala fuera, ya sabéis lo que tenéis que hacer — gritó mientras aflojaba los nudillos.

Hojiblanca se resistió con todas sus fuerzas, pero aun así consiguieron llevársela fuera. Se oyeron dos disparos y a continuación, silencio.

El sargento comenzaba a celebrar su pequeña victoria cuando varias personas encapuchadas entraron en la sala. Amordazaron al sargento y rescataron a los prisioneros. Fuera les esperaba Hojiblanca temblando de terror y un par de militares atados de pies y manos. Se subieron en los furgones y desaparecieron al alba. Cuando ya estaban lo suficientemente lejos como para encontrarse a salvo, Elisabet le confesó a Farga:

—Siento haberte mentido. Me invadió el miedo...

Farga, que en realidad se llamaba Enrique, puso el dedo sobre sus labios:

—No hace falta que te disculpes. Lo sabía desde el principio. Era el único que conocía a la verdadera Picual porque yo mismo la recluté. Lástima que su muerte haya sido en vano porque el enemigo ha ganado la Guerra.

Elisabet se quedó sin palabras, pero al cabo de los minutos continuó:

—Debo volver, necesito saber si Marco sigue vivo. Si ha sobrevivido me esperará junto al olivo centenario donde encontré la llave del molino.

—Tranquila, cuando pase todo, volveremos.

Años más tarde, la luz ocre del atardecer iluminaba un olivo centenario. Una figura permanecía inmóvil frente al imponente árbol, soñando con la esperanza de cumplir una promesa.



# Alizée

Rafael Méndez Meneses

Alizée observa el lienzo consumirse en las llamas afuera de la casa. Voltea a mirar a Bernard, que entra, cierra la puerta y le grita que vaya por leña. Quiere que el lienzo quede reducido a cenizas, aunque ya no hay nada que salvar. Alizée mira el rincón de la leña. No hay. Cómo va a haber, si aún no la necesitan. Avanza desganada hacia el olivar, a ver si encuentra suficientes ramas en el camino.

Los castigos de Bernard fueron siempre iguales. Se encierra y la envía a hacer algo lejos de la casa. La destierra. Fue precisamente en uno de esos destierros que todo empezó. Hace un año llegó al sanatorio un artista extranjero con fama de atormentado. Alizée había ido al sanatorio a dejar aceitunas frescas y él estaba afuera, mirando las montañas. En cuanto se vieron, hubo algo que ella nunca había sentido. Deseo. Él la observó con curiosidad, pero su actitud era más bien tímida, temerosa. Un cachorro abandonado necesitado de cariño. No parecía alienado. Ella pensó que era familiar de algún paciente, pero luego se enteró que le permitían salir de vez en cuando.

Las aceitunas fueron la excusa. Ella le contó que su trabajo era recolectarlas y él se interesó. Días después, empezó a visitar el olivar para ver la cosecha y pintar, acompañado por un vigilante. Le pedía a Alizée que se quedara subida en la escalera de mano más tiempo del habitual,

sosteniendo unas aceitunas imaginarias. Ya caída la tarde, el vigilante se adelantaba y ambos llevaban las pinturas, el caballete y el cuadro. Andaban despacio, con cuidado, para que la vegetación y los insectos no arruinen la pintura. En esas caminatas, el artista evitaba el contacto visual y no hablaba mucho. Ella tampoco, excepto la vez que olvidó su canasto y le pidió al artista que la acompañe de regreso. Al llegar, el canasto ya no estaba. Lo buscaron infructuosamente detrás de cada olivar y entre las ramas, y al darse cuenta de que alguien más se lo había llevado, regresaron al sanatorio.

A medio camino, sin percatarse, ya estaban conversando animadamente. Ella quería saberlo todo del mundo al que nunca había salido. Ni siquiera conocía Aviñón. Su paseo más memorable fue el que hizo a Antiques cuando era niña y recibió su primer beso. Recuerda que fue un día de mayo, cuando los olivos aún estaban florecidos. Él le habló de los cuadros de Rubens en Amberes, sus sueños del taller de artistas en Arlés y el descubrimiento de la luz en París.

Cuando notó que a ella no le interesaba el mundo de los artistas, él le habló del ruido y la vida nocturna. De los vestidos y sombreros de las mujeres elegantes. De la música y del teatro. Del Louvre y los Campos Elíseos. De Dios y de cómo la tecnología avanzaba poco a poco sobre la naturaleza. Ella le recordó que el aceite se seguía haciendo de la misma manera desde siempre, de esos árboles eternos que alguna vez les hicieron sombra a guerreros, trovadores, viajeros y a Michel de Nôtre-Dame, el que predijo la toma de la Bastilla. Le aseguró que el olivar seguirá haciendo sombra a cientos de personas, a cientos de historias, cuando no haya nada del artista. Ni su recuerdo.

Justo en París iban a celebrar el centenario de la Bastilla con la Exposición Mundial, un gran evento en el que mostraban los avances de la ciencia y el dominio sobre la naturaleza. La principal atracción era una gigantesca torre de hierro que tenía forma de letra A. Una torre más alta que las pirámides, decía el artista, pero ni él ni ella habían visto las pirámides. No tenían idea de qué tan grande podría ser una letra. El artista habló de Seurat, un amigo suyo que estaba pintando esa torre, pero

muchos artistas rechazaban ese esqueleto gigantesco, esa mole indigna de la ciudad. Indigna del espíritu humano.

El artista sostenía que debieron hacer algo más tradicional, tal vez la escultura de alguien o un arco de roca, pero Alizée no entendía cómo podía él ponerse tan conservador, si sus cuadros no mostraban la realidad. Los olivares parecían brazos que surgían de la tierra. Las raíces le hacían pensar en serpientes de pesadilla que acechaban a las cosechadoras. A pesar de los trazos raros, las pinturas tenían algo que la hipnotizaba, pero ella nunca entendió qué era. Asumió que era la idea de verse retratada con su vestido amarillo, aunque era difícil identificarse con lo que veía en el lienzo. Para ella, el huerto de olivos era solo un huerto. Un lugar de trabajo agotador, en el que pasaba gran parte de su vida para disfrute de la gente elegante en Marsella o Montpellier.

Trepar un olivar para alcanzar su fruto fue la excusa que ella buscaba para quitarse las sandalias. Arrancó también unas hojas y se las puso al artista en la cabeza, como una corona. Cuando atravesaron el olivar, el olor a trementina, pintura y sudor se quedó para siempre en su memoria. Ambos caminaron descalzos, como si el olivar fuera sagrado. El paseo terminó en el banco junto a la pileta y allí, ella le preguntó si podía comprarle una de sus obras. El artista le contó que estaba terminando un cuadro del banco de piedra y la pileta y que añadiría la mancha de pintura que acababan de dejar allí. Después de ese atardecer, el de la última cosecha, no volvieron a encontrarse. Él seguía pintando. Incluso hizo un cuadro del paseo bajo la luna creciente, en el que las ramas y raíces de los olivares no se veían amenazantes y los cipreses parecían rasgar el ocaso, pero nunca más volvió a quedarse sin vigilancia. Permaneció en el sanatorio más tiempo del planificado. Se vieron por casualidad de vez en cuando y, casi al año del primer encuentro, se fue.

Alizée no sabe leer y nunca le dio su dirección al artista. El doctor Peyront recibió la carta, pero se la leyó a Bernard y a Charles, el jefe de vigilantes. Jeanne, la mujer de Charles, escuchó y le contó todo a Alizée. La carta del artista hablaba de un cuadro que él nunca mostró, un recuerdo de aquel paseo con la luna creciente como presagio, poco antes de que Alizée se quitara las sandalias. Le dice cosas que solo ella entiende.

Cosas que nunca se dijeron, pero que pudieron cambiarlo todo. Cosas de las que nadie más debía enterarse. Ni siquiera el hermano del artista.

En su nueva morada, el artista no tiene olivares, amapolas ni lirios. Ha comprado aceitunas para que su aroma a Alizée lo ayude a conciliar el sueño. Le habla del amarillo de su vestido, que ahora ilumina sus nuevos cuadros de trigales y girasoles que nunca morirán. De otro cuadro que pintó, en el que unos cuervos vuelan sobre el trigal, también como un presagio. En casi todo lo que pinta, ella es la luz del sol, la luna y las estrellas y ya puede ver en ellos una magia que no tenía su obra anterior. Le habla de todos los cuadros que pretende pintar, de la luz divina que atisba cuando piensa en ella y de cómo ha logrado, al fin, entender cómo plasmar lo que ve.

Además de la carta, el artista le envió la pintura de una pareja descalza junto al banco de piedra. En el banco se ven incluso las manchas de pintura de cuando se sentaron esa tarde bajo la luna creciente. No hay manera de describir la paz que destilaba el cuadro, la pasión. Esa luz divina irradiando hacia quienes la veían. El artista, acostumbrado a los trazos rápidos y febriles, ahora necesita más tiempo, pintar el cuadro primero en su cabeza. Por eso le tomó casi un mes terminar el que acaba de enviarle.

Al verlo, Alizée se humedeció como nunca. Charles sintió el amor como una leve descarga eléctrica. Sor Epifanía entró y cayó de rodillas al ver el cuadro, en lo que después describiría como un encuentro místico. Bernard solo sintió envidia porque supo que nunca podría crear nada para Alizée. Agarró el cuadro y la carta, sin esperar a que el doctor la termine de leer y se llevó a su mujer a casa. Quemó el cuadro y la carta, envió a Alizée a buscar leña y se quedó bebiendo solo.

El olor se desvanece. Alizée se quita las sandalias y camina a ciegas hasta tropezar con un árbol, al que abraza con deseo. Sabe que no necesita ver un recuerdo de esa tarde, como tampoco necesitaba ver los azules y plateados de los que hablaba el artista al describir su visión del olivar y los alrededores. Atesora la memoria en el tacto de la madera, el viento de otoño y las piedras en el suelo. En el olor a trementina y aceituna. En la moneda con que pretendió comprarle el cuadro, pero él le cobró con un

torpe beso que aún tenía gusto a absenta. Nunca le dirá nada a Bernard, pero es innecesario. Él ya ha visto el cuadro. Mañana irá a buscar al extranjero, al alienado, al ladrón. Lo retará a un duelo, le disparará en el estómago y en el pecho, y volverá a poseer a Alizée en el preciso momento en que el artista expire. El artista ni siquiera levantará su arma porque es incapaz de matar a nadie. Nunca acusará a Bernard, como tampoco acusó a Gauguin por lo de su oreja.

El fuego consume las últimas ramas de olivo. Nada queda ya de la pintura. No importa, piensa Alizée. De todos modos, conoce bien el árbol de donde provinieron las ramas y podrá regresar a él cuando necesite quitarse el mal sabor a Bernard. Su aliento a vino barato, sus manos callosas y su cuerpo insignificante. Ese alfeñique de voz chillona, que solo habla de comida y de peleas de perros. Pobre tonto. De todos modos, es solo una pintura, dice para consolarse. Y ella aparece ya en varias pinturas, incluso esa en la que estaban caminando, todavía con los zapatos. El susurro íntimo del olivar guardará el secreto de todo lo que pasó esa tarde.



# La escapada

Daniel Blanco Parra

Lo importante no es lo que vivimos, sino lo que recordamos. No se está tan mal en esta residencia. Ni bien ni mal. Es lo que hay, ¿de qué nos serviría quejarnos? Nuestros hijos, y eso que tenemos ocho, dijeron que sí, que por supuesto podíamos quedarnos en sus casas, pero lo hicieron con la boca pequeña resoplando mientras comentaban justo después que tenían mucho trabajo, que casi no había sitio, que los niños daban mucho ruido, que no íbamos a estar cómodos. Como solución salomónica, propusieron que rotáramos, que viviéramos cada mes en una ciudad y con una familia diferente, que metiéramos todas nuestras pertenencias en una maleta y que nos moviéramos casi con lo puesto. Cuánto trajín a la vejez, qué pereza a estas alturas. Por eso, mi mujer y yo decidimos venirnos aquí para estar más tranquilos, para vivir los últimos años a nuestro aire y, sobre todo, sin molestar a nadie. Llegamos hace tres años y, aunque el inicio fue duro, nos acostumbramos. No nos quedaba otro remedio. Lo mejor, estamos juntos. Aquí nos toman la tensión y nos hacen las comidas sin sal, nos sacan a tomar el sol todas las mañanas e intentan mantenernos entretenidos con manualidades, canciones y teatrillos de los Álvarez Quintero.

Eulalia, mi mujer, sufrió un ictus a principios de año y ahora solo recuerda retazos de nuestra vida. Tiene flashes de memoria: alguna cara familiar, algún viaje de aniversario, algún chiste viejo; el resto del tiempo,

lo pasa preguntando que cuándo nos vamos a casa y buscando a su abuela que, ya ves tú, hoy tendría ciento treinta años. Cuenta casi cada día que, al lado del colegio, hay una fábrica de caramelos y que el portero, al verla pasar, le da un puñado y le pide que no se los coma todos a la vez. Ella, con un nerviosismo casi infantil, se mete la mano en el bolsillo y siempre encuentra alguna chuchería que le he escondido yo. Ya no hay casa ni presente, casi no existo ni yo. Mi mujer no recuerda mi nombre, pero sí sabe que la cuido, que la llevo al comedor y que me levanto en mitad de la noche a arroparla y eso es, al fin y al cabo, lo único que importa.

Llevo casi dos semanas preparando una sorpresa. No es del todo legal, pero ya no tenemos edad para achicarnos ante las leyes. Nada más levantarnos, le he cogido las manos, he abierto mucho los ojos y le he dicho que se prepare y, sobre todo, que no diga nada, que vamos a hacer algo divertido. A mí me ha parecido verle cierto brillo en la mirada, en esas dos islas marrones casi tragadas por un mar de arrugas. Ella se ha puesto un collar de perlas; yo le he echado colonia y le he dicho que está guapísima. Hemos desayunado juntos, en la mesa que está al lado de la ventana. Ella, con la vista perdida en el paisaje amanecido; yo, con la vista perdida en ella. Hemos tenido que esperar a que se bebiera la leche caliente, a que masticara bien la tostada con ajo y aceite y a que se tomara las pastillas. Después, a esa hora en la que los ancianos pasean de un lado a otro del jardín o se pelean por estar en la partida de dominó, nos hemos ido caminando hasta el patio, bañado ya por los primeros rayos de sol. Le he echado una rebeca por los hombros y le he dicho que la quiero.

La residencia da a un bosque por donde a veces se ve correr a las ardillas, donde podrían perderse los niños de los cuentos. La tomo del brazo y ella, como siempre, se deja guiar con su paso lento pero firme. Nunca pone impedimentos, no se queja. Rodeamos el edificio, nos sentamos un rato en uno de esos bancos que hay frente a ese estanque que parece de juguete, donde las monjas colocaron esculturas de gnomos sonrientes. A las diez y media, como cada día, llega el repartidor con enormes cajas de patatas y de cebollas y con garrafas grandes de aceite. Una de las monjas encargadas de la cocina le abre la puerta y le dice que pase, que con este calor la fruta no aguanta nada. Aprovechamos entonces y salimos por la puerta trasera que da a un camino de tierra. Ella, mi mujer, me mira

extrañada. Lo poco que le queda de lucidez la tiene alarmada. Sabe que estamos haciendo algo prohibido. Yo hago el gesto de guardar silencio y niego con la cabeza. Le digo que no hable, que siga andando. Le sonrío para tranquilizarla y ella asiente. Ya no somos jóvenes, pero vamos casi al trote, con la respiración alborotada y las mejillas encendidas, sintiendo el latir del corazón en las sienes y en la garganta:

—¿Qué hacemos? —me pregunta ella.

—Es un secreto.

—¿Un secreto grande?

Y tan grande. Atravesamos un pequeño merendero, que ahora está vacío, un aparcamiento donde envejece un coche que lleva más de tres años abandonado y llegamos a una parada donde un autobús nos llevará a nuestro pueblo. Yo no dejo de mirar atrás, de pedirle a Dios que nos dé un poco más de tregua. No tenemos que esperar más de diez minutos, menos mal. Nos subimos y nos sentamos al principio, siempre cogidos de la mano. Ella no habla, solo se deja mecer por el traqueteo del autobús. Cuarenta minutos más tarde, hemos llegado a nuestro destino. Ya se ve la torre alta, las casas encaladas. Nos bajamos en la plaza del pueblo y ella se queda quieta. Serán los recuerdos, que la saturan, que la dejan indefensa.

—Ay —dice ella.

—No te preocupes, te va a gustar.

—¿Vamos a casa?

No, no vamos a casa. La llevo hasta el callejón del agua y seguimos bajando en dirección a la fuente y seguimos andando. Nos alejamos hasta que llegamos a ese pequeño olivar que siempre fue de mi familia y que, ahora, gestionan dos de mis hijos. Nos paramos y me separo no más de un metro para que le lleguen los recuerdos, para que se imagine en ese mismo punto hace más de sesenta años. En efecto, bajo este olivo, igual de frondoso que ahora, nos dimos nuestro primer beso, nos hicimos las primeras promesas de amor, pensamos por primera vez que la vida era

maravillosa. Sí, el paisaje es el mismo, igual que nuestro amor, que sigue intacto. Ella se abraza a mí y con un silencio sobrecogedor dice «he sido muy feliz». Nos quedamos así los dos, apoyados en esa piedra en la que comíamos pipas y soñábamos con viajar, con comprarnos una casa, con montarnos en globo, mirando el olivo y suspirando a ratos. Es ella la que no para de recordar, como si una avalancha de pasado cayera sobre ella:

—Después trajimos aquí a Fátima, ¿te acuerdas?

—Y que casi se nos pierde.

—Porque tú te quedaste dormido. Y aquí vinimos a ver las lágrimas de San Lorenzo, los dos, con una manta cubriéndonos.

—Yo no veía ninguna estrella fugaz y a ti no se te escapaba una.

Hablamos de lo que fuimos, de cuánto nos quisimos. Estamos con las manos cogidas, regodeándonos en el pasado. Tampoco nos dejan mucho tiempo. Supongo que se ha corrido la voz. Alguien del pueblo ya habrá llamado a alguno de mis hijos para decirle que nos ha visto por aquí, que íbamos a toda prisa y con la cabeza agachada, como dos fugitivos. En un coche negro, llega el portero de la residencia con sor Leonor, que paran junto a nosotros.

—¿Dónde estábais? Me habéis dado un susto de muerte. —dice ella, que sale del coche moviendo mucho las manos.

—¿No sabéis que no podéis salir de la residencia? ¡Está prohibido, prohibidísimo!

En ese momento aparece también uno de mis hijos, enchaquetado, con el móvil en una mano:

—Pero, ¿cómo se os ocurre? ¿Estáis tontos?

—Solo queríamos... —intento explicar, pero me callo. Es inútil.

—No volváis a hacerlo. Venga, vamos a la residencia.

Obedecemos, pero pido que nos dejen unos minutos, que nos dejen mirar un poco más este olivar, nuestro olivar, porque aquí, frente a nuestros ojos, está la puerta al paraíso. A lo que fuimos y a lo que deseamos, a ese momento en el que la vida era infinita. Agarro una de las manos de mi mujer con las mías y se la aprieto para que note mi amor. Ella tiene la sonrisa en los labios. No decimos nada. Sentirnos la piel es suficiente. Y yo, esa noche, a solas, añado en el testamento una petición: que lleven a mi mujer al olivar todas las semanas, aunque sea solo cinco minutos, que no dejen que se le olvide lo felices que fuimos, cuánto la quise. Que lo hagan o que lo hagáis, solo pido eso. Ya que, a mí, por desgracia, me queda poco tiempo —la muerte me reclama— y no podré hacerlo más.



# Reencuentro

Zahara C. Ordóñez

Marco se pasaba el curso fantaseando sobre el verano. Era su estación preferida del año: el frío se iba, los días se alargaban, y las responsabilidades eran menos. Nada de deberes, nada de madrugar. Para aquel verano tenía, además, muchos planes con sus amigos: excursiones en bici, partidos de fútbol y otro sinfín de aventuras. Esperaba ir a algún campamento o pasar unos días en la playa, donde las olas y la arena serían testigo de sus juegos. Por eso, cuando su padre le dijo que se marcharía al pueblo con los abuelos, lo miró mohíno y refunfuñó para, después, elevar su queja entre gritos:

—¡No quiero!

—Daniel, su padre, suspiró agotado. Las cosas no estaban siendo fáciles con Marco desde que su madre murió. A pesar de que siempre había sido un niño obediente, ahora protestaba por todo. Solo pensaba en estar con sus amigos y en hacer lo contrario de lo que se esperaba de él. Entendía que su hijo acusara la pérdida e intentaba manejarlo de la mejor forma, pero nadie le había avisado de que tendría que ser padre y madre a la vez. Lidia era el pilar de la casa, sus suelos y sus muros; era el sostén y la fuerza; la luz y las sonrisas del hogar. Lo habría hecho mucho mejor que él y se preguntaba por qué la muerte no se lo había llevado en vez de a ella. Sin embargo, intentar dialogar con la muerte es una batalla perdida: no entiende de sueños e ilusiones, tampoco de planes de futuro.

Llega con su mano fría y se lleva lo que más quieres sin preguntar. Aunque Daniel también sentía ganas de gritar y de mandarlo todo lejos, se contuvo y se armó de paciencia, por el bien de su hijo.

—Cariño —dijo, con voz suave, poniéndose de rodillas para estar a su altura. El niño se quedó muy serio, dispuesto a no claudicar por más que su padre rogase. —En el trabajo están haciendo algunos cambios y no puedo tomarme vacaciones de verano. Ya sabes que eres muy pequeño como para quedarte en casa solo. Tienes que ir con los abuelos.

Marco apretó los labios, con disgusto.

—No me gusta el pueblo de los abuelos.

—No puedes decir eso. Nunca has estado allí.

—He visto fotos y no hay playa.

—Se pueden hacer cosas divertidas, aunque no haya playa. Mamá se crio allí y lo pasó muy bien de niña.

Aquello llamó la atención de Marco.

—¿Sí? ¿Haciendo qué?

—Pues... —Daniel lo miró pensativo, buscando algo que pudiera interesarlo— bañándose en la alberca de los abuelos —dijo al fin, sabiendo la afición de su hijo al agua.

La palabra alberca era nueva para él y, como le recordaba a alpargata pues la había leído en un cuento, la imaginó como un zapato grande y se sintió atraído por la idea de bañarse en una piscina así. Sin embargo, no dijo nada, porque eso habría sido vencer la resistencia demasiado pronto.

—Te prometo que te compensaré y que en invierno iremos a dónde tú quieras.

—¿A Disneylandia?

Su padre tendría que hacer muchas horas y números para cumplir tales expectativas. Sin embargo, pensó que, si su hijo hacía el esfuerzo de renunciar a su verano ideal, él podría privarse de otras cosas.

—De acuerdo —concedió.

Marco dio un salto de alegría y lo abrazó feliz. Después se alejó cantarín a su dormitorio, mientras Daniel lo observaba con gesto nostálgico. Le gustaba pensar que algún día conseguirían superarlo, tornar el dolor en un sentimiento agradecido y colmado de felicidad por los días que habían pasado juntos. Volviendo a suspirar, se levantó y llevó a cabo los preparativos del viaje para que Marco pudiera hacerlo solo. Vivían muy lejos del pueblo, pues habían emigrado por cuestiones de trabajo, pero por suerte, tanto la compañía de aerolíneas como la de tren, tenían servicio de acompañamiento, así que no fue difícil planear un viaje seguro y cómodo para su hijo. Llamó a sus suegros y les dijo cuándo y dónde debían esperar al pequeño. Desde la muerte de Lidia no había hablado demasiado con ellos, así que la conversación fue breve y directa. La voz de Carmen, su suegra, le recordaba demasiado a la de su esposa y escucharla hablar era como clavarse un puñal. Les agradeció una vez más que fueran a quedarse con él y colgó. Daniel se sintió aliviado y esperó que su pequeño afrontase aquello como una aventura. Esperaba que fuera tan valiente como lo había sido su madre.

El día de la partida por fin llegó y Marco, con su maleta de superhéroes, embarcó en el avión diciendo adiós con la mano a su padre. Nunca pensó que viajaría solo. Se sentía mayor e importante. Aunque el pueblo de sus abuelos no podría competir con los destinos de sus amigos, el hecho de haber montado en avión a solas le otorgaría cierta reputación en su círculo. No era un niño miedoso, así que disfrutó del viaje y, sobre todo, de las muchas películas que pudo ver. Cuando aterrizó, lo llevaron hasta la estación de tren, donde ya lo esperaba una asistente, igual de amable que la primera. Una vez llegaron a su destino, esta lo dejó en manos de sus abuelos.

Marco tenía un vago recuerdo de ellos, pero en su memoria había dos cosas: su abuela siempre olía bien, a flores, como su madre; y su abuelo

tenía una sonrisa muy bonita que se quitaba por las noches. Todo un misterio eso de poder quitarse la sonrisa. Él lo había intentado y había sido en vano, así que debía de ser un superpoder del abuelo. Se preguntó si seguía teniéndolo o si lo habría perdido con los años, a medida que se acercaba a su encuentro.

Su abuela lo abrazó con lágrimas en los ojos. Marco se sintió arropado por un peluche gigante, pues Carmen era una mujer entrada en carnes y se le antojaba muy mullida. Le pellizcó las mejillas y le plantó un montón de besos sonoros que casi lo dejaron sordo. El carmín de la mujer se le quedó en los mofletes cual pintura de guerra. Pedro, el abuelo, sonrió y Marco se alegró al ver que su sonrisa con superpoderes seguía allí. Se fijó en que sus brazos eran grandes y musculosos, para nada enclenques, y eso reforzó la teoría de que estaba cerca de ser un superhéroe. Lo abrazó con tanta fuerza que el niño se quejó, y Carmen también.

—Pedro, que lo vas a romper —dijo, y cogió a Marco de la mano echando a andar hacia la salida.

El abuelo los siguió de cerca, cargando con la maleta del niño.

—Mucha ropa llevas tú aquí —comentó—. Te sobraré la mitad. ¿No te ha contado tu padre que en Jaén hace mucho calor?

—Mamá lo decía. Que hacía tanto calor que se podía freír un huevo en la calle.

—Y es verdad —confirmando las palabras de su abuelo abandonaron la estación y una ráfaga de aire caliente les golpeó en la cara. A Marco le pareció que alguien había abierto la puerta del horno. La abuela le quitó el jersey y lo dejó en manga corta, asegurando que si no lo hacía «le saldrían chinches». Marco no sabía qué eran las chinches, pero por su tono no debían de ser nada bueno. Montaron por fin en el coche de los abuelos y el paisaje de la ciudad fue cambiando poco a poco, llenándose de hileras e hileras de árboles chatos cuyas hojas brillaban, a veces verdes, a veces de color plata. Eran tan perfectos y estaban ordenados con tal precisión que a Marco se le antojó que los habría puesto allí un gigante con sus propias manos.

—¿Qué son esos árboles? —preguntó el niño. La abuela, que conducía, respondió:

—Olivos.

—Olivos —repitió el niño, como si la palabra entrañase un misterio. — ¿Y por qué hay tantos?

—Aquí en Jaén son algo muy importante —indicó el abuelo.

—¿Importantes? ¿Por qué?

—En los olivos crecen las aceitunas y de estas se saca el aceite. Marco rememoró el sabor de las mismas en su boca.

—Me gustan. Papá las pone en la pizza.

—Donde esté un buen pan con aceite... —se quejó el abuelo.

El niño esperó que en aquella tierra extraña donde los árboles eran colocados por gigantes, conocieran la pizza y no tuviera que comer solo pan con aceite. Pegó la cara al cristal y observó el ir y venir del paisaje fijándose con atención en las casonas grandes que se emplazaban como bastiones en aquel mar de olivos. De vez en cuando se colaba también algún pueblo. El pequeño contemplaba las torres de sus iglesias y se imaginaba subido en ellas oteando el horizonte, recortado por las montañas de la sierra. Se preguntó cómo sería el de sus abuelos y si tendría también alguna torre. Cuando llegaron a él, encontró, fascinado, que no solo había una torre, sino que, además, coronando la parte más alta del pueblo, tenían un castillo. Uno de los de verdad, como los que había leído en sus cuentos de caballeros. Aquello encendió la imaginación del muchacho y se perdió en ella mientras enfilaban el camino estrecho de tierra que conducía a su destino.

Cuando el coche se detuvo, Marco bajó de él con ganas de curiosar.

No había ninguna casa más. Solo estaba la de sus abuelos, allí, en mitad de esos árboles que ya consideraba privilegiados. Animales que había visto

solo en la televisión campaban a sus anchas por el terreno: gallinas, patos, y un montón de perros corrieron a saludarles. Marco adivinó también los ojos entreabiertos de perezosos gatos que dormitaban a la sombra. Esquivó a los perros mientras su abuelo les regañaba y consiguió llegar a la casa, no sin antes recibir unos cuantos lametones a modo de saludo. Había una huerta a la derecha, llena de matas de tomates y pepinos grandes como calabazas. La entrada de la casa estaba custodiada por una gran higuera, según la llamó su abuelo, y en su porche había una parra de la que colgaban bolsas de plástico llenas de agua, que le explicaron estaban allí para ahuyentar a las avispas.

—Se reflejan en el agua y se ven tan grandes que eso las asusta —dijo el abuelo con cierto halo de misterio.

Marco se sintió hechizado. ¿Acaso había algo en aquel lugar que no entrañase magia?

La casa era pequeña y no tenía tantas cosas como la de su padre. Había algunos muebles un tanto viejos, una mesa redonda frente a los sofás adornada con unas faldillas de croché y una pequeña tele que en nada tenía que ver con la de su casa. Olía a leña y el interior estaba fresco y oscuro. Se sintió turbado por ello hasta que la abuela le explicó que así se mantenía alejado el calor. Marco se instaló en un dormitorio desde el que podía ver toda la huerta. Durante un rato, mientras la abuela sacaba la ropa de su maleta, se dedicó a observar el exterior y aunque no vio aquella piscina prometida por ninguna parte, se preguntó si después de comer podría salir a darse un chapuzón.

—Abuela, me quiero bañar en la alpargata.

Esta se detuvo por un momento y lo miró extrañado.

—¿La alpargata?

—Sí. La piscina con forma de zapato. Carmen no pudo aguantar la risa.

—Es una alberca, Marco. Y sí, te podrás bañar, pero por la tarde.



—Vale... —dijo él, esperando que llegase el momento, ansioso.

A la hora de comer, en la mesa había un plato de lentejas para cada uno y una fuente de tomates del huerto, a los que el abuelo regó bien con aceite de oliva. Marco nunca había visto nada tan brillante. Casi parecía oro. Y cuando los comió, se le antojó que no había nada que estuviera más rico. Las lentejas no le gustaban tanto, pero estaba hambriento después de un viaje tan largo.

—¿Te has quedado con hambre? —le preguntó la abuela cuando hubieron terminado. —¿Quieres que te fría un huevo o que te haga un canto?

El niño arrugó la nariz sin saber a qué se refería.

—¿Un canto?

—Mira. A tu madre le gustaba así —La abuela cogió uno de los moños del gran pan que había en la mesa y le sacó la miga de dentro. Después le echó aceite, un poco de tomate, un pellizco de sal, y se lo tendió. El niño lo cogió y le dio un bocado con algo de recelo. Entretanto, el abuelo puso un plato de aceitunas que en nada se parecían a la de los botes que compraba su padre. Estaban partidas por la mitad y tenían un verde precioso. Olían tan bien que daban ganas de comérselas todas.

—Coge una aceituna y la comes con el pan.

El niño hizo caso a sus abuelos y pronto supo que aquella sería su nueva comida favorita.

—Tu madre ponía esa misma cara de felicidad cuando era niña.

Tras las palabras de su abuela, Marco sonrió y contempló la foto de su madre que presidía el salón. Casi parecía que lo estuviera mirando y deseando cosas buenas para él. No obstante, aquella no fue la única vez que se reencontró con su madre porque cada vez que hacían algo nuevo, el abuelo o la abuela siempre decían:

«A tu madre le gustaba...»

Y Marco se sentía muy feliz porque era como volver a estar con ella.

Después de la comida, decidieron que era hora de dormir la siesta. Nunca la había dormido y no sabía cómo se hacía, pero pronto lo dejaron a solas en su cuarto, y dio vueltas y vueltas mientras oía los ronquidos del abuelo que dormitaba en el sofá.

Aburrido, se levantó y fue a la habitación de Carmen. Ella, en el duermevela, se sobresaltó al ver al nieto en la puerta.

—¿Qué pasa, Marco? —preguntó.

—Abuela, ¿puedo dormir la siesta contigo? —preguntó con voz tímida.

Ella sonrió y palmeó la cama, indicándole que se tumbase. El niño ocupó el lugar en esa cama grande y abrazó a su abuela. Estaba blandita y olía bien. Una vez más, fue como estar con su madre de nuevo, y durmió como hacía tiempo que no dormía.

Por la tarde, el abuelo le dio a Marco un viejo barco con el que Lidia solía jugar. Abrió el paso del riego y por las acequias corrió el agua. El niño dejó su navío preparado para ser arrastrado por la corriente y después lo siguió, divertido, hasta perderlo de vista y pudo, por fin, bañarse en la alberca. También jugó con los perros y los gatos y persiguió a las gallinas. Y, a la caída de la noche, cuando los grillos tomaron el relevo a las cigarras, cenó con sus abuelos en el porche pan con aceite, unas patatas aliñadas, gazpacho y una cosa a la que llamaron pipirrana y a la que imaginó croar, como a las ranas de los canales cercanos.

Los días siguientes no fueron menos divertidos: visitaron el castillo, recogieron tomates de la huerta, compraron dulces en el pueblo, montó a caballo en una finca cercana, hizo rosquillas con su abuela y conoció a algunos de los muchachos del pueblo con los que pasó ratos de juegos. Los abuelos incluso lo llevaron a ver dónde se molían las aceitunas para sacar el aceite que cada día alegraba su vida y sus tostadas. Comprobó, con gran felicidad, que su abuelo seguía teniendo el superpoder de quitarse

la sonrisa y que, por algún motivo extraño, la abuela ahora también lo hacía. Pensó que echaría de menos la televisión y a sus amigos; que a la vuelta sus vacaciones serían aburridas en comparación a las de ellos; y se había equivocado. Nunca lo había pasado tan bien y cada vez que su padre lo llamaba, tenía cientos de cosas nuevas que contarle.

Una tarde el abuelo montó a Marco en el tractor para darle un paseo entre los olivos. El niño se sentía invencible subido en aquella máquina. Le gustaba ese traqueteo y esa perspectiva del terreno. Era como volar. De repente, atisbó un grupo de personas entre los árboles, que miraban con atención a un hombre que no dejaba de hablar.

—¿Por qué hay gente entre los olivos escuchando a un señor?

—Son turistas, Marco. Han venido a conocerlos. Ya te dije que en Jaén son algo muy importante.

—Ojalá pudiera serlo yo también. Todo el mundo los quiere.

—Lo eres. Para papá y para tus abuelos, y también para mamá, aunque ya no esté.

—¿Quieres que te cuente una cosa, abuelo? Creo que mamá no se ha ido al cielo, como dice papá.

Aquello preocupó a Pedro.

—Ah, ¿no?

El niño sonrió entonces alejando su inquietud.

—Creo que está aquí, con vosotros. Jugando otra vez como cuando era pequeña. Estar aquí ha sido como estar con ella otra vez.

Al abuelo Pedro se le hizo un nudo en la garganta y las lágrimas afloraron en sus ojos. Le pasaba algo parecido, sentía más cerca a su hija cuando Marco estaba allí. Estiró la mano y la puso en el hombro de su nieto.

—Ojalá papá y yo pudiéramos venir a vivir aquí —dijo Marco cogiendo la mano de su abuelo y apretándola con cariño. Los días de verano pronto acabarían y volver a casa lo entristecía. El abuelo se sentía igual.

—Ojalá. Aunque me temo que eso no será posible, puedes venir siempre que quieras.

—Todos los veranos —declaró Marco, convencido de ello.

—Todos los veranos —repitió su abuelo con una gran sonrisa en el rostro — ¿Volvemos a casa?

—Sí. La abuela me ha prometido pan con aceite y azúcar para merendar.

—Sabes más que los ratones *coloraos* —le dijo el abuelo con un guiño que fue correspondido.

Aquel fue el mejor verano de sus vidas; aunque no el único, pues compartirían muchos más.



# Origen

Francisco Javier Yuste Córdoba

El tridente de Poseidón, dios de los mares y los terremotos, se alzó en el aire y, fieramente, se hundió en el suelo de donde de inmediato brotó un manantial de agua salada. Palas Atenea, la diosa de la sabiduría, no se inmutó, se bajó la visera de su casco de guerra, asió su escudo de oro, empuñó con decisión su lanza y la hincó a sus pies creando una profunda grieta. Inmediatamente, una pequeña planta surgió de ella y se desarrolló rápidamente hasta transformarse en el primer olivo. El rey de aquellas tierras y árbitro de la disputa no tuvo dudas y concedió la victoria a la diosa para agradecer el enorme valor del don concedido. En consecuencia, y para que quedase constancia hasta el final de los tiempos, se decretó que la ciudad por la que las deidades habían porfiado a partir de ahora se llamaría Atenas.

«Un bonito mito que describía el nacimiento legendario de la milenaria capital griega y, por ende, de la cultura del olivo, germen de las civilizaciones que surgieron en el Mediterráneo», se dijo mientras contemplaba la supuesta huella que el tridente del dios del mar había dejado en la acrópolis de Atenas. Dicho vestigio se encontraba en medio de los restos de un templo, cuyas ruinas todavía conservaban la magnificencia y belleza que un día poseyó.

Mientras recorría con la vista los derruidos muros, leyó en la guía turística que aquí yacía el templo más sagrado de Atenas construido sobre la tumba de su mítico primer rey, aquel que otorgó la victoria a Atenea y, en cuyo recinto, aún persistían los resultados de aquel combate. Además de la oquedad donde supuestamente brotó el manantial de agua salada, a su lado un olivo había sido plantado en el lugar donde se suponía que había nacido el primero de su especie, el regalo de la divinidad. Miró a su alrededor. Las estilizadas siluetas de las cariátides sostenían grácilmente una cornisa en una esquina del templo y, a poca distancia, se alzaban los restos del Partenón, majestuosos, dignos, desgastados por el peso implacable de la Historia. En uno de sus frontones, ahora en un museo lejano, alguien esculpió pacientemente, con maestría y en detalle, el duelo divino. En una escena, sobrecogedora por su realismo, los dos protagonistas se retaban frente a frente flanqueados por caballos encabritados. Atenea, magnífica con su casco y su peto, alzaba su escudo y su lanza mientras a su vera Poseidón se disponía a empuñar el tridente, mostrando todo su poder y majestad. A los lados, multitud de figuras se estremecían ante la batalla y en medio de ellos se alzaba la dádiva otorgada por la triunfadora, el olivo.

Aquel escenario, en la cima de Atenas, era sobrecogedor. Pisaba las mismas piedras por los que antes habían paseado Pericles, Sócrates, Platón, Aristóteles...y tantos otros nombres que aparecían en los libros históricos. Sintió una ligera brisa en la cara, que parecía trasportar los murmullos de ellos, de sus cuitas, de la misma esencia de la Historia. Columnas rotas, aunque orgullosamente erguidas; frisos derrumbados, pero conservando su belleza atemporal; muros semiderruidos, pero transmitiendo vigor y fortaleza... allí estaban los cimientos de la civilización occidental.

Volvió sus ojos de nuevo al árbol cuyas ramas se alzaban orgullosas sobre los restos de un muro. Quizás, las raíces del olivo primigenio estuvieran todavía por las hendiduras de los cimientos como mudos testigos de los antiguos tiempos. Si no hubiera sido por los avatares de la Historia, aún estaría todavía en pie, como una reliquia venerable, ya que era sabido que muchos olivos superaban el milenio de existencia. Había que reconocer que era una bella leyenda para escenificar el nacimiento de

la cultura mediterránea. En este lugar sagrado se conjugaban la leyenda y la realidad. Con razón, en la Antigüedad los sacerdotes y reyes eran ungidos con un aceite sagrado, pues era un don divino.

Rememoró de nuevo su última relación con el mundo de los olivos, hacía solo un par de semanas. El día aquel que decidió evadirse de los nubarrones y tormentas que, últimamente, encontraba con más frecuencia de lo deseable. Notaba que había que dejar atrás los agobios y premuras, los problemas y ansiedades y las desilusiones personales. Tenía ahora la oportunidad inmejorable para disfrutar de unos días de asueto y decidió darse un respiro diferente. Nada menos que toda una señora escapada de oleoturismo con catas incluidas, al estilo de aquella película tan famosa de hace unos años, pero sustituyendo el vino por el aceite.

Los olivares de Jaén era su destino y allí se encontraba, expectante, en un día soleado y agradable. Las hileras de olivos se extendían ordenadas en líneas regulares hacia el horizonte, cubriendo todo el paisaje y allí, entre ellos, empezó a sentir esa paz y tranquilidad que poetas y poetisas de todas las épocas habían cantado y alabado. A tenor de esa calma, no era de extrañar que se dijese que nada más llegar a tierra después del Diluvio Universal, una paloma llevara en su pico una rama de olivo a Noé. Mares, océanos de olivos se extendían por doquier dando lugar a un paisaje impresionante.

El programa de la jornada era prometedor y empezó con el día a día de una almazara. Primero se digirieron hacia las hileras interminables de olivares para ver y aprender la recogida de las aceitunas en vivo. El primer paso era la recogida del fruto y se les mostraron los métodos más usuales como el vareo manual o mecánico, que agitaba cuidadosamente las ramas hasta que desprendían su preciosa carga la cual caía en las mallas extendidas al pie de los árboles. Pero aquellos frutos destinados a los aceites más escogidos necesitaban de una recogida especial, a mano, a fin de que las olivas no sufrieran el más mínimo arañazo. Se admiró cómo un proceso, aparentemente tan sencillo, podía ser todo un compendio de perfección y arte.

Posteriormente, pasaron a las instalaciones donde se efectuaban los distintos procesos de fabricación del aceite: el molturado y batido de las aceitunas, su centrifugación y posterior decantación. Vieron, aprendieron y sintieron todas las sensaciones de formar parte de una tradición milenaria que, aunque se hubiera modernizado, aún transmitía un aura de venerabilidad y conocimiento enriquecida generación tras generación. Como resultado final, surgía el nacimiento de un torrente de oro líquido, espeso, oloroso, brillante; la esencia vital de toda una tierra.

El programa continuaba con una excursión por la tarde, pero antes se ofrecía la participación en un taller de cata, en el que degustaron diversas variedades de aceites, a cada cual más sublime. En paneles de dos fueron descubriendo los diversos matices y aromas. Los atributos afrutados, amargos, picantes, la diferencia entre los aceites buenos, mejores y excelentes. A través de las sucesivas degustaciones, se adentraron en una constelación de sensaciones y sabores que se conjuntaban para crear una obra de arte líquida, un espejo de una forma y un estilo de vida.

Y allí entre los olivares, imbuyéndose por todas las sensaciones que le transmitía ese lugar, se sintió parte de la cultura del olivo, una historia milenaria que se remontaba casi a los albores de la civilización en el Mediterráneo. Una forma de vivir nacida entre leyendas mitológicas de la antigua Grecia, ya que se consideraba un regalo de los mismísimos dioses; una dádiva para la Humanidad. En las charlas de esta visita turística fue donde conoció la leyenda de la creación del olivo, en el suelo sagrado de la Acrópolis, la simiente, el origen de todo. Pero también en esos mares verdes de Jaén se gestó algo más, otro origen, el nacimiento de una nueva ilusión.

Volvió de nuevo al presente y allí estaba, iluminado por la claridad de los rayos del sol poniente, mientras se iban tiñendo de anaranjado las siluetas de las cariátides, recortadas sobre el horizonte y las ramas del olivo que recordaba aquella disputa, el origen, el regalo de la diosa para la Humanidad. Desde que cambió su vida en los olivares jienenses había tenido la sensación imperiosa de hollar el suelo de la Acrópolis, de viajar desde el presente hacia el sitio donde el mito se confundía con la realidad.

Contemplando el ocaso, sintió la mano que apretaba la suya mientras un ligero viento agitaba las ramas del árbol y sonrió.

La puesta de sol sobre Atenas, a la vera del Partenón, era magnífica, majestuosa, no sabría decir si mejor o peor que otras sensaciones increíbles que había tenido la fortuna de presenciar. Se vio de nuevo remontando las cataratas del Nilo hasta vislumbrar las pequeñas, pero venerables pirámides de Meroe refulgiendo al sol del desierto. Una vez más, caminaba por Laponia para deleitarse ante el cielo nocturno en llamas más allá del círculo polar ártico. Otra vez estaba en los acantilados de Moher, en Irlanda, mientras las olas rugían y se abalanzaban implacables sobre las rocas.

Ninguno de todos aquellos portentos se podía comparar a lo que sintió cuando algo empezó hace dos semanas, otro origen, un comienzo de una nueva e ilusionante vida. Y se recordó allí, mientras la brisa del atardecer agitaba suavemente las ramas de los olivos que, como mudos testigos, parecían dar su aprobación. El sol ya había pasado de su cénit y se encaminaba a su ocaso.

Todas aquellas maravillas que había tenido la suerte de contemplar anteriormente no podían compararse a aquel momento, a aquel instante al ver como la luz del sol poniente caía como oro pálido, como un aceite etéreo sobre el mar de olivos, reverberando con destellos esmeraldas y reflejándose en aquellos ojos.



# Huesos de Aceituna

Pedro Leonardo Sánchez Ramírez

Elaia había cultivado un vicio exquisito. Más que vicio, una fascinación por salir muy temprano a la terraza de la casa para respirar el primer viento de la mañana. Mientras todos se dedicaban al sueño, ella se escabullía por los pasillos sin hacer ruido. Abría despacito la puerta que conducía a aquel lugar y, una vez apoyada en el barandal de piedra, respiraba el aroma a tierra mojada y de campo abierto. Desde esa altura, la plantación de olivos parecía una alfombra verde que se extendía hasta desaparecer en el horizonte, pero aquella supuesta infinitud era pequeña comparada a la labor que la niña le encomendaba: en la media hora en la cual se enfrentaba sola al paisaje, Elaia sacaba a pasear su imaginación sin que nada ni nadie la interrumpiese. La finca se transformaba en un mundo y aquella alfombra que el bosque regalaba aparecía como un océano, una ciudad o un reino muy lejano.

Aquel día, se había despertado más temprano de lo normal. Si bien, había decidido esperar a su hora habitual, ganada por la ansiedad y sin poder volver a conciliar el sueño, se levantó para realizar su ritual antes de tiempo. Siguió todos los protocolos que su experiencia le había enseñado para evitar despertar a sus padres; sin embargo, cuando llegó a la puertita que le conducía a su juego secreto, encontró que su puesto había sido robado: ahí, fumando y comiendo aceitunas, se hallaba su padre contemplando el mismo horizonte que a ella la encantaba. Decidió

volver a su cama hasta que fuese su turno para usar el balcón, pero antes de que pudiera dar la vuelta hacia su cuarto, su padre la descubrió entre la oscuridad.

— ¿No puedes dormir? —preguntó mientras abría amablemente la puerta.

—No —contestó la niña ocultando su frustración.

La luna iluminaba la alfombra y esta se hacía más extensa gracias a la noche. Varias diferencias llevaban a Elaia a considerar que aquel paisaje no era el suyo, pero el más obvio era el color: la vegetación tenía de vestido un azul brillante que contrastaba perfectamente con los azulejos morados que adornaban la terraza. Celosa del placentero descubrimiento que aquel «nuevo mundo» entregaba, optó por enfrentarse al ladrón de tan preciado hallazgo.

—Has robado mi lugar —dijo a su padre.

El señor Zeyit se sorprendió frente a la acusación de su hija; luego, sonrió. Aquel puesto había sido suyo desde muy joven. Cada día, antes de que la noche terminase, se levantaba para fumar y comer aceitunas. Dicha tradición tenía por objetivo meditar sobre la vida y los problemas del día a día, el despejar su mente un rato antes de volverse a enfrentar a la rutina. Aquella soledad en la cual se enfrascaba era tan reconfortante que se mostraba como un alivio mundano. Libre de todas las obligaciones, podía ver objetivamente la realidad y, para cuando regresaba al caos del sol y del trabajo, ya tenía las soluciones preparadas o, por lo menos, pensadas. Pero, la queja de su hija era real, por lo tanto, cayó en cuenta de que aquel rincón tan suyo había estado siendo compartido secretamente. Padre e hija se habían estado cruzando a diferentes horas de la noche para hacer suyo aquel paisaje.

—¿Quieres unas aceitunas? —propuso a manera de tregua. La niña aceptó inmediatamente.

—Has robado mi lugar. —Volvió a reclamar mientras alzaba una y la dirigía a su boca. El señor Zeyit sonrió al reclamo como si fuera un obsequio.

—¿Quieres saber quién fue el primero en plantar un olivo? —preguntó. Aquel pequeño encuentro había sido suficiente para convencerlo de entregar a su hija la historia familiar. Elaiano contestó, buscaba un lugar donde botar la pepa de la aceituna.

—Toma —dijo, pasándole un envase.

—Si vas a venir aquí a comer aceitunas, tienes que planear donde poner los huesos —dijo el padre mientras la niña escupía dentro del envase de cristal.

—¿Quién fue? —preguntó Elaia comprendiendo que había cortado la inspiración de su padre.

—Tu abuelo —mintió el señor Zeyit.

Mintió, no porque quisiera hacerlo, sino porque así siempre fueron las cosas. El padre del señor Zeyit también había dicho que era el abuelo, quien, con el regalo de una semilla, había comenzado la plantación; a él, de la misma manera y así sucesivamente hasta que el origen se hizo difuso e inalcanzable. Por lo tanto, «el abuelo» era una figura sin contornos ni límites. Un ser entre mítico y real. Era una criatura de naturaleza etérea y al mismo tiempo fundamental para la realidad porque también era la sangre, aquel primer río o primer caudal; en otras palabras, tenía que haber existido para que ellos existieran. «El abuelo», como origen de aquel lugar, compartía la capacidad de hacerse infinito, de ser un espacio en donde pudiera habitar cualquier imaginación sin importar lo grande que esta fuese.

Cuando el señor Zeyit dio la autoría del origen a su padre mintió, pero, al mismo tiempo, no lo hizo, dado que su misión era la de contar la historia de su familia y, al ubicar aquel primer motor, sabía que también estaba entregando la vida de cuantos humanos habían cuidado y trabajado en aquel terreno. Regalaba, con aquella mentira, una forma de vivir, los

valores bajo los cuales su hija debía manejarse en esa tierra y lo sagrado de aquel cultivo. Ahora que el señor Zeyit tenía la responsabilidad de narrar todo aquello, recordaba con precisión las palabras de su padre: «Tu abuelo fue un hombre sencillo. Hablador por naturaleza, con un gusto por el cigarro nunca antes visto. Era humilde en su forma de vestir y no por ello, menos elegante que los príncipes y reyes. Llevaba un sombrero de ala larga para que el sol no le secase los sesos y siempre cargaba consigo un cuaderno para que ninguna idea se le fuera a escapar. Gustaba de las aventuras y de los paseos, por ello nunca se establecía en un solo lugar. Y tan grande fue su peregrinaje que de apodo lo llamaron «El viajero».

Fue en una de aquellas travesías donde nació nuestra familia. Tu abuelo se encontraba en una tierra desconocida, lejos de los mapas y de los atlas. Había llegado hasta allí caminando durante quince días sin dormir ni descansar, de ahí que seamos tan resistentes. Hallando una pequeña aldea a las laderas de un río, decidió quedarse en aquel pueblo para reabastecer las fuerzas y las provisiones porque aquel lugar no era el objetivo de tu abuelo. Él siempre miró las estrellas y las encontró demasiado cercanas. ¿Hasta dónde llegaba su ambición? No sabría decirte, pero sé que en nosotros aún vive mucho de aquello.

Dado que no tenía dinero, acampó en las orillas del río sin escuchar las advertencias de los pobladores. Verás, los habitantes de aquel lugar sabían que el río estaba custodiado por una diosa que había atormentado al pueblo durante siglos y, quien se acercase a su territorio, siempre terminaba ahogado.

Tu abuelo, haciendo oídos sordos –porque hay que reconocer que era terco como una mula– pasó la tarde alistando un lugar donde dormir y, cuando la noche se presentó, se dio al sueño. En cuanto oscureció, empezó a escuchar sonidos extraños y cantos de otro mundo, tu abuelo era un gran soñador, por lo tanto, apenas cerró los ojos, no hubo forma de despertarlo.

Ante el asombro de todos, tu abuelo hizo, con tranquilidad, de ese lugar, su lecho durante seis días seguidos. Fue el último de esos días, cuando se le apareció la diosa antes de que empiece a dormir.

Todavía cenaba al borde de la fogata, aunque ya bostezaba, los párpados, a punto de cerrarse, peleando con su hambre; finalmente, al día siguiente volvería a partir en viaje. De repente, del agua salió una hermosa muchacha de bellos y exóticos rasgos, se notaba a primera vista que no pertenecía a este mundo. Tu abuelo, tan propenso a la charla, la invitó a que lo acompañase entregándole mitad del pescado que había atrapado, discutieron y charlaron gran parte de la noche. Cuando la diosa se dio cuenta de que vería sus planes nuevamente frustrados, lanzó un hechizo. Si tu abuelo no lograba entretenerla lo suficiente para satisfacer una vida, fallecería ahogado en su río; sin embargo, si lograba aquel cometido, ella le regalaría la semilla de un árbol cuya cosecha daría oro.

Tu abuelo, ingenioso y sabio por los viajes y las aventuras le hizo una contrapropuesta: le pidió que lo acompañase en su viaje y si después de la travesía quedaba insatisfecha, con gusto daría su vida al río.

Dado que el hechizo debía cumplirse, a la diosa no le quedó otra que aceptar la propuesta y, al día siguiente, ambos partieron en viaje y el pueblo, agradecido, le regaló un vasto terreno en donde pudiera volver cada vez que necesitase descanso...»

El cuento continuaba, pero Elaia no se acordaba del resto. Había pasado un par de años desde la muerte de su padre y, de vez en cuando, el recuerdo de aquella conversación le quitaba el sueño. Siempre regresaba a él de manera dulce y, por eso, el hecho de que la parte final de la historia se le mostrase borrosa dolía aún más.

Había heredado del señor Zeyit el amor por las aceitunas en la madrugada y la capacidad de acabar con dos cajetillas de cigarrillos en un solo día. Durante los últimos años de su padre, lo había acompañado en la cama del hospital y, al final, en su cuarto dentro de la casa de la finca, siempre con chistes y narraciones fantásticas, tan propias de su naturaleza. Elaia sabía que su padre había sido feliz en vida y que lejos de que esta le cobrase factura, lo había festejado. Tenía certeza de eso porque no fue una lesión pulmonar lo que se lo había llevado —tal y como se podría sospechar—, sino fue aquella mala costumbre humana de morir.

Ahora, dos años después del entierro, el olvido de aquel cuento la había llevado al desvelo.

¿Cómo diablos terminaba? Se preguntaba fumando un cigarrillo tras otro en el balcón de la casa antigua. Había regresado a ella poco después de que su padre falleciera. En primer lugar, para encargarse del negocio familiar y, en segundo, para cuidar a su madre que, con la pena del luto, había decidido envejecer más rápido de lo previsto.

Su madre sufría de aquel mal hábito de los amantes que, al haber compartido una vida, deciden acompañarse en la muerte y, por algún acto misterioso, se les concede el deseo. Por eso, a Elaia no le molestaba la condición de su madre y se dedicaba a contemplarla como quien intenta apresar un momento para siempre. Hacía uso de su memoria, como aparato de conservación, como si fuera una cámara fotográfica con la cual pudiera mantener la imagen de aquella señora dentro de la carne y de los huesos. En otras palabras, Elaia disfrutaba de manera honesta la compañía de su madre, sabiendo además que dentro de muy poco la perdería.

Tal vez por eso, ese día le era necesario, hasta casi vital se podría decir, acordarse de la historia de su abuelo y de la diosa, de todas las aventuras que habían pasado juntos hasta el momento en el cual ella decidió enseñarle a crear el oro líquido de la fruta de aquel árbol. Tal vez por eso, mientras contemplaba la noche consumiendo aceitunas y respirando humo, pedía a su mente un último empujón que iluminase aquel recuerdo tan potente de su infancia.

La luna, en un acto nostálgico quizás, volvió a pintar el paisaje con la misma paleta que décadas atrás había usado, cuando conmovida por la reunión de padre e hija, decidió lucir su mejor brillo. La luz volvió a vestir a aquel olivar de azul y el perfume a tierra mojada resurgió para complementar aquel vestuario nocturno y elegante. Entonces, con ternura, regresó al paseo de la imaginación por aquellas encantadas tierras; qué lindo era saber que el mundo aún aparecía maravilloso y todavía podía ser amable con ella. Qué hermoso el tener aquel espacio en los pies y poder meditar, pasear la mente y recordar. Sí, recordar, verbo que, si a uno se le da por ponerse platónico, está emparentado con el descubrir.

Contemplar aquel jardín infinito era volver a descubrirlo, rehacerlo suyo, tan próximo a su alma, pudiendo conmovérsela de manera honesta, como cuando de niña, se emocionaba por cualquier nuevo libro. Tal vez por eso, podía inventar en aquel paisaje historias que complacieron a su espíritu, es decir, podía ser egoísta dentro de aquel azul brillante. Podía inventar porque aquel verbo es necesariamente y etimológicamente sinónimo al de descubrir y descubrir era el pariente perfecto del recuerdo.

Todo aquello, quizás de manera inocente, sucedía dentro de la cabeza de Elaia; no por nada había estudiado literatura en la universidad. Un sonido mudo rompió aquella meditación que había consumido tres cigarros al hilo. Olivia, su hija de ocho años, parada detrás de la puerta que llevaba al balcón, la observaba como queriendo llamar su atención solamente con la mirada, talento que se tiene durante la infancia y que luego se va perdiendo junto con los demás atributos fantásticos de la niñez.

—¿No puedes dormir? —preguntó Elaia abriendo amablemente la puerta.

—No —dijo la niña saliendo al balcón. —La abuela está tosiendo mucho.

—No te preocupes —consoló la madre. Luego, abrió un espacio dentro de la baranda para que la niña la acompañara en aquella contemplación.

—¿Puedo? —preguntó la nena, observando el pocillo lleno de aceitunas.

—Sírvete —dijo la madre acercando una a la boca de su hija. Entonces, se abrió cierta claridad en su mente y supo la continuación de la historia de su familia —Pon aquí los huesos de la aceituna —dijo mostrando el pequeño recipiente de vidrio. —¿Quieres saber quién fue el primero en plantar un árbol en la finca? —preguntó.



# El guardián del olivo

Julio Navarro Carmona

Un amor contrariado le robaba horas de sueño en las últimas semanas. Veintinueve días sin él y aún acudían a su cita nocturna algunas lágrimas furtivas que se dejaban escapar, serpenteando entre las pecas de su rostro, llevándose recuerdos hasta morir en el mar de su cuello liso y tostado por el sol. Si se equiparaba al protagonista de la canción de Joaquín Sabina, todavía le quedaba una odisea de noches en blanco con pensamientos de desamor que ascendían como plegarias hasta el techo de su dormitorio para desvanecerse en la oscuridad.

Aunia busca a tientas el teléfono móvil que descansa sobre la mesita de noche, junto a una novela de William Faulkner, *Luz de Agosto*. Las tres y veinticinco de la madrugada. Resopla. No puede evitar abrir la aplicación de WhatsApp y buscar el nombre de Jadar. Siente un pinchazo en la boca del estómago al verlo en línea y se pregunta si estará haciendo lo mismo que ella. La curiosidad revolotea un momento a su alrededor. Lo encuentra algo más delgado en la nueva foto del perfil y trata de buscarle algún defecto, pero tiene que reconocer que aún le siguen atrayendo esos rasgos que la enamoraron: los ojos de diferente color, los labios gruesos siempre prestos a besarla, el pelo ensortijado y esa expresión al sonreír que le hacen parecer ingenuo. Sin serlo.

«Infel de mierda.», piensa irritada mientras cierra la aplicación. Las imágenes de él en la cama con aquella chica la asaltaban como corsarios, en cualquier momento, sin piedad, asestando puñaladas de sicario en el órgano vital que más le dolía. Dos años de felicidad truncada. No quiere darle más vueltas, al menos por esta noche. La arqueóloga trata de ordenar en su mente la agenda que le espera en apenas unas horas.

Habían descubierto una tumba íbera de dos mil años de antigüedad. A la mañana siguiente procederían, por fin, a su excavación y exhumación. Era algo excitante pensar lo que encontrarían. Las teorías eran halagüeñas.

El dueño de la finca donde apareció la sepultura la había llamado esa misma tarde por teléfono, por quinta vez consecutiva. Pesado. Tuvo que cogerlo. Insistía en tener una entrevista a solas con ella para prevenirla de que el olivo milenario que colindaba con el sepulcro no sufriese daño alguno. Ya se lo había manifestado, incluso redactaron una especie de contrato para tal fin y hasta estaría presente en todo el proceso, pero perseveraba en su idea de verla. No lo llegaba a entender, pero accedió a entrevistarse con él una hora antes de que comenzara su jornada laboral para que se quedase tranquilo otra vez más y, de paso, darle las gracias por colaborar. No quería que pusiese trabas en ese descubrimiento.

Un sueño plácido va ganándole la partida a las preocupaciones y pensamientos, hasta finalizar vencedor.

Se despierta alterada, pensando que el despertador no ha cumplido su función. La luz de la pantalla del móvil da cierta vida a la habitación en penumbra y entornando los ojos lanza un suspiro de alivio. No se ha dormido. Aún queda una hora para que suene el tañido característico del reloj, pero sabe que no podrá dormir más. Se levanta y hace su rito diario de abluciones matutinas.

Con el pelo húmedo, en albornoz y perfumada con fragancias frutales, se prepara un café bien cargado y una tostada regada con el aceite que dan los olivos que le legó en propiedad su padre. Le encantan esos aromas matinales que conquistan la estancia, sobre todo, el del pan caliente. Mientras da pequeños bocados degustándolos sin prisa, piensa que el oro líquido ha estado integrado en su vida desde que tiene uso de razón, como

si fuese uno más de la familia; igual que la cultura del olivar, inculcada, sobre todo, por su progenitor. Le gusta trabajar en sus olivos. Junto a la cuadrilla que contrataba cada año para la recolección vareaba como le había enseñado su padre, peinando las ramas y buscando la salida de ellas para no hacerles daño. También se echaba la sopladora a las espaldas o acarreaba espuertas. Nada le pesaba. Una vez terminada la cosecha, los fines de semana y algunas tardes, cogía la pequeña motosierra y podaba recordando las nociones del abuelo para después apilar el ramón en el centro de la camada y prenderle fuego. Poseía un viejo tractor que compró de segunda mano junto a algunos aperos de labranza. Ella curaba, abonaba y pasaba los ganchos. En verano eliminaba pestugas y revisaba goteros.

Reconoce que le encantaría dedicarse exclusivamente a su olivar, pero no tiene los suficientes olivos como para ganarse la vida con ellos.

La arqueóloga termina de lavar el plato donde se ha servido la tostada, también el vaso que aún mantiene el calor del café y, aunque piensa que es demasiado pronto para partir a su trabajo, no puede aguantar más la espera y se pone la ropa de trabajo. Sale de su casa. Un hormiguelo se ha instalado en la boca de su estómago por la incertidumbre de lo que encontrarán en el sepulcro.

La carretera que lleva al yacimiento arqueológico de Cástulo es algo estrecha y serpentea entre un mar de olivos, su vehículo parece un pequeño velero navegando entre ellos.

Unos metros antes de llegar a las puertas del yacimiento, la carretera se bifurca. La de la derecha te lleva a la antigua urbe y en la puerta, pese a la hora, ya esperan algunos trabajadores contratados y otros tantos voluntarios junto a los componentes de un grupo de teatro caracterizados con ropa íbera, romana y cartaginesa para representar algunas escenas de la época dentro de la antiquísima metrópoli. Los visitantes agradecen la sorpresa del teatrillo. Ella sigue por la izquierda, pero toca el claxon al pasar y saluda con la mano. Al reconocerla le dedican un «buenos días» casi a gritos. Cantos musicales de chicos y chicas, jóvenes en su mayoría, que surcan la mañana soleada. Los conoce a todos. Se siente querida y agradecida mientras avanza y el murmullo de voces y risas se acalla.

La tumba descubierta no se encuentra dentro de la antigua ciudad amurallada, sino fuera, relativamente cercana a sus muros, bajo las ramas de un olivo milenario que había aparecido en varias revistas por su longevidad inusual, entre ellas el *National Geographic*. Aparca su vehículo en un claro, apenas a unos veinte metros de la tumba y se dirige hasta ella. No hay nadie aún y mira el aparato que domina nuestras vidas encadenado a la muñeca. Todavía falta una hora y cuarto para que aparezcan los compañeros y quince minutos para entrevistarse con el pesado. Desde detrás del olivo milenario aparece la figura espigada del propietario portando un bolso térmico, Aunia imagina el agua fresca en su interior y lo observa bien mientras se acerca. Hay algo en él que no le gusta desde que lo conoció.

Tras los saludos de rigor y una charla corta y superficial, el propietario le cuenta la historia de ese olivo milenario sin que nadie se lo pida.

«¿Sabías que el apóstol Santiago trajo a España aceitunas del huerto de Getsemaní? Del olivo donde Jesús oró por última vez antes de ser arrestado. Un antepasado mío, seguidor del discípulo, fue obsequiado con tres de ellas. Guardó sus huesos y los plantó aquí, utilizando las técnicas de germinación de la época. Los tres olivos crecieron con vigor, pero dos de ellos ya no existen. Uno sirvió de leña para calentar a unos salteadores de caminos que en el siglo XV se refugiaron en la desaparecida ciudad de Cástulo. El segundo ardió a principios del siglo XIX, en la guerra de la independencia, junto a la casa que existía pegada a sus ramas. Fue la venganza de un grupo de militares franceses en respuesta al asesinato de unos compañeros de armas. El tercero aguanta estoicamente. Dicen que para que viva tantos años necesita regarse con la sangre de un sacrificio humano, pero... no creas eso. Pertenece a mentes fértiles en fantasías. Lo único cierto es que este olivo ha sido de mis antepasados desde su nacimiento y quiero legarlo a mis sucesores en el mismo estado que me lo entregaron».

—¿No vienen los compañeros? —se interesa el propietario cuando termina el relato. Aunia parpadea rápido y seguido. La arqueóloga no cree nada de lo que acaba de escuchar.

—Aún falta una hora para que aparezcan. He venido temprano porque habíamos quedado usted y yo y, sobre todo, porque no podía dormir pensando en el hallazgo.

—Eso es vocación —contesta el propietario con el rostro sonriente.

—Le esperaba algo más tarde. Veo que usted también ha madrugado.

—¡Oh! Tutéame, por favor, Aunia. Sí, yo tampoco podía dormir. Además, tenía que venir a cambiar el sector de riego, amén de cuidar de este olivo milenario, pero, en verdad, quería entrevistarme contigo porque existe otra tumba y quiero que la veas y seas tú quien se lleve el mérito de descubrirla.

La arqueóloga abre los ojos de par en par. ¿Otra tumba? ¿Y quería que fuese ella quién se llevase los honores de encontrarla?, aunque no pensó en esto último. El que existiera otra captó toda su atención. Lo desconocía y su imaginación tomó vuelo.

En ese momento, el hombre abre el bolso y extrajo un par de botellas azules, de agua fresca. Le ofrece una a la arqueóloga y ella la acepta mientras están de acuerdo en que será un día caluroso. Aunia, cuando termina de beber, sin preámbulos, le dice que quiere ver la nueva sepultura.

El propietario le pide paciencia, debe ausentarse un momento para que otros olivos reciban el agua por goteo. Tan solo tiene que abrir una llave y cerrar otra. En diez minutos volverá, le dice mientras se aleja. Una tormenta de verano había dejado al descubierto la fosa junto al olivo longevo, un pequeño socavón en la tierra de un metro aproximadamente. Aunia, mientras espera, se acerca a ella, pero comienza a sentirse mal, mareada. Lo achaca a los vértigos que sufre a menudo y los maldice por aparecer en este día. Observa el asiento natural del tronco viejo y retorcido del olivo vetusto y piensa en ir hasta él para sentarse y descansar un momento, pero no puede evitar trastabillar en el camino por culpa de unas piedras que parecen nacer del suelo como malas hierbas y que no ve, al punto de creer que caerá de bruces, pero unas manos la sujetan justo en el momento de la inminente caída. Se ve atrapada entre unos brazos conocidos. Es Jadar, vestido con ropa íbera.

Se sorprende y las mariposas de su interior revolotean alteradas. Aquellos ojos de distinto color la observan y brillan como cuando le regalaba palabras cargadas de amor en las noches pretéritas y felices de pasión desbocada. Sigue enamorada, pese a todo.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba. Gracias, ha faltado poco para caer. —dijo, separándose de sus brazos en un gesto inconsciente y tratando de utilizar un tono neutro que camuflara sus verdaderos sentimientos. Algo muy humano, pero sin conseguirlo en realidad.

—Te estaba esperando.

Aunia no tenía conocimiento de que se hubiese incorporado a la compañía de teatro, ni sabía de sus dotes como intérprete. Tuvo que reconocer que la túnica le sentaba genial ajustada al talle por un cinturón ancho. Los músculos de sus brazos y piernas relucían morenos por el verano, pero lo que más le llamó la atención fue que tuviese el detalle de formar parte del grupo teatral, sin duda por estar cercano a ella. Un gesto para resarcirse del mal causado. «Te estaba esperando» esas palabras resuenan en su cabeza y, junto a la manera de mirarla, la dejan tocada. Confusa.

No sabe el motivo, pero agacha la cabeza y, con ella, las murallas construidas, dejándose arrastrar por una fuerza invisible que le hace olvidar el dolor provocado. Jadar, con los brazos y las manos en posición de ofrenda, avanza un paso y la vuelve a abrazar. Ella es un bote a merced de las olas. Sus labios la buscan y ella se abandona. Bajo el olivo milenario hacen el amor.

Una vez saciado el hambre del cuerpo y del corazón, quizás también el del alma, Aunia apoya el rostro sobre el pecho de su amante y llora en silencio, hasta que la vence un cansancio infinito y sus ojos se cierran para entrar en el reino de Morfeo, donde suele encontrar paz.

Sueña que recolecta la aceituna de ese olivo milenario como se hacía antiguamente, ordeñando sus ramas con las manos para no hacerle daño y recogiendo, una a una, las que descansan en el suelo, sobre el ruedo. Las espuelas de esparto se agrupan en mitad de la camada llenas de aceitunas negras y brillantes bajo un sol espléndido, esperando ser car-

gadas en una carreta de madera tirada por una mula torda con aspecto de hastío infinito y que parece no interesarle nada de lo que ocurre a su alrededor. Siente paz y se ve envuelta por una sensación de protección que no recordaba desde su infancia, pero todo eso se esfuma al ver que el carretero es el dueño del olivo. Apoyado en el estribo la observa con esa mirada huera que no le gusta a Aunia y que no sabe interpretar, pero que la incomodaba. Se acerca hasta ponerse frente a ella. Postrada de rodillas detiene su labor. Alza la vista y el esbelto carretero le habla de soldados franceses, de malhechores que queman las almas de viejos olivos y de su secreto mejor guardado. Le dice que siente atracción por las mujeres con pecas en el rostro. Una especie de fuerza interior le empuja hacia el deseo y el deber ineludible de poseerlas. Una vez satisfecho el anhelo, siente otro más fuerte y antiguo. Uno que inauguró Caín a costa de Abel.

Aunia busca miradas, pero no conoce a nadie de los que a su alrededor pululan. Siente miedo de ese hombre y quiere salir corriendo, pero los pies le pesan. Da pasos flemáticos, sin poder alejarse de él. Unas lágrimas calientes afloran en su rostro, viajando entre sus pecas.

Despierta sobresaltada por el ruido del claxon de uno de los vehículos. Sus tres compañeros llegan en fila india, puntuales y van descargando las herramientas con que trabajaban a diario. El dueño de la finca hace acto de presencia y los saluda, sonriente.

Trata de olvidar la pesadilla y piensa en su encuentro con Jadar. De no ser por el picor de labios que dejan los besos apasionados, juraría que había sido un sueño. ¿Cómo se dejó llevar de esa manera? Ya hablaría con él porque si pensaba que por haber flaqueado le perdonaría la traición, estaba muy equivocado. Tenían una conversación pendiente. Pero, ¿dónde se había metido?

No se pudo levantar, el mareo no la abandonaba y todo lo veía lejano y difuso. Se rindió acunada en el tronco. A las doce y media sus compañeros terminaron el trabajo pesado. La urna de piedra estaba desenterrada y se dispusieron a mirar en su interior. Dos mil años después, la luz del sol entró de nuevo al rectángulo pétreo y se asomaron los ojos curiosos de los arqueólogos. Aunia no pudo evitar sentirse algo estéril por no poder participar.

Entre el polvo que una vez tuvo vida, aparecieron unos collares y pendientes de oro, también diademas con un excelente trabajo orfebre junto a unas pulseras de plata. Eso les indicaba que aquella tumba pertenecía a una mujer de clase alta, que en su tiempo debió de tener poder. Quizá alguna princesa.

Aunia llama a Jadar por teléfono cuando se siente mejor, pero los tonos se acaban y no responde. Lo intenta con el director del grupo de actores. Es amigo. Tampoco hay respuesta. Hace un esfuerzo para incorporarse y el mareo desaparece. Corre hasta sus colegas, pero parece invisible para ellos. ¿Acaso no la ven? Desesperada quiere agarrar a la topógrafa, pero se le escapa de entre los dedos como si fuese agua. Se marchan todos. ¿Qué está pasando? Se asusta. La mañana se vuelve fresca de repente, oxidada de otoño. Un movimiento bajo el olivo milenario llama su atención. Son cinco mujeres las que parecen estar mirándola y se reconocen entre ellas. La cordura se le escapa como las volutas de humo de un cigarrillo. Se da cuenta de que todas tienen algo en común: las pecas en el rostro.

Desvía su mirada hacia el hombre espigado y la joven pelirroja que, de repente, aparecen a su lado. ¿Cómo es posible? El dueño del olivar extrae de su nevera portátil un par de botellas de agua azules. Las reconoce. Un escalofrío le recorre la espalda. La desconocida que hace preguntas se da la vuelta y Aunia puede ver su rostro cubierto de pecas y la placa policial colgando del cuello.

La inspectora, encargada de investigar la desaparición de la arqueóloga, acepta el agua mientras sonríe y las pecas de su rostro, preciosas estrellas en ese firmamento, se iluminan.

# Verdeo cuáquero

Maximiliano Sacristán

Dicen que la libertad acaba cuando empieza la necesidad. Pues bien, yo había viajado haciendo dedo (o autostop, como lo llamaban allá) por la idealizada península de mis antepasados con una mochila sobre los hombros, feliz de no tener norte en mi marchar, entusiasmado de pisar esa tierra que llevaba en la sangre... hasta que se me acabó el dinero. Había estirado cada euro que traía de mis ahorros (y canjeados por un montón de devaluados pesos nacionales) hasta el extremo de comer solo una vez por día y dormir dentro de una vieja bolsa militar, renunciando a los hoteles y sus colchones. Pero a la larga me quedé seco. Entonces recordé ese lema que mi padre, aventurero y buscavidas durante toda su juventud, solía repetirme cuando me contaba sus andanzas: «Trabajar para vivir y no a la inversa». En efecto, el viejo, hijo de inmigrantes zamoranos llegados a Sudamérica desde la tierra del vino, se sumaba a la cosecha del maíz en el norte de la patria durante dos meses, y con el dinero ganado seguía viajando. «El estar en movimiento evitaba que nos oxidáramos», me aseguraba. Cuántos solazos y escarchas habrán soportado sobre sus hombros para no regresar a la casa materna, para sentirse liberado de la patria potestad (de la patria «protestad», rezaba un adagio libertario). Por «nosotros» se refería a sus amistades andariegas, los llamados linyeras, italianismo con que se denominaba a los trabajadores golondrinas de aquella Argentina ya extinta del siglo pasado o simplemente a los viajeros

errantes que andaban por andar, trajinando el país sobre el techo de los trenes de carga.

Pero yo ahora recorría España y ya no cargaba con un *linghiera*, sino con una moderna mochila, aunque el hambre que traía nos hermanaba. Finalizaba el mes de septiembre y el azar de mi errabunda me sorprendió cerca de Sevilla durante la cosecha de la aceituna, o el «verdeo» como le decían a la tarea de recoger los frutos de los olivos. A unas dos horas de haber salido de la ciudad, me acerqué hasta una finca pequeña, de unas treinta hectáreas, supe después; saludé y pedí hablar con el encargado. Una mujer joven que recolectaba haciendo equilibrio a horcadas de una escalera llamó a los gritos a un tal Juan, sin quitarle los ojos a las ramas que tenía entre manos. ¿Era normal que aparecieran sujetos como yo? Desde lejos vi aparecer y avanzar hasta la tranquera de entrada a un hombrecito que frisaría los sesenta años. Me pareció por su rictus que se acercaba receloso: ¿qué podría querer un veinteañero con mochila por esos lares?

¿Agua? ¿Un plato de comida? Quería trabajo, le expliqué, necesitaba ganarme «algún dinerillo» y estaba dispuesto a hacer lo que necesitaran. El hombre me dijo que podía darme empleo por el jornal, es decir, solo por ese día, pues ya estaban con la plantilla completa y la cosecha avanzada. Ni bien abrí la boca me supo extranjero, por mi tonada, y creo que a la postre me dio una mano más que nada por notarme tan desorientado y agotado.

—¿Tienes experiencia en esto? —Me preguntó señalándome con un brazo extendido a los cosechadores mientras me franqueaba la entrada a la finca. Le dije que no, pero que aprendía rápido, y que de todas maneras me pagarían por el peso recolectado. Así que si era lardo ganaría menos...

—No es por eso que te pregunto, hombre, es porque este trabajo es muy cansador, aunque sean aceitunas, y al parecer la carretera te ha dejado medio maltrecho... —Me aclaró el capataz semblanteándome de perfil, mientras me guiaba hasta una casilla de madera.

Era cierto, mi aspecto no mentía: los últimos días había caminado mucho, sin automovilista que se detuviera, y una ampolla en la planta del pie derecho me hacía renquear del ardor.

—Si no llego al final de la jornada espero poder avisarle un minuto antes de desmayarme —bromeé, y lo hice sonreír por primera vez.

Ya dentro del cobertizo, que olía a óxido de herramientas, Juan me indicó que dejara la mochila en un rincón y me entregó un par de guantes más unas rodilleras como las que otrora usaban los guardametas de fútbol. Yo las rechacé con una sonrisa, haciéndome el valiente.

—Las necesitarás, créeme. —insistió el hombre. Me las calcé, recogí la gorra y una botellita con agua que llevaba a todos lados y lo seguí.

Avanzamos por uno de los senderos de ese olivar reticulado entre árboles y cosechadores locales y, de pasada, mi Virgilio terrenal me indicó que me llevara de una pila una cesta vacía con correderas («macaco» las llamaban los paisanos), que debía calzármela por delante como si fuera una mochila frontal. Todo esto lo iba deduciendo mientras observaba a mis compañeros de ocasión, pues como dice el refrán: «A donde fueres haz lo que vieres». Era claro que don Juan no tenía tiempo para entrenar al personal temporario. Simplemente me indicó una hilera de olivos cargados, comenzando por el último, y me dijo que recogiera las aceitunas (una variedad regordeta y sabrosa que llamaban «manzanilla») asegurándome de no pasar al siguiente hasta no haber «pelado» el árbol por completo. Luego dio media vuelta y se alejó por donde habíamos venido sin darme más detalles.

Como buen buscavidas, desde mi primera salida a los dieciséis años supe rebuscármelas para adaptarme a lo que viniera. Juntar aceitunas no podría ser tan difícil. Me puse a observar a un hombre que, trepado a una escalera o en el suelo, yendo y viniendo, rodeando el árbol como en un juego, iba desplumándolo de sus frutos con una velocidad asombrosa, al menos para mí, que ensayaba este oficio por primera vez. Recuerdo como de un solo manotazo le quitaba todas las aceitunas a una rama, sin por ello arrancarle ni una sola hoja. A pesar del manoseo agresivo, el arbolito permanecía indemne, sin sus frutos, pero con todas sus hojas. Pues claro, estos trabajadores vivían de lo que hacían; yo, en cambio, era un turista lumpen que necesitaba con urgencia un puñado de euros para poder seguir recorriendo la península con menos penuria. Aunque era una

rara avis allí, nadie me prestaba atención, concentrados como estaban en sus quehaceres. Antes de arrancar, hice una pausa para vivir el momento. Por entre las hileras de olivos escuché una voz femenina que canturreaba unas dulces coplas; otras voces masculinas, más allá, reían y bromeaban a los gritos de árbol a árbol, algunos silbaban para amenizar la mañana. Sin distraerme más, comencé a cosechar aceitunas que mi escaso metro con sesenta centímetros de altura me permitía alcanzar en puntas de pie. Como temía dañar al olivo, le arrancaba de a una aceituna por vez, con mucho cuidado. No llegué a completar una cesta cuando entendí que necesitaba hacerme de una escalera como la que tenían los demás, de madera y plegables a dos lados. Salí al sendero y observé a mi alrededor. ¿Debía solicitarla en algún lado?

Fue entonces cuando conocí a Paco, el «cuáquero» (así lo apodé para mis adentros y para estas memorias, ya verán). A unos diez metros de donde yo estaba, este andaluz simpático, un cincuentón regordete y completamente calvo, como si me adivinara la intención me anunció:

«¡Coge la mía, chaval, que yo no la uso!». Allí estaba don Paco, sonriente y con el cráneo brillante de sudor, medio oculto por otra fila de árboles. Agradecí y me llevé la escalera hasta mi olivo arrastrándola con mucho cuidado, la lentitud exasperante para hacer lo que fuera me delataba como un aprendiz de primer día. En fin, trepé pasito a pasito, escalón a escalón, incómodo por el «macaco» que traía contra el pecho como a un crío lactante y pronto me olvidé de quien me había ayudado. El sol pegaba fuerte allí arriba.

Mientras estaba encaramado a la escalera, recogiendo las aceitunas de las copas, noté que dos hileras más allá los olivos se sacudían, espasmódicos, cada diez minutos más o menos, siguiendo la dirección del verdeo, pero desde mi altura no podía adivinar qué era lo que los hacía temblar así. No me distraje más de tal llamativo fenómeno y acabé desplumando mi primer arbolito. Debí bajarme, arrastrar la escalera hasta el otro lado de la copa y volver a escalarla. Temía estirarme mucho y venirme al suelo con aceitunas y todo. Hubiera sido un papelón, pero lo cierto es que nadie por allí me prestaba atención, a pesar del espectáculo lamentable que estaba dando. Cuando finalicé la recolección, comencé con las ramas

bajas del olivo siguiente. Noté que aún no había llenado la primera cesta. El problema surgió cuando necesité trasladar la escalera de un árbol hasta las cercanías del próximo. Entonces salí en la búsqueda de Paco para que me echara una mano.

Hallarlo y verlo en acción fue una sola sorpresa, dejándome pasmado. El hombre verdeaba de una manera muy particular: agarraba el tronco del olivo y lo sacudía con tal vehemencia que se le caían todas las aceitunas de una sola vez. Era como si el hombre entrara en trance, en un baile de San Vito bien controlado. Lo descubrí en su salsa y lo primero que pensé fue en los quakers, esos «tembladores» protestantes. No sé si los miembros de esta secta temblaban de verdad poseídos por algún rito o si simplemente se hacían llamar así, como metáfora de su temor reverencial ante la divinidad. Comoquiera que sea, presencié a don Paco haciendo temblar los olivos para desprenderles sus frutos y lo imaginé un inspirado cuáquero a la hora de verdear.

Sin que él me notara, me quedé viéndolo trabajar: aferraba con ambas manos el tronco del olivo a la altura de sus ojos, se aquietaba, tomaba aire y luego lo sacudía con tal furia y presteza que el arbolito temblaba hasta su última hoja y soltaba todas las aceitunas sin resistirse. Ya aquietado, el cuáquero andaluz se dedicaba a recoger del suelo los frutos conseguidos mediante técnica tan peculiar. En un momento me descubrió, ahí parado, y me sentí un fisgón. «Has visto por qué no necesito escalera...», dijo por todo comentario. Tardé unos segundos en pedirle ayuda, que era para lo que lo buscaba. Mientras levantábamos al unísono la escalera, Paco me confió que todos en la finca estaban enterados de su particular modo de verdear, menos el capataz y los inversores que rentaban esos terrenos, «que de todas maneras nunca vienen por aquí». Por supuesto, Paco les ganaba a todos en cantidad de aceitunas recogidas. El calvito era un tembladeral ambulante, un inefable torbellino de olivares...

En varios momentos de la mañana abandoné el trabajo y me acerqué para verlo recolectar. Sabía que era un espectáculo que no volvería a atestiguar. El cuáquero seguía zarandeando olivos como si los acogotara, pero dejándolos sanos y salvos luego del sacudón, despojándolos de sus

aceitunas y recogéndolas del suelo sin apuro, que así y todo les ganaba en efectividad a cualquiera de sus compañeros.

Al finalizar el día nos presentamos con un apretón de manos y regresamos hacia el casco de la finca charlando. Él me preguntó de dónde venía, yo quise saber dónde había aprendido a verdear así. «La naturaleza imita a la tecnología» me dijo con una sonrisita enigmática. Años después me enteré que existía una máquina que recolectaba nueces de esta manera, haciendo vibrar las ramas del árbol para que se desprendiesen solas. ¿De allí habría sacado la idea don Paco? ¿O, a la inversa, algún ingeniero agrónomo lo observó trabajar e inventó la máquina?

Para terminar, diré que, a pesar de mi paupérrimo desempeño a la hora de la paga, don Juan me gratificó como si hubiera recolectado el promedio diario esperable para un cosechador experimentado. Y, como recuerdo, me regaló una bolsa con un puñado de aceitunas «para degustar en el camino». Guardé los billetes, agradecí el regalo, me despedí de todos con un saludo general y regresé a la carretera. Serían cerca de las tres de la tarde. Traía la intención de encontrar algún hotel o posada con habitaciones en alquiler que me albergara por aquella noche. Necesitaba sin falta una ducha caliente y un colchón que le diera un descanso a mi lumbalgia.

Durante toda una semana de aquellas vacaciones, gracias a ese conchabo, pude comer dos veces por día y olvidarme de los rigores de una vida a la intemperie. Ah, claro, y también degustar las aceitunas más sabrosas del mundo.

# Dieciséis minutos

Jose A. Alcalá

Degustaba los matices de cada pensamiento, aunque para su tristeza descubrió que eran esquivos e insípidos. Suspiró. Con los ojos cerrados, centró toda su atención en el ritmo pausado de su respiración. Lenta y regular, metódica y precisa. Una media e involuntaria sonrisa se dibujó en su rostro y comenzó a teclear con desenvoltura.

“Caminó varios centenares de metros hasta adentrarse en el terreno. A pesar de lo que comentaban las noticias solo encontró un par de curiosos navegando en sus aparatos de realidad aumentada, tan absortos en su tarea que ignoraron por completo su presencia. Cojeaba del pie derecho, arrastrándolo levemente y dejando tras de sí una difusa huella escarlata. Ha sido una noche horrible, pensó D. adentrándose en el valle. Jadeaba entrecortadamente, por lo que en varias ocasiones tuvo que parar a recuperar el aliento. El puente recubierto de hiedra digitalizada no captó su atención, al igual que tampoco lo hicieron las señales de advertencia que gobernaban ambos lados de la calzada.”

**“A PARTIR DE ESTE PUNTO, NO HAY NI PROTECCIÓN,  
NI COBERTURA, NI RED. TODO LO QUE OCURRA  
SERÁ BAJO SU PROPIA RESPONSABILIDAD. EL TIEMPO  
MÁXIMO DE SEGURIDAD SERÁ DE 15 MINUTOS.”**

Este mismo texto estaba escrito en los idiomas más comunes. D. continuó avanzando, aventurándose donde siempre había deseado ir.

—Melocotones. Necesitó el olor de la piel del melocotón. Dame un momento D. —susurró con ternura mientras se encaminaba a la cocina. La luz crepuscular había inundado la habitación, por lo que tuvo que encender la lámpara.

Con el melocotón en la mano, inició su pequeño ritual creativo. Cientos, o quizás miles de libros, ocupaban dos de las paredes del salón. Tocaba cada portada con el índice, sintiendo el cambio constante de material, grosor, personajes, textura, historias y sentimientos regodeándose al mismo tiempo con un expeditivo vistazo del título. Se detuvo cuando alcanzó un lomo amarillento, roído por el tiempo y el roce, donde solo se intuían algunas letras: *Isc Asi*. Pasó las páginas con aleatoriedad, repitiendo en voz alta una serie de palabras que sus ojos descubrían sin razón aparente.

—Cultistas, interpondrían, sombríamente, cadera, el psicólogo, sala —repitió las palabras varias veces hasta crear un mantra carente de sentido, pero sí de envolvente sonoridad.

—Cultistas, interpondrían, sombríamente, cadera, el psicólogo, sala.

—Cultistas, interpondrían, sombríamente, el psicólogo, sala... ¡Sombríamente!

«Más allá del puente, todo el espacio adquirió una luminosidad nueva. El aire parecía menos denso y la luz se filtraba acompañada de una trágica e inexplicable fuerza, resonando un mundo antiguo, de una olvidada época. Su identificador retiniano mostraba una cuenta atrás en números rojos: 14:57, 14:56, 14:55... Sintió un temor impreciso, no identificado, motivado quizás, por los incesantes mensajes de advertencia sobre la luz natural y los vestigios del pasado que había escuchado desde que era un crío. Les estaba totalmente prohibido pasar más de 15 minutos en aquella zona, las consecuencias eran devastadoras, y más aún, hoy en día, cuando ya nadie cruzaba. No había necesidad ni tampoco interés. Buscando el cobijo de su propio tacto, cruzó los brazos sobre su pecho, en un vil intento de sentir un poco de calidez. Había una pequeña loma árida donde

solo se adivinaban polvo y piedras. D. caminaba con la vista clavada en el suelo. Intuía la silueta, la presentía delante de él, pero todavía no quería conocerlo. Quería esperar a estar más cerca. Tragó saliva. Una suave brisa se levantó, y siguiendo el influjo de la corriente, se animó a levantar la barbilla. Sus ojos se abrieron delante del último árbol que quedaba en el otrora conocido como planeta Tierra: EL OLIVO ÚNICO.»

Volvió a releer lo escrito. Apenas corrigió un par de comas, pero borró la última palabra. Suena demasiado al anillo único, pensó con resignada empatía. ¿Y ahora qué? La pregunta flotaba en su cabeza, pero estaba rodeada por una tupida niebla. ¿Y ahora qué?

Se encaminó hacia la biblioteca, pero, en esta ocasión, sus pasos se dirigieron a su pequeño altar; al rincón máspreciado, al estante donde custodiaba sus libros. En los lomos figuraba su nombre: Elena y las iniciales de sus apellidos: H. M. Cogió uno azul turquesa. Trazas de lo infinito. Apretándolo contra su pecho, atravesó la puerta trasera que daba directamente a la finca. Un ruido metálico de cortinas entrechocando avisó de su llegada a la noche estival, que la recibió mezclando el perfumado olor a galán de noche con el tufo soporífero y penetrante, a pesar de la distancia, del estiércol en proceso de descomposición. Inmediatamente el rostro afilado de Melquiades, el eterno mago que convivía con la soledad, se le dibujó en alguna zona recóndita de su corteza visual. Aunque desfigurado por los años y su propia imaginación, no pudo más que sonreír ante tal compañía y sin molestarse en colocarse los zapatos, caminó descalza por la frialdad del secarral.

Una juguetona luna llena la acompañaba, de tal forma que la linterna no le fue necesaria para encontrar la fila de olivos que buscaba. Por todo el terreno se extendía una irregular matriz conformada por interminables filas y columnas de olivos, o como ella siempre las había conocido, una hilá de olivos. Aunque a plena luz del día, y para unos ojos no acostumbrados, hubiera sido esta una laberíntica tarea, ella no tardó en encontrar y caminar bajo el amparo de una fila en particular. Tras un centenar de metros recorridos, suspiró con melancolía al encontrar su cobijo de la infancia. Firme, en su lugar habitual, la rama permanecía suspendida varios metros sobre el aire, invitando al infinito que denotaba el cercano precipicio. Ya

no estaba para reflexiones acompañadas de desafíos gravitatorios, por lo que apoyó la espalda contra el retorcido tronco y mimetizada con la noche se dejó adormecer bajo la estridulación de los grillos.

—¿Problemas de creatividad?

La voz la despertó. Por un momento pensó que era D., pero pronto volvió a la realidad.

—Sí, hijo mío. No sé cómo continuar...

—¿Te sientes presionada?

—¿Presionada? ¿Por qué? Sabes que ya no trabajo con editoriales, así que no me marcan *deadlines*, no tengo preocupaciones económicas, ni tampoco de estilo o control creativo. —le contestó con tono conciliador.

—Lo sé. Pero, ya sabes... No siempre se escribe un primer libro después de recibir el Nobel.

—Le sonrió con cariño desde lo alto de la rama. Ella asintió por toda respuesta.

—Por cierto, aún no me has contado de qué va tu nuevo proyecto. Llevas ya demasiado tiempo como para seguir inmersa en Fase 3.

—¿Quieres dejar de analizarme y ponerme fases?

—Sabes que no puedo.

El velo nocturno ocultó la mirada desaprobadora que le lanzó Elena, aunque el hijo la intuyó perfectamente sin necesidad de observarla.

—Quiero hacer algo especial. Estaba pensando en escribir una historia que girara en torno al olivo, a su presencia, su necesidad en el mundo, su pasado y su futuro. Creo —su voz se entrecortó— que el pasado va a ser devorado por el futuro.

—¿Devorado? —preguntó el hijo.

—Estamos muy próximos al velatorio de la agricultura tradicional. Que conste, que, por tradicional, no me refiero al uso de varas, azadas, sacos y burros de carga que yo conocí. Ni siquiera al uso de los remolques, estridentes vibradoras o venenos, para los que vosotros mismos necesitáis un traje, pero sin pudor alguno bañáis a la tierra un año sí y al otro también. Eso, desde mi punto de vista, sigue siendo tradición pues se recoge la aceituna y se quitan las malas hierbas, aunque los métodos hayan cambiado un poco, o como os gusta decir, hayan evolucionado. Creo que mi preocupación va más allá —golpeó su palma contra el tronco del olivo, haciendo que un eco sordo dominara la noche. —Quiero plasmar un futuro, incluso uno esperanzador, ojalá pudiera relatar una utopía de esas que tanto te gustan, aunque me temo que acabo irremediamente en su oscura hermana.

—Pero ese no es el problema, ¿verdad? —anticipó el hijo.

Elena negó con la cabeza y sonrió ante la rapidez mental de su retoño.

—Esta finca me persigue, todos estos olivos me enraízan y no consigo desprenderme de ellos. Mi vuelo es demasiado personal y me cuesta alcanzar las resonancias universales que deseo transmitir. El trasfondo de mis planteamientos se desmorona con mis propios sentimientos. Han sido tantas horas labrando este terreno, tantos desvelos literarios entre campañas, tantos mundos creados entre olivos. Se funden las vidas de tus bisabuelos con sus penurias y sus carencias de libertad. Las luchas empecinadas de mis padres por sacar adelante la finca, arrastrando hasta el infinito su esfuerzo, en pos de una educación que me liberara de estas tierras. Parece que estoy tratando de rendirles su pequeño tributo, pero es uno muy propio, demasiado íntimo, violentamente personal. Al fin y al cabo, toda mi vida ha transcurrido aquí, por mucho que mi imaginación haya galopado por imaginarias galaxias.

El hijo se quedó largo rato pensativo, hasta que rompió la quietud con un ágil salto desde la rama, aterrizando justo al lado de la madre y apenas unos centímetros de una caída al vacío. Ella se mostró inalterable tanto al silencio como a la felina demostración de imprudente agilidad.

—Creo que te sigo. Siempre es difícil traspasar esa frontera entre la realidad vivida y la soñada. Mírame a mí, siempre con mis teorías psicológicas en la boca. Pero, creo que en muchos de tus libros homenajearas a esta tierra, a tu mundo real. Bebes constantemente de esta infinita fuente.  
—Abrió los brazos abarcando toda la finca.

La madre lo sopesó con la mirada. Sabía que era inútil preguntar por qué y en qué medida había dado forma a esa conclusión, puesto que nunca afirmaba algo sin los correspondientes datos.

—Sin ir más lejos, trazas de lo infinito —señaló el libro que sostenía en su regazo. Cuando Mrytia viaja al planeta de las siete culturas legendarias, todos los personajes del planeta tienen una tonalidad de piel bastante sencilla de identificar. Verdes, púrpuras, negros, marrones, blancos, ocres y dorados. ¿Acaso no es la paleta de florecidos colores de una magnánima Artemisa? En *Tiempo de susurros* usan unas largas espadas que se elevan al cielo y caen con elegancia sobre los enemigos, primando la técnica sobre la brusquedad de los movimientos...

¡Puro arte del vareo! ¿Y qué me dices de *Metodología de un desastre?*, en ese libro describes un planeta que se encuentra atacado por un enemigo que hace que todo tiemble, desde los cimientos hasta la veleta de las casas. Si nos hiciéramos pasar por un olivo, ¿no crees que sería la perspectiva que él adoptaría? Enganchan sus infernales aparatos y me hacen temblar desde la base misma de mis raíces hasta el ápice de mis hojas.

Este libro lo publicaste tres años después de que adquiriéramos las ruidosas vibradoras. ¿Casualidad?

El hijo se quedó contemplando, esperando quizás una respuesta, o más posiblemente, rebuscando en su memoria el próximo ejemplo.

—¿Recuerdas aquellas minas lejanas del planeta Orfeo? En alguna órbita desconocida de Beta 243, brotaba un líquido verduzco, rozando lo pardo y que era la fuente básica para la vida y la autotrascendencia de sus habitantes.

—Espera, ¿qué dijeron los críticos? Si no recuerdo mal el *New York Times* anunció: Elena nos retrotrae a ese mundo primigenio racial y primitivo donde el amor a la tierra y a sus frutos nos convierte en demiurgos.

—He captado tu idea, pero estás muy equivocado. Son meras pinceladas que brotan desde una inspiración cercana, una mera cobertura. En el fondo, jamás me he internado más allá de la corteza, nunca he explorado desde donde mana la savia.

—Puede ser, pero, aun así, en cada una de esas pequeñas inspiraciones, por nimias que te parezcan, ahí hay una pizca de tu esencia. No es de extrañar que los propios críticos te asocien directamente a universos futuros y épocas pretéritas. Siempre intentas vertebrar el viejo y el nuevo mundo. Es imposible no verlo en tu obra como novelista. —Hizo especial énfasis en la letra *v*, jugando con su sonoridad de forma burlona.

—No estoy de humor para disquisiciones pseudoliterarias. ¡Qué sabrán ellos! Y, además, ayúdame a levantarme; mis rodillas y mi culo me piden un cambio a gritos.

Los dos caminaron abrazados en silencio varios metros.

—¿Y qué hay detrás de esa corteza? —insistió el hijo.

—Quizás lleve toda mi vida pensándolo, aunque me da auténtico pavor hallar la respuesta. Temo quedarme expuesta, vacía, desarmada de motivaciones y simplemente volviendo de forma recurrente y obsesiva a las raíces arcaicas. Es más, no encuentro las palabras o la inspiración para describirlo, es solo un nudo en el estómago que retuerce el alma hasta su grito más ahogado.

—Eso no me lo esperaba de ti, la creadora de mundos. Estoy seguro de que si alguien le puede poner palabras eres tú.

—En ello estoy. Quizás el problema es que en esta ocasión son más que palabras, es casi un presentimiento.

Los dos llegaron hasta el patio de la casa en silencio. Elena aspiró con profundidad la esencia nocturna: esa mezcla de aroma a hierba mojada, a silencio de estrellas y candor de luna llena.

—Es increíble lo sublime que es el alma humana. Siento que soy capaz de conocer el nombre del viento. Es como si Patrick Rofus estuviera escribiendo en mi cabeza ahora mismo.

El hijo la observó extrañado ante su particular sinestesia. En su mirada, se podía intuir una mezcla de sana envidia junto a la certeza de no comprender. Qué dura es la incomprensión cuando se carece de la base más necesaria: la simple sensación.

—No tardes mucho en acostarte, recuerda que mañana vienen tu hija y tus nietos desde Sevilla.

—También son tu hermana y tus sobrinos. —le reprimió con afecto.

Lo besó con suavidad en la frente y recuperó su asiento delante del ordenador. Estuvo largo rato mirando la pantalla tratando de darle un destino a su protagonista.

«Lo primero que le cautivó a D. fue la estructura aparentemente caótica, pero perfectamente organizada del olivo. Las ramas caían hacia el suelo, formando una estela de puntiagudas hojas que descendían hasta prácticamente tocar el suelo, mientras que otras se afanaban por alcanzar el cielo. Suspiró de asombro. Con mecánica prevención se acercó, hasta tocar levemente una de las hojas. Su tacto afilado le sorprendió y pensó que a N. le hubiera hecho una pequeña gota de sangre. Sonrió al recordarla y su mente viajó hacía una noche cualquiera. 10:29, 10:28, 10:27...

—Un solo árbol queda en la tierra, ¿sabes? Hace no tantos años había miles de millones; ellos lo utilizaban como fuente de vida, estaban por todos sitios. No solo de ese tipo, sino de otros muchos: pinos, encinas, almendros, frutales... Millones de árboles. Y ahora, solo queda uno, un único remanente de lo que fue la vida pasada. Me encantaría verlo.

—Pero sabes que es peligroso, D. No se puede traspasar la burbuja. Los médicos han cifrado en solo 15 minutos el tiempo permitido.

—¿Y si no volviera atrás?

—¿Qué quieres decir?— le preguntó sorprendida

—No lo sé. No sé qué quiero decir.

El tacto rugoso e imperfecto de la corteza le traspasó la columna. Era una sensación única, ajena completamente al aséptico digital y sintético de su generación. Buscó un lugar donde apoyar su pie, y con esfuerzo lo utilizó como base para ascender. 7:12, 7:11, 7:10... La espesura de su ramaje interno dificultaba la subida, por lo que tuvo que contonearse en reiteradas ocasiones. Agradeciendo las horas del rocódromo, consiguió alcanzar una postura relativamente cómoda, donde las ramas no lo bloqueaban y parecía fundirse en uno con el olivo. Tenía una clara visión del paisaje, aunque pronto se topaba con la fortaleza y el túnel, de tal forma que su vista se reducía al secarral y a paredes blancas... 5:00, 4:59, 4:58... Aún estoy a tiempo, pensó D. Incluso con la cojera del pie, podría llegar a la salida. Tragó saliva y alzó la vista hacia el cielo, maravillándose de un azul corrupto, de nubes disformes y de aquella sensación de imperfección perecedera presente en cada bocanada de aire. Al menos eso es lo que pensó D., acostumbrado a un cielo artificial y ajeno a cambios. “¿Qué estoy haciendo?” ... 1:23, 1:22, 1:21... “Escapar, eso es lo que estoy haciendo. Estoy escapando”. Su identificador comenzó a vibrar y a emitir un sonido de alarma cuando alcanzó el minuto “¿De qué estás escapando?” Le reprochó su yo interior. “Escapo de lo irreal, de la falsa estabilidad, de las luces de neón y de los malditos identificadores”. Se aferró con todas sus fuerzas a la corteza del árbol, como queriendo extraer de sus entrañas toda la sabiduría arcana, el conjuro para dilatar el tiempo, mejor aún, aniquilarlo y destruirlo. Se dijo: “Esta rugosidad es real”. 0:15, 0:14, 0:13. Abrazó al árbol y cerró con fuerza los ojos, su respiración era frenética, y su corazón latía con el miedo desencadenado. Un fuerte pitido inundó todo. La cuenta atrás había terminado. Aún con los ojos cerrados, consultó su identificador retiniano, sorprendiéndose al comprobar que ahora simplemente mostraba: Dieciséis minutos. Cuando se atrevió a abrir los

ojos, descubrió que nada había cambiado. Aunque, con la más sincera de las sonrisas en el rostro, presintió, que todo era distinto.”

El ruido de un motor la despertó de su liturgia literaria. Apartó los ojos de la pantalla, asombrándose de que el albor matutino había inundado sin permiso su salón, oscureciendo la iluminación eléctrica. Sin demasiada imaginación, era capaz de escuchar las voces de sus hijos regañándola por volver a quedarse en vela toda la noche. Suspiró con dilatada nostalgia. A lo lejos, escuchó el agudo timbre melódico de un par de eufóricas e infantiles voces vociferando su nombre.

—Lo siento D., aún no estás preparado para conocerlo. Disfruta la expectativa mientras puedas, me temo que te espera algo mucho peor... Nos espera —se corrigió.

Cerró el documento y una simple pregunta apareció en pantalla.

¿Desea guardar los cambios en *Más allá de las raíces*? Sin piedad, eligió la opción: NO.

# La oliva de Frasquito

Antero Villar Rosa

En la amplia explanada de la almazara hizo entrada un autobús que, sin ninguna dificultad, aparcó en una zona señalada para ello. El silencio existente en el lugar quedó alterado por el griterío de niños que iban descendiendo del vehículo a pesar de que uno de sus tutores con voces destempladas trataba de poner orden al alboroto. La intensidad de la algarabía fue disminuyendo a medida que dos gerentes de la entidad aceitera, que esperaban a los visitantes, fueron acercándose al grupo. Después de que estos saludaran a los dos profesores que acompañaban a los niños, uno de los representantes de la almazara se dirigió a los visitantes con unas palabras de bienvenida mostrando en nombre de la cooperativa su agradecimiento por la visita y anunciando a los chavales que el día de hoy sería recordado para el resto de sus vidas, pues les iban a dar a conocer, no solo el proceso de la transformación de la aceituna en aceite y la cata de algunas variedades, sino la vida de la principal protagonista, la oliva, la productora del fruto. Asimismo, les iban a mostrar el esfuerzo y la manera de laborear el olivar por aquellos agricultores de antaño y de cómo, poco a poco, la maquinaria y las nuevas tecnologías han ido cambiando muchos de los trabajos que antes se realizaban por otros más modernos que hacen más productivas a las plantas.

Una vez dentro del recinto, en una amplia sala seguramente destinada para las reuniones de los socios, fueron invitados a sentarse. Las paredes de la estancia estaban adornadas con amplios murales de fotografías a

todo color de paisajes de olivares que nacían desde el suelo hasta el techo haciendo creer al visitante el estar paseando por un olivar. En un lugar destacado aparecía solamente la foto de una oliva muy frondosa a la que todos, desde el principio, no dejaban de mirar. Al ver que el epicentro de todas las miradas incluidas las de sus profesores era la fotografía de aquella oliva, miradas que iban acompañadas de algunos murmullos, uno de los directivos tomó la palabra para manifestar lo siguiente:

—Me satisface enormemente que el póster de esta oliva haya llamado vuestra atención desde que habéis entrado. Esta foto que estáis viendo no es de una oliva cualquiera, es una oliva muy especial. Tan especial que quiero que conozcáis su historia, pero yo no voy a ser, queridos niños, quien os la cuente, sino ella misma porque esta oliva, aunque no os lo creáis, está llena de vida, tanto, que hasta habla.

Un murmullo de voces sorprendidas infantiles, casi apagadas, invadió la sala mientras que ambos profesores dibujaron en sus rostros una sonrisa.

El directivo, instantes después prosiguió:

—Esta oliva era, en el conjunto de todas las que componen un olivar de esta demarcación, la preferida de un hombre que vivió aquí hace ciento cincuenta años en este pueblo, en el que os encontráis y al que se le conocía cariñosamente como Frasquito. Queridos niños... ¡Estad atentos!

El otro representante de la cooperativa, que no llevaba la voz cantante, apretó el botón de un aparato que estaba situado en una mesa y al momento todas las luces se apagaron, permaneciendo solo dos focos iluminando el póster de la majestuosa oliva mientras que una música envolvente inundó el recinto. Una voz de mujer muy armoniosa y agradable prestó su palabra a la centenaria planta después de que el volumen de la música fuera casi apenas perceptible.

La oliva comenzó su diálogo:

—¡Hola! —dijo —¿Queréis saber mi nombre? Mi nombre... Pero... ¿qué importa mi identidad? Sé que mi progenitor, aquel que me dio la vida hace más de ciento cincuenta años se llamaba Francisco, aunque todos

en el pueblo lo conocían cariñosamente como Frasquito. En un hoyo realizado a base de azadón de un metro cúbico hizo mi cuna. Después, dos vástagos verdes con muchas yemas, escogidos de mis antepasados picuales fueron enterrados en aquel foso y, de ellos, broté yo con suerte en una tierra muy rica en nutrientes y apta para mi desarrollo. Durante mi niñez, recuerdo a Frasquito llevarme agua en los meses de estío para calmar mi sed, ya que mis raíces aún no habían profundizado en la tierra para buscar el jugo necesario para mi sustento; sus caricias arañando la costra cuarteada días después del riego me hacían cosquillas mientras me arropaba con tierra mullida, así hasta que comencé a dar mis primeros frutos y hacerme mayor. Supe que había alcanzado mi mayoría de edad cuando dejaron de llamarme olivilla y empezaron a nombrarme oliva, lo mismo que a mis hermanas que viven a mi alrededor. Así que como oliva se me conoce y he de decir que me gusta este término y no el de olivo, pues me tengo por una gran señora.

Son muchas cosechas las que tengo en mi haber, mis anillos de crecimiento que contabilizo en mi tronco y que no mostraré hasta el día de mi muerte delatan que soy una oliva veterana; no obstante, aunque las estadísticas me auguren muchas más cosechas y enfermedades que antes no se conocían (como la *Verticilosis* y la *Xilella Fastidiosa*) pueden acabar con mi vida vegetal en cualquier momento. Por este motivo, quiero escribir en mi último anillo lo más importante de mi biografía para dejar constancia de lo vivido con el fin de que puedan servir mis vivencias a futuras generaciones.

Continúo con mi diálogo diciendo que me alegraba siempre ver a Frasquito por el olivar, aunque lo que más me molestaba era cuando después de la recogida de la cosecha me cortaba el pelo, dado que tenía que decirles adiós a muchas de mis ramas, mis hijas; era cuando la afilada hacha de mi progenitor me dejaba semidesnuda de mucha de la espesura habida en mi follaje. Lloraba en el silencio de la noche sintiéndome desprotegida y desarropada, a veces hasta con tiritera, motivada mi tristeza por las incontables ramas cercenadas por la poda hasta el punto que echaba de menos a la lechuza que acostumbraba a posarse en ellas y que siempre, cuando esto sucedía, buscaba otro refugio. Pero aquel disgusto no era óbice para que entrara en desánimo, pues pensaba que en primavera debía de procurar esforzarme para generar nuevos y vigorosos vástagos que

supliesen a los caducos amputados que arderían a pocos metros de mí, siempre temiendo que el viento cambiase y me chamuscara con sus llamas. Qué guapa me veía, porque, aunque parezca ser arrogante y presuntuosa, yo era la oliva más frondosa del olivar, la oliva donde Frasquito ponía el hato siempre que venía a trabajar y yo se lo agradecía procurando darle buena sombra durante sus descansos.

Me gustaba sentir los resoplidos de las bestias bajo mi copa en su bregar removiendo la tierra y enterrando con ello a las malas hierbas mientras que el arado dibujaba un sinfín de surcos sinuosos en besanas siempre diseñadas por Frasquito. El azadón de mi progenitor cavando mis pies alrededor de mi tronco completaba la primera vuelta de arado. Más tarde, durante el periodo de floración, volvía de nuevo la segunda vuelta a la que se le conocía como bina, así que, con este trabajo, se completaba el ciclo anual de roturar la tierra. Cuando con el azadón Frasquito me tapaba el surco que el arado dejaba en la parte baja de mi tronco, la tierra quedaba uniforme, sin hierbajos, pobre de terrones y casi aplanada, preparada para recibir las últimas lluvias primaverales y soportar los calores del verano. En ocasiones recuerdo la frescura de la correhuela que emergía en el olivar después de la bina, pintando de campanitas blancas la tierra mientras que los arrullos de las tórtolas mezclados con el canto de cuco inundaban el olivar. Era precioso, y me siento orgullosa de que la cruz de mi tronco sirviera para que nidos contruidos por tórtolas con los pelillos absorbentes de mis raíces, me distrajeran muchos años con la música de sus arrullos mientras duraba la incubación y la cría de los pichones.

A finales del verano Frasquito nos agasajaba con serones repletos de estiércol transportados con las bestias hasta el olivar, estiércol que era esturreado bajo nuestras copas sirviendo de fertilizante que se transformaba en alimento muy vigorizante cuando el motor primaveral de la savia comenzaba a fluir por nuestros vasos leñosos. Por ese tiempo de verano, cuando los días eran ya más cortos, Frasquito me cortaba las varetas de mi tronco, varetas que me servían de alguna manera para protegerme del tórrido sol de la canícula del verano y que, una vez despojada de ellas, llegaba a refrescarme, ya que dejaba de alimentar a estas ramas parásitas que ya no me valían. Después, con las primeras lluvias otoñales, cuando el zorzal y el petirrojo venidos de lejos llegaban a mecerse en mis ramas y

el canto de la perdiz retumbaba en las cañadas, Frasquito con un rastrillo allanaba el terreno a toda la circunferencia de mi copa para que cuando madurasen las aceitunas y algunas cayesen al suelo, lo hicieran en tierra planchada, despojada de hojarasca y guijarros para facilitar su recogida.

Frías mañanas invernales aquellas en tiempo de recolección cuando algunas veces la escarcha pintaba de blanco todas mis hojas e incluso la tierra parecía estar nevada, entonces, el olivar era visitado por más gente. Mujeres y niños sin importarles el frío, recogían las aceitunas maduras caídas en el suelo mientras que los hombres golpeaban mis ramas para que yo soltara los frutos que aún colgaban y que, a consecuencia de los golpes, mansamente caían en una lona. Debo ser sincera, me lastimaban aquellos porrazos para desprenderme de las aceitunas, pues eso provocaba que muchos de mis tallos cayeran mutilados revueltos entre tantas aceitunas, pero lo tenía asumido, ya que eran daños colaterales que conllevaba la recolección. Con el transporte de las aceitunas envasadas en capachos de esparto a la almazara a lomos de animales para transformarse en aceite se terminaba el trabajo de todo un año.

Después de más de cuarenta cosechas Frasquito, mi progenitor, dejó de visitarme y eso me entristeció, pero afortunadamente le sucedió su hijo, ese que desde niño le acompañaba y al que educó la manera tan profesional y cariñosa de tratarme, a mí y a mis hermanas, a pesar de que algunos años, siempre motivados por fenómenos climáticos, solíamos parir menos aceitunas.

Como dije al principio, han pasado ciento cincuenta cosechas y dado que mi ciclo vital es más duradero que el de los humanos, el hijo de Frasquito también dejó un día de visitarme. Hoy lo hace un bisnieto de mi primer cuidador, que afortunadamente me sigue cuidando muy bien, pero utilizando maquinaria y técnicas muy distintas a las empleadas por Frasquito.

La situación actual del olivar es muy diferente. La transformación existente en la agricultura a lo largo de los años, de todo ello, el balance que puedo hacer es positivo, aunque con algunos matices que reseñaré. Este año, el último de mi vida vegetal, cuelga en mis ramas una cosecha importante. Las lluvias otoñales muy tempranas cambiaron pronto el paisaje del olivar.

El color parduzco del líquen seco bajo la superficie de mi copa en el verano se fue transformando poco a poco, debido a la humedad, a su natural color verde sucio característico que me ayuda a proteger la cubierta vegetal del suelo. El invierno también ha sido muy lluvioso por lo que atesoré el jugo necesario para una primavera prometedor y, cómo no, para el caluroso verano.

Todo fue cambiando poco a poco a lo largo del tiempo. La afilada hacha para la poda fue sustituida hace muchos años por la ruidosa motosierra y las ramas de poda son ahora trituradas, o mejor dicho, picadas por maquinaria especial para este fin, quedándose en el suelo el serrín y demás residuos como materia orgánica protegiendo la erosión y la humedad del terreno. La yunta de Frasquito dejó de arar el olivar y también el tractor que, durante muchos años, sustituyó a los animales. Se acabó el arar y el remover la tierra cavando los pies de los olivos y he de señalar que, con esta medida, la tierra guarda más la humedad para mi sustento y sobre todo está ayudando mucho a paralizar la erosión. Echo de menos el estiércol, aunque todos los años distribuyen bajo mi copa abono granulado, pero no es nada comparable con el sabor y la riqueza en nutrientes de aquellas putrefactas boñigas. El herbicida, un producto que nunca utilizó mi primer progenitor, lo utilizan mis cuidadores solo en el ruedo de cada una de las olivas que formamos mi familia, no así en las calles en las que dejan crecer la hierba hasta que llegado un momento la desbrozadora da buena cuenta de ella quedando los despojos como abono; otra manera de ayudar al abonado y a la paralización de la erosión. La recolección con vibradoras y maquinarias más sofisticadas para derribar el fruto han contribuido a un menor sacrificio de tallos, puesto que las piquetas solo la utilizan para apurar algunas aceitunas que se niegan a caer en mallas enormes que cubren además de los ruedos, las calles. La recolección ahora empieza en fechas más adelantadas que muchos años atrás, consiguiendo con ello una mayor calidad del aceite obtenido.

He de decir que desde siempre he sido, y sigo siendo, muy observadora y me entristezco con los comentarios tan preocupantes que oigo últimamente de mis cuidadores, que auguran el final del olivar tradicional motivado por el bajo precio del aceite. No pueden competir con el del cultivo intensivo agravado por políticas impuestas por la Comunidad Europea en las que se deja importar aceite de otros países cuando aquí

somos excedentarios, además de que desde tiempos de Frasquito la agricultura ha sido siempre, y continúa siendo, la cenicienta de España. Todo esto hace que me encuentre muy angustiada. Hasta el punto de temer que mis cuidadores me abandonen.

Malos tiempos para nosotras, las olivas, y para los agricultores que nos cuidan. Espero que cuando nuevamente nos veamos, la situación haya cambiado y el menosprecio hacía la riqueza obtenida de nuestro fruto, el aceite, se vea valorado, ensalzado, y honrado para que siga estando presente en todas las mesas.

Nada más, queridos amigos. Se despide esta humilde oliva con el sabor agrídulce del futuro incierto que se nos ofrece a las olivas y a la gente que vive del olivar tradicional.

Adiós. Os abrazo a todos con mis ramas.

Después de que la oliva hablara, la persona que le prestó la voz continuó:

—Como han podido escuchar, esta oliva no es una oliva cualquiera. La oliva de Frasquito vive; a ella, sus hermanas la han elegido líder recientemente en asamblea para que fuera la representante, la voz de todas las olivas, ya que, ahora, en el silencio de la noche se le ha escuchado decir:

—Amigas, ante la situación tan grave que estamos atravesando, yo alzo mi voz para que desde mi olivar me oigáis no solo vosotras, las olivas de mi comarca, sino en general todas aquellas de nuestra Andalucía.

Quiero que os mostréis orgullosas y arrogantes, bizarras y altaneras, nunca serviles ni desvalidas. Que no os vean desfallecer; tan solo cuando los grillos os acunen por la noche; entonces, contar a la luna vuestra desgracia. Ella alumbrará vuestras sombras con su farol amarillo, pero hablarle con mucho sigilo cuando el aire se halla callado.

Olivas de Jaén, árboles centenarios, cuántas ramas de la paz han enarbolado en vuestro nombre quienes no os regaron con su sudor. Sí, mostraos orgullosas, arrogantes, bizarras, y altaneras para que nos os traten como a viejas *madames*, como aquellas que viven en las ciudades en

barrios miserables donde las gatas en los tejados pregonan por las noches su encendido celo. Lástima de olivas de mi Andalucía, con sus troncos plagados de cicatrices y hendeduras acumuladas por cada uno de sus centenares de partos. Pobres olivas, siempre embaucadas por cortesanos y celestinas, pero nunca traicionadas por aquellos que se esfuerzan por alimentarnos día a día con su sudor logrando mantenernos frescas y lozanas para que cada primavera quedemos preñadas de frutos.

La música dulce y relajante que desde el principio acompañó a los diálogos fue la que, aumentando sus decibelios, puso fin a esta fábula.

A continuación, hubo unos momentos de silencio, después, casi al instante, una sonora ovación colectiva retumbó en la sala acompañada por algún que otro «¡bravo!». Al poco, los dos gerentes de la cooperativa aceitera estuvieron mostrando a los chavales todo el proceso que va desde la recepción de la aceituna en la almazara hasta su transformación en aceite a partir del verde obtenido con la primera prensada, el virgen extra, el virgen y el lampante, todo ello mostrándoles la maquinaria moderna que se utiliza para lograr este producto primordial en la tan valorada dieta mediterránea. Quedaron sorprendidos al saber que de los residuos de la aceituna se obtienen combustibles de biomasa, así como cosméticos elaborados con aceite de oliva que estaban expuestos en la exposición de la cooperativa aceitera.

Aquellos chavales se despidieron después de degustar un «panaceite» que le supo a gloria. Uno de los gerentes le preguntó a uno de ellos si se llevaría un buen recuerdo de allí. Su respuesta fue rápida:

—Siempre recordaré a la oliva de Frasquito.

Este que escribe, autor de la fábula, me uno al manifiesto de esa oliva centenaria dedicándole estas palabras:

«Señora oliva poco cortejada en estos tiempos, yo, admirador tuyo, desde siempre fiel degustador de tu rica esencia; con todo el respeto que me mereces y con el permiso de tu esposo, el olivo, al tiempo que me despido de ti, déjame abrazar tu tronco, pues sé que al sentir mi calor envolverás con tus verdes ramas al jornalero que sigue cuidándote.

# La memoria de los olivos

Josep Antoni Clement Rovira

Desde la azotea de la casa, el mar de olivos es majestuoso. Serafin dirige la mirada más allá del horizonte y se pierde en un cielo azul salpicado por nubes diminutas de blanco inmaculado. Saca un cigarrillo del paquete de tabaco y lo enciende. Da una calada y observa el vaivén de las botellas transparentes de plástico que cuelgan de las ramas de sus olivos que un día fueron los de sus padres y, asimismo, también de sus abuelos; todos muertos hace tiempo. Recostado en una hamaca desgastada por las inclemencias del tiempo, observa cómo las moscas entran por los agujeros hechos en la parte superior de las botellas y se ahogan en un mar de vinagre y tripas de pescado. El hedor las atrae hacia una muerte segura, como todo en la vida, piensa.

Instintivamente inspira hondo y llena los pulmones hasta su tope. Expira el humo del tabaco mientras permanece meditabundo con los ojos cerrados. Antes de poder conciliar un breve sueño, alguien le llama al móvil y contesta:

—¿Sí?

—Serafin, soy Pablo.

—Dime.

—Estoy delante de la puerta de entrada.

—¿Qué has venido a hacer?

—He venido a leer la memoria de los olivos.

—¿Ya conoces las normas?

—Sí.

—Bien, pasa.

El ritual de entrada se repite siempre, aunque el visitante lo conozca al dedillo. Serafín acciona con el mando a distancia el mecanismo de apertura de la puerta mientras transita por las imágenes que todavía conserva de Pablo, un joven del Ligallo, pueblo del Bajo Ebro al que suele ir a buscar el pan y los víveres que llenan su despensa. Empieza a bajar por la escalera y observa cómo avanza la figura del visitante desde la lejanía.

Pablo camina con un andar desgarbado y las manos hundidas en los bolsillos. Lleva pantalones marrones y camisa a cuadros. Parece mayor de lo que es, piensa Serafín. Todavía no ha llegado a la treintena y se le ve un hombre ya maduro. Sus ojos irradian felicidad. Es un joven delgado, pero musculoso, ya que le toca trabajar a destajo la tierra junto a sus padres. Sus campos de arrozales ocupan grandes extensiones del Delta del Ebro, ese mar de espigas todavía verdes que se expanden hacia el infinito. Pablo es un enamorado de la historia y viene a menudo al olivar para perderse en los confines del tiempo. Hoy no es una excepción. Se dan la mano y Serafín le abre el portón camino al subsuelo. Unos escalones que cruzan un pasadizo estrecho en medio de la oscuridad les conduce hasta una amplia cámara iluminada por antorchas estratégicamente colgadas en las paredes. Las gruesas raíces de los olivos milenarios se entrecruzan y muestran inmutables su rugosa piel. Pablo acaricia una de ellas y entra al instante en el fragor de la batalla. Su deseo por conocer los detalles de la expedición naval, encabezada por Jaime I que partió de Salou hacia la conquista de la Mallorca musulmana, le transporta hasta la mítica batalla de Portopí. Su cuerpo tiembla, se tambalea, suda y su corazón palpita aceleradamente.

Al acabar, completamente exhausto, se despide de Serafín y abandona satisfecho la cámara. Éste le guía hacia la salida mientras le advierte de nuevo:

—Recuerda bien: no puedes contarle a nadie lo que has visto y oído. Si así lo hicieses, te quedarías mudo para siempre. —Lo sé —contesta Pablo mientras se dispone a abandonar el lugar.

Al anoecer, después de la cena, Serafín recibe otra llamada. Esta vez es de Carmen, una mujer viuda de La Aldea que ronda ya los cincuenta, esa edad cuando uno siente vergüenza por muy pocas cosas, abandona la mayoría de las antiguas aspiraciones, no se cree casi nada de lo que la gente le dice y viaja demasiadas veces hacia el pasado sin abandonar completamente por ello el futuro. Carmen, con voz suave, le dice:

—Esta noche necesito leer la memoria de los olivos.

—¿Ya conoces las normas?

—Sí.

—Bien. Puedes venir, pero debes marcharte antes de la medianoche.

Cuando la luna aparece majestuosa en el cielo oscuro, Carmen entra con rostro sereno a la cámara de los olivos centenarios. De repente empieza a desnudarse. Primero, se quita la camiseta negra de finos tirantes y los tejanos azules. Luego, hace lo mismo con sus bragas y sujetador. Serafín la disecciona con sus oscuros ojos invadido por el deseo, pese su avanzada edad, y ella le devuelve la mirada, segura de sí misma.

—Quiero estar una vez más con Juan. —Le dice. A continuación, acaricia la rugosa superficie de la raíz de un olivo y se reencuentra con su marido rejuvenecido. Solo tiene veinte años. A esa edad todavía no se habían casado y gozaban de una vida sin preocupaciones, sin las responsabilidades propias de la paternidad. Hacían el amor en cada rincón que les protegiera de las miradas de sus semejantes y se sentían almas libres. Mientras siente de nuevo como la penetra tantos años después un hombre,



su cuerpo se estremece de placer. Al llegar la medianoche, Carmen se viste y empieza a abandonar el olivar, no sin antes oír la advertencia de Serafín:

—Recuerda bien: no puedes contarle a nadie lo que has visto y oído. Si así lo hicieses, te quedarías muda para siempre.

—Lo sé —contesta ella.

Roberto apaga las antorchas de la cámara, cierra el portón y con ello deja reposar la memoria de los olivos, como cada noche viene haciéndolo desde que murió su padre; hace demasiados años, piensa. Se acuesta en la cama cansado y el sueño se adueña de él al instante.

Al amanecer, los gorriones inundan con su canto las primeras horas de sol. Serafín aprovecha que todavía el calor no aprieta para hacer las tareas propias del campesino. Arranca los brotes que restan vigor a los árboles y mata las malas hierbas que invaden el suelo por doquier. La hora de comer se le presenta recostado bajo un árbol, con cuchillo afilado para cortar una rodaja de pan y un trozo de queso como compañía. Para refrescar el gazzate, agua del pozo. Al terminar de llenar la panza, pasea por el olivar y piensa en el encuentro de mañana. Espera una visita importante e inoportuna. Al día siguiente, al atardecer, venido desde la sede episcopal se encuentra de nuevo con el obispo de la Diócesis de Tortosa. Su intención siempre ha sido la misma y Serafín es consciente de ello. Según el prelado, el hecho de permitir al pueblo llano viajar por el tiempo no puede ser bueno para nadie. A su juicio, se debe restringir el acceso a la memoria de los olivos. Serafín es contrario al dictamen de la curia y toda vez que el Reverendísimo Señor ha insistido en ello, este ha encontrado su más firme oposición: «El saber acumulado con el paso de los siglos siempre ha estado a disposición de quien desee conocer sus secretos y siga las normas», esta ha sido siempre su respuesta. Durante la visita del obispo, y como es de esperar, se niega una vez más a limitar el acceso a tan preciado regalo, aunque ello le granjee una enemistad muy poderosa. Todo llega a su fin, se dice. El resto del día transcurre dedicado a las tareas del campo. Por la noche se sienta en el porche, degusta un buen vino y observa cómo los murciélagos danzan en la oscuridad a la caza de los insectos nocturnos.

Entre algunos de sus frondosos algarrobos ha colocado varios nidos para que estos mamíferos voladores que tanto le fascinan encuentren un lugar donde dormir durante el día. Ahora están ocupados en busca de alimento, sin tregua alguna. «Como la vida misma, sin tregua alguna, sin descanso, sin sentido tantas veces; perdidos en el hastío».

Serafin, sin hijos tras su larga vida, se lamenta ante el sombrío futuro del olivar. Solo los descendientes de la familia Faneca, la suya, pueden llevar a cabo la labor del guardián. Y sin guardián, la memoria de los olivos está condenada a desaparecer. De repente, se siente viejo, cansado. Le pesan los años como nunca lo había sentido. Todo llega a su fin, se dice. Sabe que los acontecimientos del mundo se suceden en balde. Acaba por beberse sin prestar demasiada atención una botella entera de vino y ello le quita el sueño. En la noche insomne, perdido entre recuerdos de su infancia, abre el portón y se adentra en la cámara a oscuras. Palpa las solemnes raíces del ayer y con rugosa mano se pierde en rugosa corteza de olivo. Viaja él también en el tiempo, prohibida aventura para los de su stirpe, y se desvanece, por fin, en los albores de la civilización humana. No hay camino de vuelta, ya que a los guardianes no se les permite acceder a los conocimientos de los olivos sin ser, por ello, severamente castigados. El portón se cierra de golpe y las raíces se van secando, poco a poco, hasta que los árboles mueren en el silencio de la noche. Con su desaparición se pierde para siempre su memoria y solo nos queda, con gran pesar, el olvido perpetuo.

# Tres olivas me enamoran en Jaén

Antonio Cobos Ruz

*A Jaén, tierra de olivos*

Cuentan los más viejos del lugar que los abuelos de los abuelos de sus abuelos relataban una historia remota que aconteció en un pueblo pequeño situado en los confines del reino de Jaén con tierras de Granada. Eran tiempos lejanos en los que cristianos y musulmanes alternaban las etapas de paz y prosperidad con periodos de enfrentamientos y tempestades religiosas.

En aquel entonces, la relación entre los mercaderes de ambas procedencias siempre fluía de forma provechosa para las dos comunidades, especialmente, durante los periodos de tranquilidad y convivencia. Es necesario clarificar que los enfrentamientos militares no siempre se producían por motivos religiosos, pues no eran infrecuentes los pactos entre señores moros y cristianos contra un enemigo común, fuese este cristiano o moro.

La historia en cuestión relataba lo siguiente:

Había un rico, muy rico, en una ciudad castellana del antiguo reino de Jaén que almacenaba en su mansión los más variados tesoros y objetos de valor provenientes de los préstamos, los negocios y las pillerías más diversas que se le pudieran ocurrir con el fin de obtener siempre unos pingües beneficios. Este usurero de nariz picuda que se frotaba las manos incesantemente no disfrutaba de la sincera amistad de sus vecinos. Su reducido número de conocidos iba menguando paulatinamente, ya que a medida que se convertía en un anciano desconfiaba y sospechaba con mayor fuerza de todos ellos. Estaba plenamente convencido de que, en el momento más inoportuno, de forma repentina e inesperada, iban a sustraerle su fortuna.

Nuestro castellano nuevo repasaba y contaba con fruición cuánto poseía y jamás se desprendía de las llaves que colgaban de su cuello, ni tan siquiera cuando se disponía a dormir. Recelaba de sus siervos, de sus propios familiares o incluso de cualquier persona que lo saludara. Tal era el estado de ansiedad que lo embargaba que perdió por completo el control de sus emociones. Tratando de encontrar una solución a sus males probó remedios diversos y el que pareció proporcionarle mayor calma fue hacer desaparecer sus tesoros. En absoluto secreto y bajo las mayores medidas de seguridad, convirtió en pepitas de oro toda su inmensa riqueza y fue introduciendo las diminutas gotitas doradas en botellas de aceite virgen en las que pasaban desapercibidas. Al mirarlas al trasluz, desprendían un resplandor tan rubio, intenso y atractivo que se asemejaba al propio y afamado brillo del aceite de Jaén.

En el día señalado, en una fecha desconocida para todo el mundo y solo prevista por él, montó todo su oculto tesoro en una reata de mulas y decidió marchar a otro territorio en el que nadie lo conociera. Quería encontrar un lugar nuevo en el que pudiera esconderse con su dorada y apreciada carga para seguir revisando su riqueza y para aumentarla, si es que ello era posible.

¡Cómo le gustaba contar lo que poseía y añadir cada vez un poquito más! Decidió este rico castellano que el mejor sitio para esconderse, el lugar idóneo para instalarse, el emplazamiento óptimo para pasar desapercibido, la opción adecuada para ocultarse, sería ir a tierra de moros. Y



aprovechando los tiempos de paz y los momentos de tranquila convivencia religiosa que disfrutaban ambos bandos en aquella época, marchó hacia los límites del reino.

Casi alcanzando los inicios del reino de Granada, cambió sus ropas castellanas por otras musulmanas y tapó las gruesas telas que cubrían su mercancía con verdes ramas de olivo. Despidió a sus criados para que cuidaran de su mansión hasta su regreso o hasta que recibieran noticias suyas y les explicó que desde aquel punto geográfico él podría valerse por sí mismo para el negocio del aceite, cuya venta había planteado como justificante del viaje.

Esperó a que sus sirvientes se alejaran hasta un punto desde el que no pudieran verle y cambió el sentido de su marcha para dirigirse directamente al sur. Solo había avanzado un corto tramo del camino con sus tres mulas cargadas de aceite y oro cuando escuchó un nefasto ruido de caballos y armas.

De nuevo, cristianos y moros habían decidido que la temporada de paz y sosiego era ya demasiado larga y decidieron volver a las andadas. El mismo juego de siempre: Yo te ataco a ti y te defiendes, si es que puedes, y tú me atacas a mí y me defiendo, si es que puedo. El que pierde se ha de aguantar.

A nuestro rico protagonista le daba igual que ganaran los partidarios de una religión o los de la otra, pues él tenía sus propias y diferentes creencias, siendo la verdadera realidad, que solo adoraba a su dinero. Como persona precavida y desconfiada nuestro suspicaz viajero había adquirido un bebedizo que primero mantenía inmovilizado durante un cierto tiempo al que lo tomara y posteriormente le hacía pasar desapercibido. Lo adquirió a una especie de santón o curandero que se dejó caer por los cerros de Úbeda y que no solía residir durante demasiado tiempo en un mismo lugar.

Le llegaron noticias de su presencia en la ciudad y se animó a visitarlo. Aunque era hombre desconfiado y no se fiaba de nadie, si lo que contaban era cierto, la pócima sería una solución perfecta en caso de peligro...

Las dudas de nuestro hombre adinerado desaparecieron cuando el hombre mago dio de beber su mágico bebedizo a un gato romano que se aproximó y el gato quedó inmóvil y tieso como si estuviera disecado. Un ruido fuerte y cercano captó la atención del hombre rico durante unos breves instantes mientras se produjo la transformación, pero era imposible que en tres segundos pudieran haberle hecho un cambio y le hubieran dado gato por gato. La segunda ventaja, la de pasar desapercibido, también aconteció en un abrir y cerrar de ojos. No debieron transcurrir más de un par de segundos cuando nuestro comprador apartó la vista del gato al escuchar una grata voz femenina que manifestaba a sus espaldas: «Voy a bañarme al río...». La que era portadora de tan dulces palabras era una joven de extraordinaria belleza que iba escasamente cubierta. Fue visto y no visto que el gato inmóvil apareciese camuflado bajo una especie de espesa red cubierta de hojas. El curandero estuvo en idéntica posición durante todo el hechizo, sentado sobre una especie de tarima y aparentemente ajeno a los problemas de los vulgares mortales. El rico desconfiado quedó plenamente complacido y decidido cuando,

ante sus dudas, obtuvo una rebaja sustancial sobre el precio concertado inicialmente al disponer de tres botellas completas por el precio de una.

Regresando de nuevo a nuestro viaje de camuflaje, el previsor y desconfiado viajero, ante el cercano ruido de armas y la proximidad de las escenas de guerra, pensó que había llegado el momento oportuno para probar su mágico bebedizo y salvar así su apreciada riqueza: vació una botella del mágico líquido en la boca de cada una de las mulas y, al instante, los animales se quedaron quietos, estáticos, inmóviles, inertes como estatuas. En fila y desde lejos parecían una hilera más de olivos.

Se marcharon moros y cristianos a pelear a otra parte y quedó nuestro hombre, de nuevo en solitario, con su tesoro y sus mulas. Pero no se sentía feliz, sino desgraciado. No había manera de despertar a sus nobles bestias. El hombre lloraba y suplicaba al lado de cada uno de sus animales y sus múltiples lágrimas regaron abundantemente la tierra circundante convirtiéndola en un mantillo húmedo y esponjoso.

Con el tiempo, los tres hermosos animales se convirtieron en tres magníficas olivas que aún pueden apreciarse, vetustas y sanas, con sus gruesos troncos retorcidos destacando por su tamaño y por su belleza sobre las demás hileras de olivos. Esas tres olivas que, seguro que habréis visto en los campos que rodean a vuestro pueblo o en alguna aldea limítrofe, dan un aceite de tanta calidad y brillo que, en verdad, parece que nos ofrecen un gustoso, luminoso, apreciado e insuperable oro líquido.

Y cuentan también los más antiguos del lugar que transcurridos los años y terminados los enfrentamientos entre moros y cristianos, muchos moriscos y cristianos nuevos cuidaron con entusiasmo y amor de aquellos tres singulares olivos que, siendo una referencia en los alrededores, reclamaban la atención de los humanos, cuadrúpedos, reptiles y pájaros. Los podaban en su tiempo, les labraban las tierras circundantes, les recogían su fruto y obtenían un manjar de insuperable y exquisito sabor. Cuentan los ancianos que hubo animales alados que contribuyeron a su cuidado. Con el paso del tiempo, anidaron tres enormes mochuelos en aquellos árboles grandiosos. Tres mochuelos que limpiaban el terreno circundante de pequeños roedores o reptiles y espantaban a otros animales que

pudieran dañar a las magníficas olivas. Y fue así que los esplendorosos olivos crecieron y crecieron con sus gruesos troncos retorcidos adquiriendo aún un mayor tamaño y espectacularidad gracias al buen hacer de los mochuelos. Y, como es ampliamente conocido por el común de los mortales, ante cualquier circunstancia natural adversa como la presencia de inundaciones o de lluvias intensas, o ante el calor insoportable de los veranos andaluces o incluso, a veces, simplemente, ante la mera presencia humana, los animales voladores que cuidaban de las tres olivas se recogían para refugiarse y ocultarse, marchándose cada mochuelo a su olivo. Hoy día, si eres observador y paciente, es muy posible que puedas avistar junto a las olivas, a algún descendiente de aquellas tres aves de ojos grandes y vigilantes.

# La flor del aceite

Javier Campos Fernández

—Solano, ¿cómo sabe que llegó a esa hora? Usted no estaba aún en el patio, según me dijo Demetrio —La mano izquierda empezó a tamborilear sobre la carpeta de cuero que había dejado, al inicio de la charla, alineada con el borde de la mesa.

—Yo no estaba en el patio, estaba aún en esta oficina. Ella vino muy temprano, incluso para buscar trabajo; aunque estemos en campaña, si viene alguien preguntando nunca es antes de las doce; sin embargo, esta mañana a eso...

—¡Coño! ¡Responda a la pregunta! —Con la palma abierta golpeó violentamente, una sola vez, la mesa; de un lateral de la carpeta asomó la esquina de una fotografía—. ¿Cómo sabe que llegó a esa hora?

—Mire... Alonso, es su nombre, ¿no? Entiendo que usted es el inspector y yo... no sé, ¿un sospechoso? Le cuento lo que sé o lo que creo que sé, soy un viejo parlanchín, escúcheme, tal vez así usted saque alguna conclusión. Tiene mala cara, ¿quiere un café?

—No, gracias, estoy bien. Perdone por lo de antes, a veces me traiciona el subconsciente, pero responda cuando le pregunte, últimamente vivo en un entresueño constante. Además, Solano, este caso es muy extraño, como si ella

se hubiera volatilizado... Prosigue —El inspector sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su camisa arrugada, con un giro imperativo de la muñeca hizo aparecer unos cuantos pitillos, atrapó uno con la comisura izquierda.

—Gracias. Si me da fuego... Sí, lo comprendo, yo también estoy en un duermevela perpetuo. Como decía, ella vino muy temprano incluso para buscar trabajo; aunque estemos en campaña, si viene alguien preguntando nunca es antes de las doce; sin embargo, esta mañana a eso de las ocho apareció por aquí. Estaba en la entrada de la fábrica una señora con vestido negro y cabello blanco recogido en una coleta envuelta en una atmósfera lechosa, plantada junto a nuestro cartel «Almazara La Cueva». Aunque tengamos el arroyo cerca, no es usual que la niebla venga y, si la hay, se levanta pronto y nos abandona de forma repentina, pero hoy tenemos una londinense que no quiere irse, nos oculta el sol, como si estuviéramos en una gruta. Después del saludo le preguntó a Demetrio si había algún trabajo para ella, él le contestó que no; lógico, primero, por ser una desconocida, aunque algún forastero bueno hemos tenido; y, segundo, por la edad: aparentaba unos setenta u ochenta. Como *tú*, dirá usted, y no puedo negarlo, además, mujeres del pueblo de mi edad y fuertes han pasado por aquí; esta almazara, al fin y al cabo, es de todos y si se puede echar una mano a alguien, se le echa...

Aunque Demetrio le dijo que no, ella dio unos pasos, en la bandolera cruzada llevaba su cámara, la que usted encontró, y pidió dar una vuelta por la fábrica para ver si podía ofrecernos un trabajo. Petición rara, ¿no le parece? Yo, que había salido de la oficina al oírles hablar, me acerqué a la puerta. Le pregunté si había estado alguna vez en una almazara, orujera o encurtido de aceitunas. Ella dijo que no. Me sorprendió, la verdad, nadie busca trabajo en una almazara sin conocer la faena, como si ella tuviera unas habilidades que la capacitaran para *regalar* su saber en cualquier fábrica, más aún, en este siglo XXI tan tecnológico. Por hacer más rica la anécdota que contaría esta noche en el bar, quise saber si tenía alguna relación con el mundo del aceite. Ella volvió a negar. Y ya ve, por poder decir que negó tres veces al sector oleícola, le pregunté si, al menos, le apasionaban las aceitunas. Efectivamente, reiteró la negación. No me lo tome a mal, uno es solo un viejo estúpido. Me miró, no diría orgullosa, tampoco desafiante... En ese momento, no me pregunte por qué, será

porque me sobraba tiempo, o porque ya me había alcanzado la vergüenza por mi actitud, le dije que le enseñaría la almazara, no sé si usted conoce cómo se obtiene el aceite.

—Sí, aunque me vea trajeado, algo sé, de hecho...

—Ganó su primer sueldo en una cuadrilla.

—Sí, lo adivinó —reconoció el inspector, acomodándose en la silla.

—Claro, normal en esta provincia. Antes de mostrarle la almazara, le pregunté si quería cambiarse de calzado, para que no se manchase sus alpargatas de esparto; rehusó, pero sí aceptó mi viejo bastón de nogal. En el mismo patio le expliqué tranquilamente, aunque luego me di cuenta que era innecesaria toda explicación, cuál era el funcionamiento de la fábrica; la verdad es que tengo don de palabra, será por ser un lector voraz, o por ser un cinéfilo. Resumiendo, le expuse que, en nuestra almazara, como en todas, entran las aceitunas y, tras una serie de fases que adorné en exceso, se obtiene el aceite de oliva. ¿Sabe lo que me dijo?

—No, ni idea y, sinceramente, no estoy para adivinanzas —El inspector entrecerró los ojos y dio una calada profunda al cigarro cogido con el pulgar y el índice, exhaló el humo por una de sus comisuras.

—Se apoyó en el bastón firmemente, me miró como si evaluase si merecía la pena que yo escuchara lo que me tenía que decir y se sacudió la falda morada procesión.

*Montesinos, yo siempre he sentido la almazara como un ser vivo, uno maravilloso, mitológico, más me lo parece hoy con esta bruma que desdibuja su boca de cintas transportadoras y sus mofletes de tolvas verdes. Los esforzados olivaderos lo miman y lo alimentan con la deliciosa cosecha de aceitunas y la almazara, un ser sabio, transforma las hojas y ramillas en sabroso alimento para los animales, las piedras de la limpia en útil relleno para los caminos, el hueso de aceituna en apetecible biocombustible, el agua de lavado en necesaria fuente para el campo y la pulpa, la ambrosía de la aceituna, en aceite de oliva para disfrute de las personas. De hecho, usted podría presentar a*

*este ser mitológico, tal vez exagerando un poco, como sostén de los cuatro elementos de la naturaleza.*

—Alonso, yo en ningún momento le había dicho mi nombre, en verdad, ni mi apellido, Solano; si no nos habíamos presentado, menos le iba a decir mi apodo. Mis antepasados siempre vivieron en las cuevas encaladas que están en la falda de la ermita, ya no, claro, la generación de mi abuelo fue la última, pero el apodo perdura, al patriarca de la familia siempre se le ha llamado Montesinos. ¿Cómo lo podría saber ella?, únicamente los muy allegados me llaman así, para el resto del pueblo soy Solano. Además, cuando escuché lo del ser mitológico, los cuatro elementos... guardé silencio, desvalido. En ese momento supe que ella también tendría una anécdota que contar, que las tres negaciones que me regaló eran tres risotadas que tuvo la buena educación de no airear. Ese razonamiento nace de unos sentimientos alimentados desde la propia raíz del olivo. Derrotado, le ofrecí mi brazo, se asió a él y me entregó mi viejo bastón como si presintiera que necesitaba un amigo; en esa proximidad aprecié en el vestido unos lunares discretos, blanquecinos, y degusté un ligero aroma a tomate. Después, nos dirigimos, guiados por ella, hacia el olivo centenario del patio.

*Montesinos, antiguamente los olivos también vivían en esta tierra donde se asienta la almazara. Cierta que no era tan plana como ahora, sino una ladera juguetona que se extendía hasta descansar en el río que, por aquella época, tenía un puente de piedra con un blasón en el centro del ojo. Veníamos por esta zona a almorzar, cruzábamos el puente, subíamos la suave pendiente y nos acomodábamos cerca de un venero que había por aquí. Después de la comida, los mayores dormitaban a la sombra de un buen olivo y los niños jugábamos. En primavera, seleccionábamos las ramas tiernas más floridas y nos hacíamos unas tiaras verdes y blancas muy hermosas. Y justo cuando los adultos decían de irnos, para alargar algo más la estancia, yo corría como loca, con mi faldita persiguiéndome, el pelo negro bailando y a carcajadas iba de un olivo a otro en zigzag.*

—La contemplé con compasión, estaba totalmente desorientada, nuestra almazara está aquí desde hace dos siglos. Alonso, sentí pudor al escuchar esas palabras, a veces me ha pasado algo así, estar en un sitio y pensar que estoy en otro. No es que hayamos perdido la razón, sino que

el corazón presente algo que hace que te transportes a otro tiempo, a otro lugar. Cuando eso me ha ocurrido, yo estaba con alguno de mis hijos, normalmente con el mayor, el futuro Montesinos. Ella, por el contrario, tenía a su vera un extraño que había intentado dejarla en ridículo. No me parecía honesto seguir y no advertirle del error, permitir que siguiera soñando con un pasado que no había existido, al menos en este lugar, pero no encontré los arrestos para enfrentarme a su mirada. Pensé que tampoco le haría mal dar un paseo y hablar con alguien que estaba dispuesto a escuchar. La animé a seguir andando para acercarnos al pozo, la niebla muy espesa persistía, el sol no encontraba ni un minúsculo lucernario. ¿Otro cigarrillo?

—Solano, me ha adivinado usted el pensamiento. ¿La vio andar con inseguridad, titubear?

—... No, al contrario, desde que me devolvió el bastón diría que, después de acomodarse un par de veces la cámara de fotos, comenzó a andar con un aire más resuelto, coqueto incluso, y antes de llegar al pozo liberó el pelo apenas entrecano y me brindó una tersa sonrisa.

—¿Falda negra o morada procesión?, ¿pelo blanco o apenas entrecano? ¡Tiene que ser más preciso! —Cada palabra de la última frase la acompañó con un golpe seco de uno de sus índices en la carpeta de cuero.

—... Tenía pensado decir, por no parecer loco, que la falda era siempre negra y su cabello blanco, tal y como la vio Demetrio. Pero qué sentido tendría, después de lo que ha ocurrido. Así pasó, o así lo viví.

—Pero eso no tiene ningún sentido, haga memoria, tal vez sufrió usted uno de esos vahídos que le dan con su hijo, o ahora esté empezando a tener alucinaciones.

—... Pudiera ser, pero no creo. Déjeme seguir, por favor. Como le decía, nos dirigimos hacia el pozo que es puramente ornamental, ya que la bomba para extraer agua la tenemos arriba, al lado de la entrada. Mi padre me contaba que de niño sacaban de allí agua, ahora simplemente es para que los chavales vean cómo se hacían las cosas antiguamente.

*Este pozo... será el venero que le comentaba antes, sí, lo presiento; era caudaloso todo el año, aunque más en invierno. No tenía este brocal ni el pozal, el agua susurraba a pie llano y por su propio peso se deslizaba por el tobogán de la ladera hasta sumarse a la del río. En la junta había una poza cristalina no muy profunda, hacíamos pie, en la que nos bañábamos los niños antes del almuerzo. Jugábamos a salpicarnos agua o barro, a carreras con las hojas plateadas de olivo... ¡Mire! No me había dicho nada, este es el blasón del puente que le decía, ¿se acuerda?*

—Alonso, el blasón está incrustado en el propio brocal del pozo, seguramente usted no se habrá percatado; yo no tengo noticias de que estuviera en ningún puente. Ella se puso de rodillas, con ambas manos lo tocaba, más bien lo veneraba, pensaría que ese escudo daba credibilidad a lo que me contaba. Aunque, como le he dicho, no le había comentado nada, ella tuvo que notar por mi expresión, si no que la tomaba por loca, sí, al menos, que no me creía lo que me decía. Recorrió cada uno de los recovecos de la piedra. Guardé silencio, porque uno no sabe qué significan algunos símbolos, de qué memoria brotan algunas demostraciones de afecto. Cogió la cámara, pero no tomó ninguna foto; sin embargo, me comentó que era lo único valioso que tenía, que era toda su vida. Se levantó de un juvenil salto como si quisiera desechar un recuerdo, se volvió con decisión y echó a andar ligera, demasiado rápido para mí, aunque la podría haber seguido por la fragancia a alloza que emanaba, en su falda de tablas...

—¿Qué...?

—Almendra verde, es lo que iba a preguntar, ¿no?, que qué era una alloza.

—Sí, lo adivinó, otra vez —afirmó el inspector, moviéndose inquieto en la silla.

—Como le decía, ahora en su falda de tablas la parte interna de los pliegues verdeaba y la externa era violeta, las pocas canas del cabello habían dejado paso a un color negro brillante. No me mire así, yo lo viví sin sobresalto, como algo natural en ella, como si fuera su particular maduración, como un dulce embrujo del que no quería despertar a pesar de lo extraordinario, o más bien por eso. Únicamente dio un par de pasos y se quedó parada, mirando el horizonte. Supuse que algún otro recuerdo

había ensombrecido su alegría, por eso le propuse ver el molino antiguo; suelo dejarlo para el final de las visitas guiadas porque impresiona ver cómo se obtenía antiguamente el aceite, está rodeado de los depósitos, como si le rindieran homenaje a la primitiva forma de extracción del aceite.

*El molino de piedra transmite paz, sosiego, me hace sentir como en casa. La fuerte inclinación de las muelas habla de su personalidad, el granito desportillado de su vida, el aroma que aún se percibe de su tradición. ¿Puedo sentarme?*

—Le dije que sí. Le comenté que iba a dar la luz decorativa del molino, lo hace aún más imponente. A los pocos pasos escuché jaleo, me di la vuelta y la observé: era ya una niña. Estaba dando cabriolas y a carcajadas iba de un depósito a otro en zigzag; su imagen multiplicada infinitamente en las superficies especulares de los depósitos brillantes. Era feliz. No sé qué pude tardar, no más de un minuto. Cuando regresé... ya sabe lo que había. El vestido verde aceituna y la cámara de fotos. Busqué a la niña, a la adulta o a la vieja, pero no encontré a nadie. Llamé a Demetrio para que viniera inmediatamente, pero tenía la seguridad de que él tampoco la hallaría. Después ya sabe, llamamos a la policía.

—¿Nada más?, ¿alguien trasteó la cámara o tocó el vestido? —preguntó apoyando los antebrazos en la mesa del despacho de la oficina.

—No, nos dio reparo tocar algo, como si el vestido y la cámara fueran su propio cuerpo tendido.

—No hay quien pueda creer lo que cuenta, por muy agotado que me encuentre por el duermevela. Al contrario que usted, yo soy muy racional —El inspector se dejó caer en el respaldo de la silla y resopló.

—Pero usted, Alonso, me cree.

—No, Solano, pero creo que no miente. Usted piensa que realmente ocurrió toda esa fantasía que me ha contado —El inspector abrió con parsimonia la carpeta de cuero—. Mire estas tres fotos, por favor, son de la cámara de ella.

—Esta... es una ladera con olivos, muy hermosos, por cierto. Esta otra... una poza de la junta de dos arroyos mansos. Esta... me parece increíble... tal y como lo encontramos, el vestido verde aceituna, con la falda extendida como un capote, a los pies de mi molino de piedra. Está hecha desde arriba, cómo pudo hacerlo. No lo entiendo, pero tampoco me sorprende... Fíjese, parece que hay un hilito de aceite que mana del propio vestido y va al sumidero del antiguo aljorín, ¿lo ve?

—Sí, es verdad, ¿y eso es importante?

—Nunca hay aceite tirado en la bodega. De hecho, cuando regresé de dar la luz y me encontré esa... composición, no había aceite, seguro, uno tiene el ojo acostumbrado. Vamos fuera, venga conmigo. Ese sumidero da a una vieja alberquilla en desuso. Si ahora tiene algo, será agua que se haya filtrado, si no estará seca.

—Parece mentira que todavía permanezca el manto de la niebla, ¿qué espera encontrar aquí? —preguntó el inspector antes de entrar en un pequeño cuarto.

—No lo que estamos viendo, desde luego.

—¿Qué ocurre?, es aceite únicamente, ¿no?

—Aspire profundamente, mejor si cierra los ojos y se concentra, olerá una fragancia a manzana verde y a hoja de olivo, con carácter. ¿Sabe? Huele a mi niñez, cuando, sin ninguna presión, sino por el propio peso de las aceitunas, manaba el primer zumo. La flor del aceite.

—¿Qué me está diciendo, que ella...?

—Yo le he contado lo que ha ocurrido desde que ella vino esta mañana. No le digo nada. Los dos estamos observando lo mismo.

El inspector salió al exterior. Lucía el sol.

# Retorno

Guillermo Pedrosa Calvache

Para Jacob el precio de la longevidad residía en sufrir el cambio y el deterioro del mundo en sus propias carnes. Ser testigo del tiempo suponía también convertirse en un soldado silenciado que ve cómo un enemigo, invencible y eterno, crece a una velocidad demoledora para seguir destruyendo todo cuanto amas. Y, de alguna manera, ser el observador involuntario de un mundo que camina hacia su propia extinción.

Los olivares jiennenses, mucho más longevos que Jacob, eran una prueba fehaciente de ese transitar implacable hacia la autodestrucción. Recordaba cómo, a la edad de 6 años, corría entre aquellos árboles de tronco arrugado y hojas finas ordeñando sus ramas y llenando espuelas con aceitunas brillantes. El jugo de esos frutos había alimentado la vida de su familia durante generaciones. Jacob recordó con cariño a La Tosca, una vieja mula que los acompañaba en los días de recogida albergando en sus alforjas los embutidos y el pan que tomaban a media mañana. Ahora, a sus casi sesenta años, todo era distinto.

Desde su despacho, y haciendo uso de dispositivos tecnológicos de última generación, Jacob controlaba una de las mayores plantaciones oliveras del mundo. Pero rara vez caminaba entre sus árboles. El olivar estaba cubierto por una enorme cúpula para evitar riesgos de contaminación, parásitos, plagas e incendios. Su misión consistía en controlar las

condiciones ambientales de aquel pequeño universo oleícola cerrado al exterior para conseguir su rendimiento óptimo. Esa misma mañana había programado al dron para que tomara fotografías aéreas y había activado los sensores para registrar la temperatura, el grado de humedad y otros indicadores del área de cultivo. La campaña de recogida era inminente y todo debía estar a punto.

Se sentó frente al ordenador y esperó a que llegaran a su pantalla las imágenes capturadas por el dron. Las fotografías mostraban un terreno muy diferente al que había conocido en su niñez. Los olivos estaban alineados matemáticamente, como si fueran los soldados de un ejército en formación. Y las copas de sus árboles eran perfectamente simétricas para facilitar la labor de los vehículos de recolección automática. La provincia de Jaén había sido pionera en implantar aquel sistema de cultivo hiperintensivo donde todo estaba tecnológicamente controlado para potenciar la productividad del olivar.

Aquellos árboles ya no eran testigos del tiempo, pensó Jacob, confinados como estaban en un microcosmos en el que primaba el rigor científico y desarraigados de un crecimiento libre y salvaje ¿Cuánto tiempo hacía que no olía sus hojas o palpaba su piel de madera? No lo recordaba.

El sonido de la alarma le despertó de su ensimismamiento. OLIMAT, el complejo sistema de inteligencia artificial que aunaba todos los dispositivos de control del área de cultivo había activado una alerta. Un movimiento no programado había sido detectado en una de las hectáreas. Siguiendo el protocolo determinado para esos casos Jacob debía activar las cámaras de vigilancia. El dron ya había regresado a la central, no había personal técnico en la plantación ni ninguna operación programada para ese día. Aquella era una anomalía poco habitual.

Jacob miró sus manos, tenía los dedos largos y finos, y la piel blanca y delicada. Eran las manos de un ingeniero que precisa de la agilidad de sus dedos para teclear en el ordenador. Las manos de su padre, sin embargo, las recordaba inusualmente grandes, con la piel dura y tostada de trabajar en el campo y con la fuerza necesaria para sostener las varas que sacudían las ramas del olivo para que escupieran su bien máspreciado. Los dedos de

Jacob solo tenían que pulsar un botón para que los vehículos recolectores empezaran a circular entre los olivos y varearan, de forma automática, los brazos del árbol ¿Por qué le asaltaban aquellos pensamientos?

En un impulso, Jacob desconectó la alarma y se calzó sus botas de campo. No recordaba cuánto hacía que no se las ponía. Salió del despacho y caminó hasta la puerta de acceso a la gran cúpula. Dudó un instante antes de atreverse a entrar a la plantación. Era la primera vez que lo hacía saltándose el protocolo, pero aquel día se sentía preso de una extraña nostalgia que le dio valor para hacerlo. Cuando entró aspiró fuertemente por la nariz, el olor no era como lo recordaba, ni tampoco la tierra que pisaba. Era como estar en un jardín cuidadosamente esculpido, el terreno era llano y no había viento ni aire fresco.

Caminó en dirección a la zona donde había saltado la alarma. Cada olivo era igual que el anterior y semejante al siguiente. Con la misma estructura, la misma forma. El sistema de poda era muy exigente para que los vehículos recolectores pudieran ser eficientes, si una rama se alargaba de más se amputaba sin dilación. Aquellos árboles habían perdido toda seña de identidad, pensó con tristeza, desde el punto de vista de la productividad no significaban nada a nivel individual y, sin embargo, lo eran todo como colectivo.

Cuando llegó al lugar en el que había sido detectado el movimiento, Jacob no podía creer lo que veían sus ojos. La Tosca caminaba con su parsimonia habitual entre los olivos, rascándose el lomo con sus ramas y rumiando con aspereza. La mula se percató de su presencia y se acercó a él para que le acariciara tras las orejas, como hacía cuando era niño. Jacob, enmudecido por el asombro, sintió como su corazón empezaba repicar como un timbal dentro de su costillar. Tuvo que arrodillarse y agachar la cabeza para recuperar la calma. La Tosca, confusa, le golpeó suavemente con el hocico. Jacob respiró profundamente varias veces antes de levantar el rostro y entonces lo vio. Un olivar muy distinto al que dominaba desde la sala de control, con olivos bravos, desordenados y agarrados con raíces fornidas a una tierra agrietada y desnivelada. El olor era amargo y áspero. Eran las tierras de su niñez, escuchó las voces de su familia a lo lejos y corrió hacia ellas.

Ya casi estaba, podía percibir aquellas voces detrás del árbol que tenía delante, pero al rodearlo todo volvió la normalidad. La tierra plana, la alineación matemática de los troncos y la simetría de sus ramas. Incluso la Tosca había desaparecido. Caminó durante varios minutos con la vaga esperanza de poder regresar. Afligido por la añoranza corrió con todas sus fuerzas hasta que no pudo más. «¡Papá!», gritó.

Sentía que le faltaba el aire. Aquel oxígeno aprisionado en la cúpula no empapaba sus pulmones. Empezó a andar en dirección a la puerta de acceso para salir de allí, pero sus pies comenzaron a hundirse en la tierra hasta que no pudo moverse más. Allí, atrapado en el suelo y arraigado a la misma tierra que aquellos olivos, Jacob experimentó el desamparo que asolaba a aquellos tristes árboles. Sintió como aquella atmósfera artificial y manipulada por él mismo a través de OLIMAT le asfixiaba.

Hundió sus dedos en la tierra y tiró con toda la fuerza que le permitían sus brazos. Consiguió sacar las piernas y trató de arrastrarse hacia la salida. Pero la tierra comenzó a engullirlo lentamente y a pocos metros de la puerta estaba casi enterrado. «Un esfuerzo más», se dijo alzando su brazo por encima del nivel del suelo. Sintió como una mano ajena agarraba la suya. Una mano áspera y fuerte tiró de él para ayudarlo a escapar de las entrañas de la tierra. «¡Papá!». Al salir no había nadie. Se puso en pie, salió de la plantación y corrió hacia la sala de control. Como si solo allí pudiera estar a salvo. Cuando entró todos los dispositivos de alerta estaban enloquecidos.

—¿Jacob?, contesta Jacob. —siguiendo el protocolo OLIMAT había establecido comunicación telemática con la base central de la corporación.

—Aquí Jacob. —respondió tratando de ocultar su fatiga.

—¿Qué ha pasado? Han saltado todos los dispositivos de alarma. —informó.

—Los olivos, son los olivos. —titubeó sin saber muy bien cómo explicarse.

—¿Qué pasa con los olivos?

—Se están muriendo.

—Según mis datos los indicadores ambientales son correctos. Comprueba si es un fallo del sistema.

—Los olivos no están bien, se están quedando sin aire, lo he sentido. Ha sido como si por un momento fuera uno de ellos. —dijo Jacob, siendo consciente de que sus palabras no tenían sentido.

—¿Estás bien? Te escucho alterado.

—Estoy bien, sólo que... Hay que hacerlo.

—¿Hacer el qué?

—Abrir la cúpula.

—Jacob, creo que puedes estar sufriendo un ataque de pánico o una crisis nerviosa. Esa idea no es racional. Vamos a proceder a bloquear tu sistema de control. Intenta calmarte y mantente en comunicación. Vamos a enviar a un equipo de emergencia.

—No, no lo entiendes y no lo puedes entender. Hay que abrirla.

«Sistema bloqueado», anunció OLIMAT. Jacob comprobó que, efectivamente, había perdido el control de todos los dispositivos de la plantación. Hundió el rostro entre sus rodillas ¿Era posible que todo fuera un ataque de pánico? La Tosca deambulando entre los árboles como hace tantos años, las voces familiares, estaba seguro de haberlas oído. La tierra tragándosele vivo y la mano de su padre salvándole en el último momento. Nada tenía sentido. La explicación más sensata era que había perdido el juicio o que padecía algún tipo de enajenación transitoria.

Durante muchos años su toma de decisiones había estado determinada por la lógica implacable de los resultados, por la ciencia de la productividad y el rendimiento. Aquella, pensó, era la primera vez en muchos años que actuaba de manera irracional, y que se había dejado llevar por un huracán de emociones. «Hoy es el día», decidió con ímpetu.

La plantación contaba con un sistema manual para, en caso de accidente, abrir la cúpula. Estaba contemplado para situaciones excepcionales. Jacob tuvo que recurrir al manual para saber cómo hacerlo, era algo tan improbable que no recordaba el procedimiento. Debía darse prisa, el equipo no tardaría en llegar. Sus ojos, ágiles y encendidos por la llama de un entusiasmo desconocido, recorrieron las páginas de aquel libro infinito hasta dar con la clave.

Corrió hasta la sala de control manual. Una pequeña habitación pareja a la cúpula donde estaba el mecanismo de apertura. Jacob dudó antes de activarlo. No porque aquella acción fuera a sepultar para siempre su futuro profesional en la plantación, y en el sector oleícola en general, ni por miedo a que todo fuera resultado de un episodio de locura transitoria. Dudó al pensar qué opinaría su padre si pudiera verlo, ¿se sentiría orgulloso? A él nunca le habría gustado ver a aquellos olivos encerrados en una cúpula, pero tampoco le gustaría verle tirar su carrera profesional a la basura en un solo día. Finalmente, activó el mecanismo y la cúpula se abrió. Después arrancó una de varas de los vehículos recolectores y destruyó los mecanismos de apertura automáticos para que no pudieran volver a cerrarla.

Escuchó como el vehículo con el equipo de emergencia aparcaba al otro lado de la sala de control. «Ya está hecho», se dijo con satisfacción. Antes de que lo detuvieran volvió a caminar entre aquellos olivos que por fin podían sentir el viento. Y vio como algunas ramas bailaban a merced de aquellos nuevos aires.

# Confidencias de un olivo

Charlie A Secas

Veranear al amparo del campo bajo un sol de justicia hacía parecer a la alberca que recogía el agua del minado, un spa de lujo. De agua siempre helada por estrenada en su constante alimento a través de una manguera que, como una vena henchida en sangre, la llenaba de noche para regar bancales de papas, durante el día desangrándose mientras yo disfrutaba de baños que contaban, uno a uno, aquellos días de mi juventud.

Veranear con el sol chillando a voces después del almuerzo al que intentaba engañar acurrucado en la umbría convertida en castillo inexpugnable, del vuelo de un olivo especialmente grande con mi perra que me hacía de Sancho y yo como caudillo en ciernes de una mayoría de edad que ya llamaba a mi puerta y a la que apenas oía, igual que le pasa a la vida cuando la muerte aparece y nos lleva, siempre pronto, aunque sea tarde, sin tiempo de poder rezar un último Padrenuestro. Y creo esto, aunque nunca me haya muerto, no del todo, al menos, que un poco sí que lo he hecho, como a todos nos ocurre cuando dejas de ser niño, que es como ser intocable, aunque no lo seas.

Y de alguno de aquellos días recuerdo, ya tardeando, que buscando gazapos a los que probar puntería entre los terruños resecos y agostados del olivar donde solía sestear, armado con tirachinas y toda la vida por delante, tropecé con un olor nauseabundo que desvió mi atención de ca-

zador, muy fracasado, en pos de eso que hace surgir la aventura, la mera curiosidad. Llamé a la perra, entretenida haciendo hoyos veinte pasos adelante, y al subir un repecho que terminaba justo en la hilada fronteriza del olivar con un trigal ya desmenuzado por las alturas que estábamos del año, vimos un rebaño de ovejas, todas con la cabeza gacha ramoneando los restos diseminados en el bancal. Fue entonces cuando sin aviso de la puñetera, sin decirme nada y eso que era su amigo, apenas coronar la loma y sin nada de espera, la perra se arrancó flechada sin poder contenerla dispuesta a correr a las ovejas y yo corrí tras la perra amenazándola de muerte sin ningún éxito de pararla, pues cuanto más le gritaba, ella más corría. Las ovejas huyeron coordinadas como olas de estorninos en el aire intentando poner distancia de por medio, lo que azuzó más a mi Sancho, que degradé en ese instante a chucho del demonio y se puso a perseguir, ahora a una, ahora a otra como si no hubiera un mañana con la lengua fuera y lo que me pareció una sonrisa en el hocico de lo que estaba disfrutando.

Rendido tras la carrera me hiqué de rodillas apoyando las manos en la tierra jadeando con el corazón en la boca, intentando recuperar algo de resuello. Fue entonces cuando, de entre una mancha de higueras que dominaba el bancal, resonó un silbido largo y portentoso que, como un disparo de salida, juntó dos enormes mastines en pos del tumulto formado. Jamás había visto perros como aquellos, grandes no, enormes, con lomos lanudos que daba calor verlos, y que con un andar pesado pero ligero se dirigieron hacia donde la perra campaba, ladrando con roncros y espaciados ladridos que hablaban, por lo menos yo los entendí así, de terror y espanto. Llamé a la perra desgañitándome en voces y aspavientos, pero entretenida en esa orgía que se había montado no me prestó atención y siguió a lo suyo, que no era sino acojonar a las ovejas, que morder no mordía a ninguna, así que no había peligro de muerte salvo que alguna estuviera sensible del corazón. Y mientras gritaba echando un ojo a la perra a ver si me miraba, con el otro observaba cómo los mastines se separaban yendo uno por un lado y el otro por la contra, envolviendo en táctica maniobra a esa loca de remate que sin darse cuenta se estaba viendo rodeada, sin posibilidad de escape y con miras a un fatal desenlace. Pensé en correr de nuevo hacia la perra, pues ya estaba recuperado del resuello, pero no lo vi claro. Por un lado, un mastín; por el otro, otro.

Quita, quita. Así que corrí hacia la higuera bordeando el campo lejos de los mastines en pos del dueño del silbido aquel. Corrí como alma que lleva el diablo mientras la perra ya había advertido el peligro y había parado de perseguir ovejas, pero ya era demasiado tarde, la maniobra de los perros pastores la había finalmente acorralado y ambos se acercaban sin dejar salida posible de escape. Llegué a la higuera y vi una muchacha tranquilamente sentada sobre una alpaca de trigo segado que se volvió al verme y comenzó a hablarme.

—¿Es tuya la perra? —me preguntó con calma. Debía tener, más o menos, mi edad. Era guapa.

—Sí —contesté con urgencia. —Yo... lo siento. Se me ha escapado. Por favor, no dejes que tus perros le hagan daño. Es todavía algo cachorra y solo quería jugar.

Suspiré aliviado cuando ella se levantó y se asomó fuera de la sombra que proporcionaba la higuera. Entonces, silbó llevándose una mano en postura hacia la boca y sonó un fuerte acorde claramente distinto al primero que había oído. Supuse con acierto que era de llamada cuando, inmediatamente, los perros dejaron de ladrar y vi cómo acudían corriendo a la orden de su ama. Yo aproveché para llamar a voces a la mía que se quedó plantada en medio del erial sin saber qué hacer, sin duda la presencia de los mastines en su camino era el motivo.

—Gracias. —acerté a decirle. —Voy a por ella.

—No te preocupes, ataré a los perros.

—Sí, buena idea. Por cierto, me llamo Juan.

—Yo, Laura.

Laura veraneaba con sus abuelos y le gustaba dormir la siesta a la sombra de la higuera mientras echaba un ojo al rebaño del abuelo. De ello me enteré en las siguientes tardes en las que tomé por costumbre asomarme en su busca. Le pedí perdón por segunda vez y ella le quitó importancia. Después le pedí que me enseñara a silbar. El tercer día que regresé hici-

mos concursos de tiro con mi tirachinas y unos botes que poníamos cada vez más lejos. Las tardes volaban con Laura y yo comencé a sentir algo para lo que aún no tenía palabras. Empezaba en la boca de mi estómago, continuaba por sus pechos perfectos que se adivinaban de forma nítida bajo la camiseta de tirantes, para finalizar en un pensamiento constante cuando ella se mudó, creo que, para siempre, a mi cabeza. Alguna vez el abuelo asomaba por la higuera, sin duda para echar un ojo a su nieta, que no a sus ovejas, o a lo mejor a ambas. No estoy seguro. Sin embargo, eso se quedó apuntado donde yo apuntaba las cosas importantes, como algunos odios y rencores, o las diez teorías sobre cómo besar a una chica.

Una tarde la llevé a mi olivo, ese grande donde cabían cien personas dentro, o dos si Laura venía conmigo. Ese donde la noche se hacía a media tarde por lo tupido de su sombra y podías poner un colchón para echar la siesta. Un olivo que no era la higuera donde aparecía el abuelo de Laura.

—Así que este es tu sitio secreto.

—¿Te gusta?

—A mí me gustas tú —me soltó sin siquiera desenfundar una insinuación o un aviso que me alertara, así que me dio en pleno corazón. Este empezó a sangrar en ese momento y, aún hoy que escribo esto, todavía no ha parado de sangrar.

Fue la primera que vez que vi unos pechos desnudos cuando ella se quitó la camiseta, mirándome a los ojos sin que yo pudiese mirarla a ella, entretenido en su cuerpo e intentando recordar aquello de cómo besar a una chica.

—¿Y yo, te gusto?

El olivo cerró los ojos mientras nuestras lenguas se buscaron en un enredo interrumpido cuando Laura puso su rodilla sobre mi bragueta. Supongo que el tiempo y la práctica son de aquellas verdades que perduran precisamente por verdaderas y, aunque Laura estaba a años luz del que les escribe en cuanto a la práctica, era evidente que aún no había recorrido el camino entero, por lo que el acercamiento a mi miembro, que ya en ese

momento sentía listo para lo que pudiera venir, se vio interrumpido por la brusquedad que supuso un rodillazo en mis blandas partes.

—¡Joder! —exclamé protegiéndome con ambas manos mi hombría. Laura se separó al momento llevándose la mano a la boca con un gesto aterrado.

—Lo siento, lo siento...

—No, no importa... —intentaba decir mientras, doblado como una alcayata, boqueaba como un pez recién pescado.

—Déjame ayudarte, ven. Siéntate aquí —me dijo señalando el colchón. Yo me dejé llevar aún dolorido y me senté abrazado a mis rodillas mientras balanceaba mi cuerpo rítmicamente. Laura se sentó a mi lado tan cerca como la impenetrabilidad de los cuerpos permitía y yo, con la memoria fresca en mi inconsciente por el daño recibido, pugnaba por separarme de mi agresora. Así estuvimos, en una persecución en apenas diez centímetros hasta que me topé con el borde del colchón y tuve que rendirme.

—Déjame ayudarte. —me susurró al oído mientras su mano buscaba desabrocharme el pantalón. Y no sabiendo si me dolía más el rodillazo o el calor que sentía, mi cuerpo optó por el alivio urgente del, sin duda, peligro de incendio que sufría, no fuera a terminar aquello quemándome vivo y conmigo, ese olivo y a todo el planeta. Laura metió su mano y acarició mi entrepierna como si un perro fuera en una tarde limpia de vergüenzas. Mi boca se abrió en un gemido y ella la ocupó con su lengua mientras me separaba el calzoncillo dejando mi miembro cimbrando al aire, recogéndolo en su mano diestra que no por derecha, sino por sus menesteres. Y yo me volví loco mientras el placer me subía por la ingle, el estómago y el cuello, explotando en mi cabeza. Y cuando sentía que ya no podía más su voz me detuvo con nuevo susurro en mi oreja.

—Voy a mirarte más de cerca. Es por si hay lesiones —me dijo. Y yo sin saber lo que me decía, le dejé hacer porque, ya en ese instante, me había arrebatado el cuerpo hasta el último átomo, la voluntad de hablar y de existir, el alma misma. Su boca se acercó a la herida y la humedad no evitó

el incendio, pues me quemé entero derramando en su boca la sinceridad de ser al fin hombre, tres espasmos y todo mi deseo.

El olivo fue mi testigo y ahora es mi memoria. Y, cuando regreso a él, mi cuerpo tiembla al recordar aquella y otras tardes que vinieron y se fueron para no volver. Laura siempre existió en mi vida, aun cuando dejó de estar por una leucemia que se le cruzó, matándome por primera vez. Fue su abuelo quien me lo dijo, cuando otro verano prometía una vida entera. Sus lágrimas, al contármelo, se mezclaron con las mías mientras recordaba la última carta que recibí de ella donde, sin decírmelo, me lo decía y yo, ahora, al saberlo entendí aquellas letras que me mataron dos veces, la primera al leerlas y la segunda al comprenderlas.

«Se ha vuelto una costumbre en mis noches pensar en tu olivo. Lo hago como en alguien vivo al que puedo hablarle, como a un viejo amigo. Él me ha visto desnuda e indecente y supongo que eso lo convierte en confidente, por lo que, cada noche, antes de que me alcance el sueño, le cuento que te añoro, le digo cuánto te echo de menos. Y marco una herida en su tronco, que cuenta las veces que nos quisimos. Y, entonces, yo le suplico que si se nos viene la muerte, que sea en temprana visita, para que haga del nuestro un amor breve y eso lo convierta en eterno.»

# El alma de los olivos

Manuel Montoya Vicente

Los casi seiscientos kilómetros de conducción habían supuesto una especie de tregua en su sinvivir, pero ahora que se sabía cerca de la meta, sintió cómo el sufrimiento volvía a robarle el ánimo. Atrás había dejado los bloques grises de un Madrid siempre anónimo y el murmullo sordo del tráfico en la autovía para, lentamente, ir accediendo al sosiego de los espacios vacíos e inmensos del Levante almeriense. Los barrancos desnudos, los espartales ocres y las lomas quemadas le trajeron recuerdos de su infancia, memorias de dichas plagadas de chapuzones en las balsas de riego y de carreras junto a pitas y chumberas.

El contraste entre aquel entorno tan querido y el dolor que iba rezuando desde sus entrañas hizo que estuviese a punto de parar el coche y salir corriendo hasta dejarse caer sin fuerzas en cualquier sequeral perdido. Pero serenándose algo, tras respirar profundamente varias veces, se vio por fin con fuerzas para desgranar el poco trecho que faltaba.

Dejando la carretera de Carboneras torció al oeste hasta llegar al Llano y de allí hasta la alquería de Tomás, el padre de su padre. Al descrestar la siguiente línea de alturas distinguió el camino que moría en la hondonada, justo a las puertas del cortijo encalado que fue su casa en tantos veranos. Al irse aproximando adivinó al lado de la puerta la recogida silueta de

su abuelo sentado, recortándose contra el fondo azafranado de un sol ya casi oculto tras la sierra de Filabres.

Paró el coche, quitó el contacto y buscó fuerzas para salir y enfrentar su mirada a la del anciano. Temía aquel momento, sabedor de que jamás tuvo secreto alguno para aquel viejecillo bajito y de profundos ojos azules. Sin embargo, consciente de que no había marcha atrás, abrió la puerta y salió.

Contrariamente a lo que esperaba, ni su abuelo, ni su inseparable Lista, la podenca canela que era como su sombra, hicieron ademán de acercarse a él. Simplemente se incorporaron y se quedaron mirándole con gesto sereno. Ajenas a su propia voluntad, las piernas del joven cubrieron la distancia que le separaba del viejo campesino, mientras un grito desgarrador rompió el silencio del descampado:

—¡Abuelo!

Tomás abrió los brazos, mientras Lista ladraba dando brincos, hasta que Juan apretó al octogenario contra su pecho con todas sus fuerzas. Conforme empezaba a llorar en silencio y con los ojos cerrados, pudo percibir el olor que emanaba de la sempiterna gorrilla del anciano, una mezcla de romero, lavanda y naftalina que recordaba desde que tenía uso de razón.

El mayor dejó que su nieto echase fuera todo cuanto había reprimido durante semanas antes de decirle nada. Solo cuando notó que aflojaba el abrazo y que el temblor de los sollozos daba paso a una calma creciente, le habló con tono suave pero firme:

—¡Juanico, sabes que yo también quería a esa chiquilla! ¡Era como un ángel! ¡En la gloria esté!

¡Madre mía, si solo hace unos meses que estuvisteis aquí pasando un fin de semana largo!

De nuevo el llanto, otra vez las sacudidas lastimeras y los suspiros entrecortados mezclados con quejas infinitas, hasta que se quedaron los dos con la mirada fija el uno en la del otro.

—Yayo, ¿por qué? ¿Por qué me la han quitado? ¡No puedo seguir! ¡No tengo fuerzas!

Un beso en la mejilla como única respuesta. Una sonrisa cariñosa mientras le sujetaba la cara bañada en lágrimas, con sus dos manos huesudas y callosas.

—¡Ven, hijo mío! ¡Pasa, que vendrás rendido del viaje! ¡Vamos! —sentenció el campesino pasándole la mano por encima del hombro.

Sentado frente a la recia mesa de madera, por un momento repasó cuanto le rodeaba y se dio cuenta de que nada había cambiado desde la última vez, nada excepto que no tenía a Clara a su lado. Recordó que le había explicado una a una las fotografías de los estantes, los cuadros que colgaban de las paredes, las figuritas de porcelana del aparador y cómo, a cada relato le seguía una risa o una mirada de incredulidad. ¡Era tan cómplice de todo lo suyo! De nuevo se sintió solo, abandonado.

—¡Vamos, Juanico! ¡Venga, tómate esto mientras preparo unas buenas gachas! —le animó Tomás, mientras dejaba frente a él un platillo de aceitunas del cuquillo y un vaso de vino de Ohanes.

El joven no tenía hambre, sino una sensación de mareo fruto del viaje y del desánimo que no le abandonaba. Aun así, se quedó mirando las pequeñas olivas redondas, que iban del azabache al cárdeno sombrío pasando por el verdinegro. Junto a ellas, el dorado vinillo del barco centelleaba con el reflejo del cercano hogar.

Deseando asirse a algo familiar y cierto, se acercó una aceituna a la boca y, mientras lo hacía, supo apreciar el aroma del pimentón, el tomillo, el ajo, el limón y la cebolla con la que había sido aliñada. Al saborearla, la pulpa generosa y sus matices le devolvieron por un segundo a tiempos mejores, en los que no tenían cabida los lamentos. Repitió el gesto varias veces con deleite hasta que reparó en el vaso y se lo llevó a los labios. El vino pajizo entró sin estridencias dejando adivinar su suave graduación, esencias de retama y toques de barrica antigua. Cuando quiso darse cuenta, había dado buena cuenta del platillo de aceitunas y del vaso palmero de vino.

—¡Abuelo, esto está buenísimo, como siempre!

—¡Sí, hijo, lo auténtico nunca falla! —le respondió Tomás, mientras echaba la harina de maíz en el humeante perol de barro —. Y eso que, para los modernos, ninguna de las dos cosas, ni ese vinillo ni las olivicas, merecen la pena. Dicen que el vino de embarque no tiene salida comercial y que las lechinas necesitan demasiada mano de obra para ser rentables. Ya ves...

¡Ellos se lo pierden!

Durante la cena apenas hablaron y, cuando lo hicieron, fue para comentar cosas del momento como los años que tendría el perol o cómo seguía refrescando por las noches a pesar de estar junio casi vencido.

A la mañana siguiente, aunque Juan se despertó con las primeras luces, al llegar a la cocina ya se encontró preparado el desayuno. Unas buenas rebanadas de pan de hogaza con aceite, requesón de cabra y café de puchero, le acabaron animar.

—Juanico, ¿cómo estás? ¿Un poco mejor? —exclamó Tomás entrando en la estancia.

—Bueno, sí, yayo, pero en cuanto me olvido un segundo de ella, su sonrisa me vuelve a la cabeza. Es algo que me derrota...

—Ya, hijo, lo entiendo. Cuando murió tu abuela yo estuve a punto de dejarme ir y eso que estuve con ella casi sesenta años y tuvimos a tu padre y a la tía Carmen. Me imagino lo que tiene que ser perder a quien quieres, siendo joven y al poco de estar viviendo juntos — reconoció el anciano.

—Sí, abuelo, es algo que me supera. Sobre todo, porque se lo advertí. No te puedes imaginar la discusión que tuvimos un par de semanas antes de que se infectara. Le recordé que tenía asma y que sus propios compañeros le habían desaconsejado seguir trabajando con enfermos del virus, pero fue inútil. Me dijo que era enfermera y que, por vocación, no podía renunciar a ayudar en esos momentos difíciles. Ya ves, al final cayó y no pude ni despedirme de ella.

Juan dejó de hablar para luego agachar la cabeza y llorar sin el menor sonido.

Tomás quiso respetar ese momento de dolor y tras darle un beso en la cabeza, le dejó tranquilo, consciente de que la serenidad y la reflexión serían el mejor bálsamo para restañar las heridas internas de su nieto.

Media hora más tarde, el joven reunió fuerzas para salir al exterior donde un sol franco bañaba las paredes albas del cortijo con tal intensidad que tuvo que entrecerrar los ojos.

—Hombre, ¿dispuesto a dar un paseo? —quiso saber Tomás.

—¡Sí, claro que sí! ¿A dónde vamos? —respondió animado el joven.

—Aquí cerca, a la loma de los olivos, ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, abuelo. Además, si no me equivoco, puede que aún tengan flores, ¿verdad?

—¡Eso es! Veo que tienes buena memoria. Los olivos Lechín de Granada florecen tardíamente y, además, este año la primavera ha sido más fría de lo habitual. La semana pasada muchos mostraban aún sus rapas con orgullo, aunque ya vi algunos cuajando. Sabes que son caprichosos y puede que hoy ya estén llenos de drupicas poco más grandes que la cabeza de un alfiler.

Tomás andaba aún con paso vivo y sus pies menudos salvaban piedras y matojos mientras seguían la sinuosa y casi imperceptible vereda. La perrilla, como si supiera que el único que podía dar un mal tropiezo era el joven, de tanto en tanto se giraba para comprobar que el urbanita seguía en pie y manteniendo el ritmo de marcha.

Pasado un cuarto de hora de caminata, el terreno empezó a elevarse en una especie de amplia balconada que luego parecía vencerse hacia una pronunciada barranca. El olivar semejava una ínsula de vida y alegría rodeada por un glauco mar de piedras, hierbajos y tierra agrietada.

¡Estaba precioso! Consciente de aquella belleza, el anciano se detuvo y, sin volver la cabeza, se quitó la gorra mientras decía en voz alta:

—¡Juanico! ¿Ves tú también la plata de las hojas acariciando el azul del cielo? ¿Notas cómo las olas de verdor mecen al aire sin el menor ruido?

—¡Sí, abuelo, esto es precioso! —reconoció Juan, sin dejar de admirar el orden y la exactitud con la que aquel medio centenar de olivos formaban a lo largo y ancho de una hectárea, cual tropa de soldados veteranos presentando sus armas con marcial gallardía.

—¡Ven hijo, quiero que veas algo! —y arrancando de nuevo el paso, bordeó la línea oriental de olivos hasta llegar frente al ejemplar de la esquina misma, el más cercano al terraplén que moría en una reseca torrentera. Se sentó frente al árbol e hizo un ademán, golpeando varias veces el suelo con la palma, para que su nieto se sentara a su lado.

—Juan, sabes que nací en 1931 y que, cuando me tenían que haber escolarizado, la guerra no les dio a mis padres la oportunidad de llevarme hasta la pequeña escuela de la aldea porque el maestro no venía desde Carboneras. Crecí trabajando la tierra y aprendiendo de ella, pero no supe leer ni escribir hasta que tu padre me enseñó siendo yo ya mayor, con más de cuarenta años —empezó a referir el campesino.

—Sí, yayo, todo eso lo sé, igual que también tengo claro que tu humanidad y tu verdadera cultura son enormes. Yo soy ingeniero, pero en casi todo, tengo que ser yo el que te pregunta —quiso aclarar el joven.

—No, mira, te cuento eso porque quiero explicarte algo que me hizo ver mi padre hace más de ochenta años. No tengo claro si para ti será algo importante, pero para mí, con mis limitaciones, siempre lo fue.

Juan, por el tono de revelación de algo secreto con que Tomás le empezó a hablar, se sintió transportado a las noches estivales de su niñez, en las que acababa dormido oyendo sus cuentos recitados de memoria.

—¡Adelante, abuelo, dime!

—Antes quiero hacerte una pregunta y darte una información — aseguró con voz solemne para, acto seguido, requerir: —¿Te gusta este olivo que tenemos en frente? Míralo bien antes de responder — puntualizó el viejo.

Juan se quedó examinando la olivera de variedad Cuquillo que tenía delante y, aunque no sabía demasiado sobre cuidados y podas, fue consciente de que se trataba de un árbol magnífico. Con alrededor de 1,30 metros de altura en su cruz y un solo pie, lucía cuatro ramas de vida de igual grosor y magistralmente alineadas en ángulos exactos de noventa grados, de modo que cada una de ellas era equidistante de las demás traseras. Se le veía sano, cuajado de incipientes frutos y su porte y vitalidad sobresalían sobre sus congéneres.

—Pues que es un olivo Lechín magnífico, abuelo —concluyó el nieto.

Satisfecho, el anciano se quedó pensativo unos segundos mientras acariciaba a Lista para seguidamente señalar:

—Ahora la información, Juanico. A este olivo, le alcanzó de lleno un rayo y lo partió por la mitad. Después, la chispa prendió en sus pies destrozados hasta dejarlos reducidos a poco más que tocones ennegrecidos y humeantes. Cuando siendo un crío de poco más de nueve años vine aquí con mi padre, noté el pesar de su mirada y me contó algo que nunca olvidaré. Eso es lo que hoy te quiero hacer ver, porque a mí me ha ayudado en los peores momentos.

—¿Qué te enseñó, abuelo?

—Pues verás, él siempre sintió algo muy especial por los olivos. Su padre y, antes que él, su abuelo, plantaron esta variedad ya casi olvidada en los campos de España. A pesar de ser de fruto pequeño, tardío y muy pegado a la rama, lo que dificulta su recolección, a ellos nunca les importó tener que ordeñarlos aceituna a aceituna con paciencia y mimo. Jamás consintieron que ni una sola de sus olivas tocaran el suelo. Para ellos, estos árboles eran como criaturas queridas a las que acunar con podas o pechos renovados, y decían que eran agradecidas porque les devolvían el

esfuerzo con las aceitunas más sabrosas para aliñar y con el mejor aceite que paladear.

—Ah, ya... —respondió Juan para demostrar que seguía atento, aunque sin saber dónde queríair a parar su abuelo.

—Bueno, como te digo, el disgusto de mi padre al ver los restos calcinados de este olivo era obvio por todo lo que te he dicho. Pero entonces hizo algo que me desconcertó. Cogiendo el mulo con el que habíamos venido, me dijo que me quedara aquí porque necesitaba acercarse al cortijo a por algo. Poco después volvió con una sierra grande y, remangándose la camisa, se puso a cortar el tocón quemado a ras de suelo. Cuando después de un buen rato de esfuerzo hubo acabado, se sentó a mi lado para reponerse y, estando como estamos tú y yo ahora, me dijo:

—Tomasico, ¿ves ese tocón cortado a ras de suelo? ¿Qué crees que será en el futuro?

—¿Pues qué puede esperar usted que sea, padre? Nada, tal vez un apoyo para sentarse o un buen lugar para dejar la fiambreira y almorzar. Poco más —respondí yo.

—Hijo, el alma de estos magníficos árboles no está en su tronco ni en sus ramas.

Aunque la firmeza de sus robustos pies te parezca su corazón, o que el brillo de sus hojas y aceitunas te atraigan más que nada, no te dejes llevar por las apariencias. Su esencia, su verdadero espíritu está en sus raíces. No puedes verlas porque se hunden en la tierra como queriendo guardar su pudorosa belleza a ojos extraños, pero es así. El olor del aceite que tenemos en casa, su sabor mezcla de dulzor y toques amargos, o la pulpa carnosa de nuestras aceitunas, no son sino recuerdos del enorme vigor de esa raigambre clavada en la tierra.

—No le entiendo, padre ...

—Te lo explico de otra manera, verás como así lo ves más fácil. Este triste muñón que apenas sobresale de la superficie, es el extremo visible

de otro árbol vuelto del revés bajo el suelo, que sigue con un alma plena y llena de vida. Sus ramas no sienten el aire, pero sí recogen agua y alimento y, sin dejarse admirar por nosotros, nutren al ser gemelo que sí podemos tocar y cosechar. Tomás, sin hojas sigue habiendo raíces, pero sin estas, jamás habrá nada. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. Me está diciendo que, aunque no lo pueda ver, el olivo sigue vivo y que tengo que tener fe en que puede recuperarse. ¿Es así?

—¡Eso es, hijo! Pero no solo hay que tener fe, también constancia diaria en esa creencia. Desde hoy y hasta que acaben tus días, lo cuidarás. Verás como de las primeras y débiles varetas que le salgan, a base de cuidado y cariño, llegará a ser un olivo aún más altivo que el que era antes del rayo. Y ¿sabes algo más?

—No, padre, dígame —le respondí aún confuso por cuanto me había enseñado.

—En esta vida, creo que los hombres somos como los olivos. Puede que sufras un revés brutal y te veas tan roto como estaba ese pobre olivo, pero si eres capaz de recordar que mientras tu alma siga intacta, sigues siendo persona, tendrás una segunda oportunidad. Por el contrario, si en lugar de buscar nuevas razones para vivir solo te dedicas a lamentar tu desgracia, acabarás siendo un triste leño reseco y muerto.

Tomás dejó de hablar. Girando la cabeza y posando sus pupilas en las de su nieto, le sonrió abiertamente, preguntándole sin palabras si había conseguido hacerle llegar el mensaje. Juan, sin apartarle la mirada, fue sincero al responder:

—Yayo, creo que empiezo a entenderte ...

—Sí, hijo, te conozco bien y estoy seguro de que me has comprendido. La pérdida de Clara te ha fulminado en tus sentimientos, en tus ilusiones. Pero, igual que ella murió por amor a los demás, tú debes vivir por ese mismo amor con mayúsculas. Tus raíces, que no son otra cosa que tus convicciones y tus valores, siguen intactas. Por eso, aunque tus ramas estén tronchadas y tus hojas secas, tu alma sigue viva y merece



una oportunidad. Clara no querría otra cosa que no fuese verte crecer de nuevo hacia el cielo para dejarte mecer por el aire limpio de la mañana. Con esa idea tienes que levantarte cada día.

Juan levantó la vista hasta el azul turquesa de un cielo infinito y notó cómo una certeza calaba dulcemente en su conciencia: no, no estaba en un pozo, sino en un túnel. Su abuelo le acababa de enseñar que aquella oscuridad tenía salida.

# Se acerca el invierno

Charlie A Secas

El avión descendió y noté el cambio de presión en los oídos. Me apresuré a pinzarme la nariz sintiendo un inmediato alivio. Como siempre que lo hacía, recordé mi época de submarinista, cuando pinzarte la nariz mientras te sumergías era una maniobra tan natural como respirar. El avión tomó tierra y contuve la respiración sin apenas ser consciente, sabía que la mayoría de accidentes se producían en el despegue o en el aterrizaje. Todo iba bien. Me puse a pensar en ella.

La había conocido en su Erasmus y nos habíamos enamorado cuando casi le clavo un dardo en el pub de O'Donell, junto al colegio universitario femenino de Dundee.

— ¡Estás loco! ¡Aquí hay personas, imbécil!

Yo creo que me enamoré cuando me insultó en ese español tan peculiar y que no me canso de escuchar. Después me enteraría de que, en Andalucía, se suelen comer las vocales y tienen un acento más endemoniado conforme más al sur te desplazas. Mi segunda lengua era el español por lo que no tuve dificultad en entenderla. Creo que su tono de voz y las

circunstancias hubieran hecho posible el hacerlo, aunque me hubiera hablado en hebreo.

—Estás en el campo de tiro, guapa. Mira por dónde vas. Así no vivirás mucho.

La discusión subió de tono y en el pub hacían apuestas, cinco a uno a favor de la española que mostraba una mala leche que acojonaba. Así que decidí ser un caballero antes que un amputado y la invité a una cerveza asumiendo mi derrota ante ella y ante la partida de dardos que jugaba.

—Me llamo Mariola —me dijo bebiéndose media pinta de un trago.

—Yo, Andrew. Andrés —le contesté sin poder dejar de mirarla.

El curso pasó velozmente mientras ella se graduaba en ingeniería forestal y yo en literatura inglesa. Se mudó a mi piso de estudiantes y perdió la virginidad mientras escuchábamos a Lou Reed en Satellite of love. Lo sé, no es una canción muy larga.

—Tienes que venir a mi casa, mi padre estará encantado de que mi novio haya estudiado literatura. Quiero presentártelo. Di que sí, di que sí...

No supe negarme.

—Hay un problema.

—¿Cuál?

—No puedo ir en verano. En verano trabajo como socorrista en Glasgow. Ya cuentan conmigo. Así que me perderé el sol de España.

—Pues en otoño.

—Imposible. En otoño se celebra el festival de cuentacuentos de Edimburgo. Tengo que escribir los cuentos, prepararlos..., imposible. Es algo que no quiero perderme, mi afición a la literatura nace de ese

festival. Pídemelo un riñón y te lo daré, pero no me pidas que me pierda el cuentacuentos.

—Ya sé lo que te pasa, no quieres venir.

—Eso no es cierto. Seguro que tu padre insulta el doble de bien que tú. Me muero porque me insulte. Iré en invierno ¿trato hecho?

—¡En invierno!

—Sí ¿qué pasa? Por mucho frío que haga en España en invierno te aseguro que no es ni parecido al que hace en Escocia. Lo soportaré.

—No es por eso.

—¿No, por qué es entonces?

—¿Has cogido alguna vez aceitunas?

Tras coger el equipaje me dirigí a la puerta de recepción. Mariola me recibió con una sonrisa enorme a la vez que se echaba en mis brazos. Nos besamos y todo fue perfecto. Solo faltaba la música de un violín. En lugar de eso escuché una carraspera. Qué poco oportuno, la ignoré. La carraspera insistió. Mariola se separó de mí bruscamente.

—Andrew, este es mi padre: Nicasio —dijo mostrándome con la mano a un hombre fornido, bajito y enjuto. ¿Cómo había dicho que se llamaba?

—Así que tú eres Andrés —el hombre se lanzó a por mí ignorando la mano que automáticamente yo había levantado y me abrazó palpándome como si me registrara. Eso hizo que me sintiera incómodo. No conocía las costumbres españolas más allá del idioma que llevaba años estudiando, pero no me arredré y en aras de una rápida adaptación a las costumbres locales me puse a palparlo de igual manera. Y ahí estábamos, tocándonos a punto de llegar al orgasmo cuando «Nicaso» me cogió de los antebrazos y me plantó dos besos en las mejillas que sonaron por encima de los altavoces del aeropuerto.

—Bienvenido. Vámonos, tenemos un largo camino hasta Jaén —dijo «Nicaso» mientras cogía mi equipaje y, dando unas zancadas enormes, voló hacia el aparcamiento.

Ya en el coche la animada conversación hizo que el viaje transcurriera veloz y, sin apenas darme cuenta, atravesábamos un lugar donde mataban y tiraban a los perros, por lo visto muy famoso, frontera natural de la región andaluza con el resto de España.

—Esta semana hará bueno —predijo «Nicaso» en voz alta.

—Mañana, al campo —continuó Mariola.

—Eso —intervine yo imbuido en la confianza de haber pasado más de dos horas conversando en el reducido espacio que conforma un automóvil—, mañana a hacer lo delas aceitunas.

—Se dice recoger, Andrew. Mañana iremos a recoger aceitunas. Y pasado, y el otro... —la voz de Mariola se me hizo inaudible al mirar por la ventanilla lateral de coche. Después de una serie de túneles se abría hasta donde la vista llegaba un mar de olivos. Miré por la contraria, y lo mismo. Olivos y olivos por todas partes formaban olas en el paisaje.

—¡Dios santo! —exclamé. «Nicaso» rio con fuerza.

—Lo mismo se piensa tu novio que tiene que recogerlos todos. Tranquilo Andrés, solo nos toca la mitad—terminó diciendo con tono serio.

—Claro, hombre. Solo es la mitad —siguió hablando Mariola.

—¡La mitad! ¿Pero cuántos hay?

—¿Cuántos dirías? —me preguntó Mariola.

—Hay, hay..., muchos.

Conforme íbamos devorando kilómetros intentaba establecer un algoritmo lógico que me permitiera estimar un número aproximado.

Las lomas se sucedían perpetuas en el monótono paisaje y yo sudaba cada vez más pensando que mi novia, lejos de parecer la encantadora y fogosa mujer de la que me había enamorado, era en realidad un maligno demonio enviado al norte para atraer mano de obra barata en un trabajo de condena por un delito que yo no había cometido. Entre intentar contar olivos y pensar cómo pelearme definitivamente con Mariola para escapar de todo aquello llegamos a nuestro destino.

—¿Qué, los has contado? —me preguntó «Nicaso».

—Joder, no. Pero tendréis máquinas, ¿no? Máquinas muy grandes.

—La aceituna se recoge a mano, Andrés. —Intervino Mariola—. Desde tiempos de los romanos. Ya verás mañana, pero no te preocupes, tú piensa...

—Ya. Solo la mitad —contesté.

Esa noche dormí mal. Iba en una galera con cadenas a los remos mientras un negro enorme hacía restallar su látigo en mi espalda a la vez que me acuciaba a que remara más rápido. Yo lo estaba dando todo, pero el barco apenas se movía. A punto de desfallecer miraba a mis compañeros remeros buscando algo de solidaridad, pero me daba cuenta que faltaban la mitad.

Mariola me despertó con un casto beso en la mejilla. Aún era noche oscura y entresueños vi claramente al negro del látigo besándome y encontré poco consuelo en nuestra nueva relación. Prefería el látigo.

—Andrés, Andrés..., soy yo, Mariola.

Escuché la voz lejana mientras el negro se difuminaba.

—¡Mariola! —exclamé aliviado.

—¿Por qué gritabas? Estabas teniendo una pesadilla. Dime, ¿con quién soñabas? Intentando aclarar mis pensamientos no acerté a contestar.

Aún seguía teniendo el recuerdo de aquel beso de la bestia en mi cara y trataba de ubicarme.

—Venga, vago. Ya es la hora. Arriba. Tenemos muchas aceitunas que recoger —la voz de Mariola timbraba alegre y desenfadada, pero a mí me hizo dudar y miré su mano a ver si había un látigo.

—Pero si es de noche —argüí.

—Dejará de serlo pronto. Tenemos que salir ahora para aprovechar todas las horas del día. Hay mucho trabajo.

—Pero si no vamos a terminar nunca, Mariola. Es imposible —Mariola sonreía—. Yo creo que hay trabajo al menos para diez años. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dime.

—¿Cuántos hay?

—Sesenta millones.

—¡Tú y tu padre estáis locos! Pero qué clase de personas sois, ¿esperáis recoger treinta millones de olivas en una semana? Se os ha ido la cabeza. Pensé que eras una persona normal, yo..., no parecías estar chiflada en Escocia, pero estás chiflada. ¡Y «Nicaso» también!

—¿Cómo lo has llamado?

—¿A quién?

—A mi padre.

—«Nicaso». ¿No es «Nicaso»?

Las risas de Mariola se oyeron como un estruendo en el silencio de la noche. Sin poder parar de reír se sentó sobre la cama y se retorció una y otra vez sin poder contenerse.

—¡Vais a despertar a todo el pueblo! —dijo «Nicaso» apareciendo por la puerta de mi dormitorio.

Entre carcajadas Mariola se levantó y fue hacia su padre a quien besó en la mejilla.

—Pero, ¿qué os pasa? —preguntó de nuevo su padre.

—Ni caso, papá. No nos hagas ni caso —dijo riendo aún más fuerte Mariola para terminar, sin poder dejar de reír, apremiándome a que me levantara.

—Hay café preparado. No desayunes que lo haremos en el campo. Te he dejado ropa sobre la silla, pónitela toda que hace frío. Te espero con «Nicaso» arreando los bártulos en el Land Rover.

Dicho esto, cogió a su padre por el brazo y lo arrastró fuera del dormitorio. Mientras se cerraba la puerta, oí parte de la conversación que se iniciaba entre padre e hija.

—¿Cómo me has llamado?

Mientras tanto tomé asiento lentamente sobre la cama sin entender muy bien lo que ocurría. No entendía las risas de Mariola ni su buen humor ante la tarea descomunal que nos esperaba. ¿Sería masoquista? ¿Bártulos? ¿Land Rover? Esta era una tierra extraña.

Al final entendí lo del Land Rover. Era como llamaban a un todoterreno donde me monté atrás junto con otros a los que supuse también enamorados. El todoterreno no tenía suspensión e íbamos botando todo el rato. En las cuestas nos apretujábamos unos a otros en una especie de sándwich humano en el que unas veces te tocaba la parte de arriba y otras la de abajo. Entendí que Mariola —ese ser infernal—, me dijera que no desayunara. Hubiera sido espeluznante.

Nos detuvimos en medio del mar de olivos. No vi nada en especial que indicara que ese, o aquel, era un olivo especial que supusiera el olivo cero por dónde empezar, o el jefe olivo, o yo qué sé qué cosa. Pero nos

bajamos del todoterreno y bajamos los bártulos, que resultaron ser unas cestas, una especie de redes de pesca —no seguí haciéndome preguntas al respecto por temor a que la cabeza me estallara— y unas varas muy largas.

«Nicaso» se acercó y fue repartiendo los bártulos con órdenes precisas que eran escuchadas y obedecidas por los enamorados sin preguntas que hacer. Cuando llegó mi turno me dijo.

—Tú con Mariola. Haz lo que ella te diga y así vas aprendiendo.

Mariola cogió una red de pescar y me indicó que la siguiera. Cuando llegó a un olivo cualquiera empezó con la lección.

—Esto son mantos. Se ponen a la sombra del olivo. ¿Ves? Así —Mariola desplegabá de forma hábil la red bajo las ramas del olivo, circundándolo. Después siguió con la explicación— Esto sirve para que cuando se varen las aceitunas, el fruto caiga aquí, después lo recogemos y lo llevamos al remolque. Cuando el remolque se llene, nos vamos. Mientras nos dedicamos a poner mantos bajo los olivos, Mariola tuvo a bien explicarme su bromilla sobre los treinta millones de olivos. Me sentí estúpido, pero me dieron ganas de besarla de la alegría que me entró. Me contuve, no fuera a aparecer «Nicaso» entre olivos.

—No es «Nicaso». Es Nicasio —me explicó entre risas Mariola mientras yo sudaba la gota gorda acarreando mantones repletos de aceitunas.

Después desayunamos migas y nos fuimos al caer la tarde. Trabajé como un mulo toda la semana acordándome cien veces de la expresión de Mariola en nuestra ya lejana conversación en Escocia. ¡En invierno! Dijo. Y no paraba de repetirme que venir a España en invierno era muy parecido a ir a Etiopía en plena plaga de langosta.

La semana pasó y volví a Escocia con varios kilos menos y un montón de experiencia en el campo andaluz. Alcuza, vareo, hilada, picual, agujetas..., mi vocabulario se había enriquecido en términos que, seguramente, jamás volvería a utilizar. Cuando nos despedimos en el aeropuerto, supe que nunca volvería a ver a Mariola. Había estado bien, pero nuestras vidas se separaban demasiado a partir de ahora. Ella gestionaría el olivar

de su padre que tenía poco más de cien cuerdas de extensión. Para eso había estudiado. Mi licenciatura en literatura me llevaría, sin duda, lejos del campo.

Aún me acuerdo de aquella experiencia tan distinta, del olor a campo, de comer con hambre, de dormir con sueño, de vivir levantado con la luna y acostado con el sol. Ahora, cuando me encuentro con un poco de aceite de oliva el cuerpo me tiembla y la tierra me reclama como a un hijo que tuvo y se alegra de volver a ver.



# El mejor pan del mundo

Fernando Quiles

Concluida la recopilación de cuentos y revisados los textos, me he regalado una detenida relectura de todos ellos, para recrearme, con igual emoción, con el relato de quienes habían buscado refugio en el olivar, así como lo cuentan en sus páginas. Y por ello mismo sentí la necesidad de compartir mi propia historia que, más allá de una vivencia relacionada con el olivar, tuvo que ver con su extinción. Es un relato de la agonía del olivar, a ojos de dos niños de pueblo que lo sufrieron, cada uno a su modo. Se trata de recuperar imágenes y sentimientos de la remota infancia, llamando con ello a los espíritus del pasado. No podía dejar de involucrarme con mi historia personal en esta experiencia narrativa nacida a la llamada de *Más Que Cuentos*. Es la mejor manera que tengo para agradecer el precioso regalo que nos han hecho quienes han escrito sus respectivos cuentos, al amparo de la iniciativa de la Asociación Cultural. Mi cuento dice así:

Antonio tenía mi edad, recién cumplidos los once años, cuando coincidimos en el internado. Era muy menudo, inquieto, además de charlatán y extremadamente simpático. En confianza le llamábamos Antoñito. Yo, que era su contrapunto, grandote y tranquilo, me ponía nervioso a veces a su lado. Era de Écija, aunque vivía en el campo, en una explotación olivarera que gobernaba su padre. No paraba de contarme sus vivencias en el campo, de lo mucho que disfrutaba al lado de sus dos hermanos, inventando las más extraordinarias aventuras, entre sus queridos árboles.

Me hablaba especialmente de un espécimen, un olivo gigante, que decía tenía mil años, que se erguía airoso a pesar de la edad, dando sombra incluso a la casa. Le llamaban “el grande” y era uno más de la familia.

Un lunes, de aquel frío febrero del setenta, después de que pasara el fin de semana en mi casa, le conté de mi vida en el pueblo y con lágrimas en los ojos le expresé mi anhelo por abandonar aquel encierro y recuperar mi verdadero sitio en el mundo. Él, que conectó conmigo desde el primer día en que nos conocimos, no pudo evitar dejarse llevar por los sentimientos, para recordar con gran nostalgia y honda pena cómo era la vida en el campo. Me llegó a contar el día a día de un niño de mi edad bajo un cielo azul y a la sombra de copudos olivos. Y también lloró desconsoladamente porque ese mismo fin de semana había tenido que vivir un drama “familiar”, relacionado con su paraíso en la tierra. Desde la última vez que estuvo en la finca, veinte días atrás, los amigables olivos habían desaparecido, dejando su lugar a un insultante yermo. Quedó la desvencijada casa, el pozo y a lo lejos, verdes manchas del olivar que huía despavorido.

Antoñito, más vulnerable que nunca, apenas acertó a derramarse sobre el terroso suelo:

—¡Papááááá...! ¿Y mis olivos...? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué han desaparecido?

Su padre lo abrazó, se puso a llorar con él y apenas logró musitar:

—¡Antonio, yo no quise, pero ya no es tiempo de olivos...! Se me partió el corazón cuando los tuve que arrancar. Me acordé de ti cuando “el grande” cayó. Pasaron por mi cabeza muchos de los momentos que vivimos cuando tu abuelo aún estaba con nosotros y nos abrazábamos al gigantón. Estuve por dejarlo, para seguir disfrutando de su compañía y su sombra. Pero lo vi tan solo, tan mustio porque todos los demás sucumbieron, que quise ahorrarle esa soledad.

Antoñito lloró mientras me lo contaba, yo lloré con él, algo avergonzado por el temor de que los demás internos nos vieran, pero sin poder



remediarlo. Me partió el corazón tanta amargura en mi amigo, quien había perdido algo tan querido como su olivar.

Ese sentimiento de tristeza compartida se convirtió en vergüenza cuando dos semanas más tarde volví a mi casa. Mi refugio por esta vez se transformó en el escenario de un hecho que me cargó de culpa.

Como de costumbre, cada vez que pasaba el fin de semana en mi casa, la mañana del sábado me levanté temprano, para ir al obrador de pan. Allí estaba mi padre, como siempre, en plena faena, con la pala en la mano y sembrando el horno de bollería recién amasada, al tiempo que retiraba la ya cocida.

Aquel sábado, una vez más, me sentí abstraído por la leña ardiendo que calentaba el horno. Su crepitar me arrullaba, casi me adormecía. Hacía oídos a ese fuego que consumía las nudosas ramas, una maraña anudada que agonizaban hasta convertirse en ceniza. Mi padre no cejaba en su empeño de sacarme del ensimismamiento. Yo le preguntaba sobre

la leña y el sentido último de esta tarea. Me hablaba de los árboles que acabarían siendo el sustento del fuego, permitiendo la cocción de la masa de pan. Un pan que endurecía en tanto la madera alimentaba la brasa y que luego podría disfrutar, de su rico sabor e intenso aroma. Era el pan recién hecho, de caliente corteza, con miga sabrosa.

—¿Papá, esta leña es de olivo?

—Sí, claro. ¿No se nota?

—Me pareció. Y la madera de olivo arden bien.

—Sí. Y además ahora abunda y es más barata, porque están arrancando los olivos.

Si la lengua de fuego del Leviatán me hubiera envuelto y achicharrado no me hubiera dolido tanto como aquello que dijo mi padre.

—¿Esta leña viene de un olivar arrasado?

—Ay, niño, qué dramático eres. No es un olivar arrasado. Simplemente están arrancando los árboles, porque ahora el aceite de oliva ya no se consume.

Salí del obrador con un nudo en la garganta. Me senté al pie del limonero y me puse a llorar. Pensaba en Antoñito, y en “el grande”, su olivo milenario, que pudo haber consumido el horno de mi padre. ¿Y cómo hablarle de lo que había visto en mi casa? ¿Cómo decirle que la muerte del Grande me había permitido disfrutar del pan de mi padre?

Era un niño. Tenía once años. Mucho por aprender. Al cabo de los años conocí de lo ocurrido con el olivar sevillano. No pocas veces recuerdo este dramático episodio en mi vida, cuando en mi ingenuo pasar me cargué de malos sentimientos por algo así...

Yo le decía una y otra vez a mi padre, cuando devoraba con fruición sus bollos recién salidos del horno: “Éste es el mejor pan del mundo”. Mi padre sonreía satisfecho, no tanto por su pan, como por su hijo.

Hoy no puedo menos que recordar esta tragedia infantil, pero también mirar al futuro para reconocer que el olivo es y será fuente de vida y, por qué no, el árbol que alimentó el fuego con el que se hizo el mejor pan del mundo.

La leña ya no alimenta fuego alguno, porque el horno ya desapareció. Igualmente, los olivos dejaron de alimentar las leñeras. Quedan las añoranzas de infancia y las desoladoras imágenes de campo. Imágenes que nos muestran interminables extensiones sembradas de herbáceas y salpicadas con algunas edificaciones que dan testimonio físico de lo que fueron antaño los olivares sevillanos.

Del mejor pan del mundo, me queda el recuerdo. Difícil, si no imposible, es recuperar los sabores de antaño, pero no los ecos de vida de ese pasado. No me cuesta volver sobre la imagen de aquel horno y las llamas devorando las frágiles ramas de olivo; tampoco evocar, al detalle, el obrador, y traer a la memoria el rostro de mi padre con su clara mirada y su sonrisa mientras saboreaba el pan, el mejor pan del mundo... Un recuerdo imborrable con el que concluyo este viaje colectivo por las tierras de olivos, un trayecto que nos conecta con tantos otros itinerarios realizados a lo largo de la historia. Pues es un paisaje milenario que ha acompañado a cuantas civilizaciones se han extendido por las orillas del Mediterráneo. Y que ha alimentando la creatividad de quienes nos trasladan sus personales percepciones de este mundo, como Antonio Machado, que dedicó un poema "Los olivos", del que sigue un fragmento:

*“¡Viejos olivos sedientos  
bajo el claro sol del día,  
olivares polvorientos  
del campo de Andalucía!  
...”*



# Han escrito...

## **JOSÉ A. ALCALÁ**

Soy José A. Alcalá y he crecido entre los olivares de mi pueblo Cambil (Jaén). Actualmente me dedico a la investigación en Psicología y ahora mismo trabajo en Reino Unido. En mis ratos libres me encanta sumergirme en libros o películas, especialmente de ciencia ficción, y cuando es posible crear mis propios mundos. Un ejemplo es este relato. ¡Espero que os guste!

## **PILAR ALEJOS MARTÍNEZ**

Nacida en 1961 en Manises (Valencia), aunque reside en Quart de Poblet. Diplomada en Relaciones Laborales por la Universidad de Valencia. Ha trabajado 35 años en AENA (Aeropuerto de Valencia), aunque en la actualidad es pensionista. *Sensei* de poesía japonesa. Ha publicado poesías, microrrelatos y relatos en las antologías de varias editoriales y del *Colectivo de Escritores «Valencia Escribe»*. Participa en concursos como *Relatos en Cadena (REC)-Cadena Ser* (finalista semanal septiembre/19); *Wonderland-RNE4* (ganadora semanal febrero/17, 23 veces finalista); *La Radio en Colectivo/Valencia Escribe*, (ganadora octubre/17, 4 veces finalista). Ganadora del *I Concurso Literario del Movimiento Artístico de Mislata de Narrativa* (septiembre/18). Ganadora del *VII Premio de Microrrelatos Manuel J. Peláez* (Junio/19). Ganadora de la II Edición

del Premio de Relatos «Pienso en ti» (octubre/19). Ganadora del Concurso de Microrrelatos sobre Abogados (junio/20). Finalista en el VIII Concurso «Gayarrelatos» (2020). Finalista en el VIII Concurso de Microrrelatos ELACT (2020). Publica relatos en webs, blogs, libros corales y revistas digitales. En su blog, <https://versosaflordepiel.blogspot.com/>, publica sus creaciones.

### **ALICIA ALIAÑO LAMELA**

Nací en Jerez de la Frontera y soy Licenciada en Psicología. Siempre me ha apasionado escribir y mi sueño es publicar un libro. La oportunidad de convertirme en escritora profesional llegó en un momento crucial en mi vida. Acababa de ser madre y comenzaba una pandemia a nivel mundial. Las redes sociales se inundaron de historias maravillosas gracias a la aportación de numerosos autores y autoras. Así fue como conocí a mi mentora, Gracia Iglesias, quien me ha acercado más a ese sueño. *Isla Cachó*, el álbum ilustrado que presenté al Premio Apila Primera Impresión 2021 fue seleccionado como finalista y mi relato, *Operación Almazara*, se publicará dentro de un maravilloso proyecto colectivo.

### **LOURDES MARÍA ALONSO**

Es escritora independiente de cuentos, poesías y limericks infantiles. Desde niña disfruta dibujar y jugar con la paleta de colores, utilizando diversos materiales, como ser acrílicos, acuarelas, tintas chinas, tizas pasteles, microfibras, lápices, entre otros. Ilustradora innata, que disfruta el proceso de crear, para ello lee, investiga y se nutre del entorno, coloreando con tintes cálidos sus obras.

### **JAVIER CAMPOS FERNÁNDEZ**

(Jaén, 1977) Alérgico a la flor del olivo y marinero frustrado. En su tiempo libre lee, lee más que *nanea*, *nanea* más que va al cine, va al cine más que juega al basket, juega al basket más que escribe, escribe más que lee.

### **JOSEP ANTONI CLEMENT ROVIRA**

(Barcelona, 1979). Ha trabajado como profesor en varios centros universitarios de Polonia, Corea del Sur y China; siendo este su último destino. Sus intereses se centran en los campos de la lingüística comparada, la literatura y la traducción. Ha residido muchos años en la comarca del Bajo Ebro, Cataluña. Durante este periodo se ha ocupado del olivar familiar y ha elaborado aceite, nuestro oro líquido. Esta etapa ha inspirado su relato.

### **ANTONIO COBOS RUZ**

Nacido en la provincia de Jaén (Torredonjimeno) ha vivido en diferentes ciudades españolas (Cazorla, Sevilla, Barcelona) hasta recalar en Granada, donde reside desde 1981. Se licenció en Psicología y en Filología Inglesa y dedicó toda su vida profesional a la enseñanza impartiendo clases en Baza, Archidona, Armilla y Granada. Jubilado en 2013 se ha dedicado a su pasión dormida: escribir. Ha publicado dos novelas y una nueva entrega viene de camino.

### **ANTONIO MANUEL CONTRERAS JIMÉNEZ**

Diversos avatares motivados por mi profesión turística me llevaron a recorrer medio planeta de donde obtuve ingente material para mis dibujos a plumilla e inspiración para muchos de mis relatos. Asentado en Madrid, me he volcado en mi afición literaria que en gran parte se nutre de recuerdos ambientados en las tierras plateadas de Jaén; tierras en las que tengo mis orígenes y mi familia, y que -un día que espero lejano-abonaré con mis cenizas. Aunque dedico mi tiempo libre a la preparación de alguna exposición y a la edición de algún libro, mi preocupación por la degradación de nuestro ecosistema es tal, que alterno exposiciones y publicaciones con la dedicación a labores altruistas solidarias contra la desertificación y la recuperación de nuestra flora autóctona y nuestro medio ambiente.

### **JUAN ANTONIO GONZÁLEZ RUIZ-HENESTROSA**

Nació en Rota (Cádiz) por aquel perdido año 1970. Abogado de profesión. Con poco más de cincuenta años a su espalda comienza a pedirle a la vida una prórroga para deshacer el empate de victoria y fracasos, y que el tiempo

de descuento se alargue para escribir versos, poemas, relatos e historias tan imaginarias como reales. Es autor de *Historias de una casapuerta* (Libros.com) y del poemario *Recovecos* (Azur Editorial). En el blog denominado *Tarayuela* ([www.juanantoniogonzalez.com](http://www.juanantoniogonzalez.com)) respira su mundo de palabras.

### **MARÍA ISABEL GUERRERO GONZÁLEZ (MARYCRUZ)**

Ama de casa graduada con honores pues soy madre de dos hijos, de 24 y 13 años. Tengo 48 años de edad de los cuales la gran mayoría los he dedicado a la lectura y desde hace poco a la escritura, actividad que disfruto mucho y a la cual, aunque no le dedico el tiempo que debería, me siento complacida y afortunada por tener la oportunidad de compartirlas mis escritos, los cuales no desarrollo de manera profesional pero sí lo hago con el corazón y la pasión que le impregno a todo lo que realizo.

### **MANU IBÁÑEZ**

(Torredonjimeno, 1988) Doctorando en misantropía y catador de licores de hierbas. Mal-licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Jaén y con un máster en Periodismo y otro en Profesorado de Educación Secundaria. Periodista en Diario JAÉN. Antes estuvo en *Local Televisión*, de Torredonjimeno, y en la web *Torredonjimeno Directo*. También ha sido diseñador gráfico en Sadyc. Ganador de la quinta edición de los Premios de Radioficción de RNE y Obra Social Caja Madrid (2011) con el guion *Cuento de fantasmas*. Ganador, en 2017 y 2018, de las dos primeras ediciones del concurso de relatos de terror del Ayuntamiento de Torredonjimeno con *El aparecido* y *La muerte es el principio*, respectivamente. Mención especial en los Premios Facultad de poesía de la Universidad de Jaén en 2016. Autor del libro de relatos *Lo que pueda contaros* (Libros Indie, 2019). Colaborador de las webs *Poscultura*, *Maldita Cultura* y *Madridista Real*.

### **RAFAEL MÉNDEZ MENESES**

(Guayaquil, Ecuador, 1976) Ha publicado los poemarios *Principio de caos jamás acaecido*, *Nadie es poeta en su tierra*, *Que mi alma se la lleve el diablo* y *Selección natural*. De vez en cuando publica en revistas locales. Sus poemas han aparecido en varias antologías dentro y fuera de Ecuador. Es integrante del colectivo La letra con sangre entra.

### **MANUEL MONTOYA VICENTE**

Manuel Montoya Vicente, nació en Carboneras (Almería) en 1960. Es Oficial General en situación de reserva y doctor en Paz y Seguridad Internacional por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Escribe relato y novela, habiendo obtenido diversos premios literarios, entre los que destacan el I Certamen de Relato Isabel Jiménez Pérez de La Carolina (Jaén) o el Baltasar Porcel 2020 de Novela Corta de Andratx (Illes Balears).

### **MATÍAS ANTONIO MOREIRA DILOSA**

Nació en la ciudad de Mar del Plata en el año 1988. Actualmente, vive entre Montreal y Los Ángeles. Dicho autor prefiere no agregar detalles de su vida en este texto. En el futuro, intentará seguir escribiendo.

### **ZAHARA C. ORDÓÑEZ**

Jiennense de nacimiento y malagueña de adopción, compagino mi pasión por la escritura con los paseos junto al mar, los estudios de Historia y los juegos de rol. Escribo fantasía, novela romántica, ficción histórica y terror. Ávida lectora, mi andadura con los libros empezó gracias al amor que mi madre me inculcó por ellos. A ella le debo mi pasión. He participado en diversas antologías, y he sido jurado y prologuista en otras. Aunque generalmente escribo novelas largas que terminan por convertirse en sagas, en el «III Encuentro del terror y lo fantástico de la Universidad de Málaga» obtuve el accésit en el concurso de microrrelato con «Memento Mori». Formo parte de «La Horda», «un podcast literario...o no». Soy una enamorada del romanticismo y de lo decimonónico. Quizá por ello creo en vivir la vida con pasión y en perseguir nuestros sueños. Defiendo los finales felices y el amor capaz de superar los obstáculos. No concibo la vida sin escribir, ni tampoco sin la música.

### **SILVANA PETRINOVIC**

Elijo llamarme, Silvana Petrinovic. Nacida en las sierras de Córdoba, Argentina. La intelectualidad fue la dueña de mi hogar, libros, música, tablas de logaritmo, medicina e investigación rodearon mi crecimiento. Educadora, maestra, concertista, cocinera, guitarrista, madre, esposa, investigadora,

escritora y mujer valiente. La pandemia que nos azota dirige mi pluma, así nació *Oliva y pan*. El Cocinero y el viejo Arauco, han sido compañeros de muchos en estos tiempos duros y siguen su camino sin mí, junto a los demás relatos que conforman *Historia hilvanadas*, en pronto nacimiento al público. Escribo, respiro, camino, lloro y me río lo más que puedo.

### **JUAN DAVID QUINCENO RESTREPO. “DAVID Q.”**

Nacido en Colombia el 16 de agosto de 1.984. Educado en el Colegio San Juan Bautista de La Salle, una prestigiosa institución religiosa, de la que se graduó con honores a los 16 años como el mejor bachiller de su promoción. Posteriormente cursó estudios de Derecho en la Universidad Libre, titulándose como abogado a los 23 años, con uno de los más altos promedios de su clase, sin embargo su salud precaria lo ha mantenido distante del ejercicio activo del litigio, ya que fue diagnosticado a los 2 años con el síndrome de Charcot-Marie-Tooth (CMT), una neuropatía periférica progresiva por la que ha tenido que someterse a múltiples cirugías que le permitieron caminar hasta los 16 años, momento desde el cual tuvo que recurrir a movilizarse utilizando una silla de ruedas. Situación que persiste a la fecha. Su primera novela del género ficción / thriller, se titula *En la carne, las almas*, con el sello editorial LC Ediciones (Salamanca, España) bajo el seudónimo David Q., publicada en julio del año 2018, con ISBN: 978-84-948941-6-9.

### **MAXIMILIANO SACRISTÁN**

Detrás de “Verdeo cuáquero” está el desafío de escribir para los certámenes más variados, en la ilusión de ser publicado. Valga este ejemplo de adaptación. Nunca participé de un verdeo, ni visité Andalucía, ni siquiera toqué un olivo. No obstante, he investigado, me he consustanciado con el asunto y adaptado a las reglas del concurso. Finalmente pude pergeñar una historia. Como repite un escritor de por aquí: se puede escribir sin la experiencia, pero no se puede escribir sin imaginación.

### **PEDRO LEONARDO SÁNCHEZ RAMÍREZ. “EL PÁJARO”**

Filósofo de profesión con maestría en museografía y museología. En el campo de la literatura ha publicado “Cicatrices”, y “El Carnaval del Pájaro”

con el cual ganó el 2020 el premio Nacional de poesía “Edmundo Camarago”. Fundador de la Casa - Museo “Hogar de Arte Sánchez Canedo” en Tarata - Cochabamba del cual es director. También hace pintura.

### **ANTERO VILLAR ROSA, “JORNALERO”**

Antero Villar Rosa nació en 1948 en Torredelcampo (Jaén) en el seno de una familia campesina. A sus trece años ya fue jornalero. Emigró a Madrid en el 1968. Trabajó nueve años en Correos como cartero urbano. Después ingresó en la banca donde en los años últimos antes de su jubilación ocupó puestos de mucha responsabilidad. Nunca ha dejado de visitar su pueblo natal. Su padre se llamaba Frasquito igual que el protagonista de su narración. La oliva, aún se mantiene vigorosa.

### **CHARLIE A SECAS**

Tengo dos ojos, dos brazos, dos piernas..., lo normal. Es a lo más que llego cuando me piden que hable de mí. Creo que soy una gran incógnita para mí mismo, todavía. Lo que sé es que cuando me pongo a escribir, creo un mundo donde la libertad aún tiene un sentido y me descubro.

### **FRANCISCO JAVIER YUSTE CÓRDOBA**

El autor lleva más de veinte años trabajando como personal técnico en la administración pública extremeña y su vocación literaria se despertó durante el pasado confinamiento de 2020. Además de ser seleccionado para esta antología, recibió el tercer premio y publicación en antología del certamen Memorias de/en la Puebla Vieja 2020, fue semifinalista del certamen Dr. Pedro Zarco 2020 y ganador mensual de enero y febrero del certamen del Círculo Cultural Bezmiliana 2021.

# Relación de fotografías y dibujos

Págs. 18, 20, 21, 22 y 25: Antonio M. Contreras Jiménez

Págs. 46 y 51: Adriana Carranza

Pág. 52: Miguel Zuccardi

Pág. 54: Doménico Biello. Píxabay

Pág. 81: Lourdes María Alonso

Pág. 91: Ángeles Aliaño Salado

Pág. 117: Iosu Polo.

Pág. 172: Josep Antoni Clement Rovira

Pág. 177: Pilar Sanjuán Nájera

Pág. 210: Manuel Montoya

Págs. 220 y 223: Fernando Quiles



